

Helen Bianchin

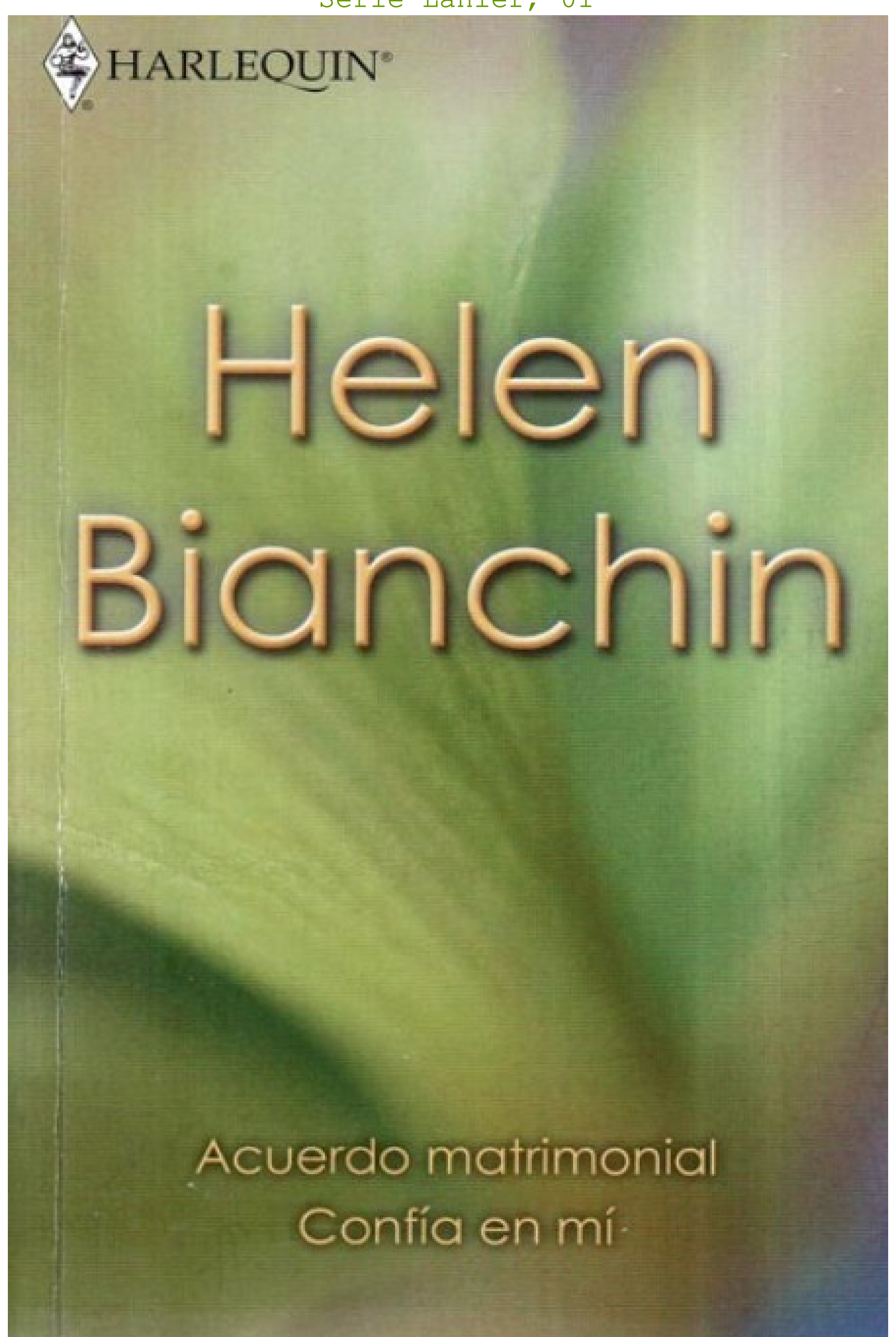
Acuerdo matrimonial

Confía en mí

Acuerdo matrimonial

Helen Bianchin

Serie Lanier, 01



Acuerdo matrimonial (2001)

Título Original: The marriage deal (2000)

Serie: **Lanier, 01**
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: **Bianca 1200**
Género: Contemporánea
Protagonistas: Michel Lanier y Sandrine

Argumento:

Cuando Michel Lanier obligó a Sandrine a elegir entre su carrera y su matrimonio, Sandrine decidió que debía marcharse. A pesar de que sólo hacía seis meses de su boda y de que amaba a su marido apasionadamente, no podía permitir que controlara su vida.

Ahora Michel quería que volviera. Y cuando la carrera de Sandrine alcanzó un punto de crisis, él vio la oportunidad perfecta para hacerle chantaje y que volviera a su cama…

Capítulo 1

—Corten —dijo el director—. Hemos terminado.

Aquellas eran las palabras más agradables que había oído en todo el día, pensó Sandrine mientras se libraba del peso de la elaborada peluca.

La ropa de época no era la vestimenta más cómoda, ni tampoco el corsé de ballenas estrechamente apretado para lograr una cintura de cuarenta y cinco centímetros y elevar sus pechos hasta una altura imposible, mostrándolos desnudos en una exposición casi indecente.

Si a eso se le sumaba el calor de las luces del estudio, un actor principal con un ego inflado y delirios de grandeza, y un director venido directamente del infierno, la frase de «uno debe sufrir por su arte» resultaba perfectamente adecuada.

—Una cosa, cariño.

En los labios de Tony, «cariño» no era una expresión de afecto y ella se quedó rígida y luego se volvió a mirar al viejo director cuyo talento era legendario, pero cuyos modales no desentonarían en un callejón de Nápoles.

—Hoy cena en mi casa, a las siete —sus ojos oscuros taladraron los de ella—. Te espero allí —volvió la cabeza e hizo un ademán con el brazo para señalar a los demás actores—. Os espero a todos.

Sandrine ahogó un gemido. Todo lo que ella deseaba era cambiarse, darse una ducha, ponerse su ropa e ir a la villa junto al mar que sería su casa durante el rodaje, comer alguna cosa y estudiar el guión del día siguiente.

—¿Podemos preguntar por qué? —preguntó irritado el actor principal.

—Dinero, la película lo necesita y mi invitado lo tiene —dijo sucintamente el director—. Si su petición de conocer al reparto sirve para una inyección de fondos, que así sea.

—¿Esta noche? —volvió a preguntar Sandrine y sufrió la flecha oscura de su mirada.

—¿Tienes algún problema con eso?

Si lo tenía, no valdría de nada decirlo en voz alta, así que fingió un encogimiento de hombros resignado.

—Creo que no.

Él lanzó una mirada de águila al resto del reparto.

—¿Alguien más?

—Podrías habernos avisado antes —se quejó el actor principal y se ganó una sonora palabrota por su temeridad.

—Difícil cuando el hombre llegó ayer al país.

—De acuerdo, de acuerdo, me hago idea.

—Encantado de oírlo —fue su respuesta y Sandrine lanzó un sentido suspiro.

Quince minutos más tarde, se había deshecho del vestuario y entraba en su coche alquilado. Iba vestida con pantalones cortos y un top y llevaba su larga melena negra sujeta en un moño descuidado para liberarse del intenso calor de la tarde.

Su casa alquilada era una villa de dos pisos que daba al mar en Sanctuary Cove, un barrio de prestigio de la costa de Queensland, solo a diez minutos en coche de los estudios cinematográficos Coomera.

Puso el aire acondicionado y conectó el CD dejando que el ritmo de la música la relajara.

Un río bordeado de árboles serpenteaba hacia un canal construido por el hombre y un grupo de casas hermosas y campos verdes para jugar al golf. Una vista que desprendía paz y serenidad, tuvo que reconocer mientras cruzaba la entrada de seguridad de una de las áreas residenciales y se dirigía al grupo de villas de dos plantas

que estaban a la orilla del mar.

En el interior de la casa había frescos suelos de mármol, muebles lacados y sillones y sofás de piel suave. La cocina era una delicia y estaba llena de aparatos modernos. El diseño de la casa, de espacios abiertos daba cabida a una amplia escalera curvada en un extremo del vestíbulo, que conducía a una galería que circundaba el piso de arriba, en el que había tres dormitorios grandes, cada uno con su cuarto de baño.

Amplias puertas de cristal separaban el salón y el comedor de un patio pavimentado que conducía a una piscina privada. Había también un pequeño embarcadero para botes.

Sandrine se puso el bikini y pasó unos deliciosos minutos nadando. Necesitaba el escape físico, la frialdad del agua para liberarse de la tensión.

La ducha la ayudó a restablecer su nivel de energía. Luego, se secó el pelo con un secador de mano y abrió el armario, donde tenía unas cuantas prendas de ropa. Cuando hizo rápidamente el equipaje para aquellos días de trabajo, no pensó demasiado en su vida social, y además la mayor parte de sus vestidos estaban repartidos entre sus tres lujosas casas, todas ellas muy lejos de la residencia temporal en la que se encontraba.

Mientras sacaba un vestido negro de diseño y lo ponía sobre la cama, decidió que era mejor no pensar en las otras casas ni en el hombre con el que las había compartido. Sacó también unos zapatos de tacón muy alto y un bolso de noche también a juego.

A pesar de todo, la imagen invadió su mente, con sus facciones esculpidas y angulosas estremecedoramente vividas. Los ojos gris pizarra parecían taladrarla hasta el alma, y tembló ante el recuerdo de su boca, sus labios sensuales y la devastadora habilidad de sus besos.

Michel Lanier. Treinta y tantos, diez más que ella. Empresario de éxito, mecenas de las artes, moreno, ojos oscuros, con las facciones de un príncipe del Renacimiento y la mentalidad de un golfo de la calle. Nacido en París, de padres franceses, había empezado su educación en Francia y la había completado en América.

Marido, amante, un hombre que la había arrastrado a sus brazos, a su corazón y que la había hecho su esposa.

Se habían conocido en la fiesta de un amigo común en Nueva York. Ella acababa de terminar un trabajo como modelo y tenía que regresar a Sydney la semana siguiente para continuar el rodaje de una larga serie de televisión ambientada en Australia.

Sandrine voló con Michel a su lado, y antes de una semana, se lo había presentado a la familia, había anunciado el compromiso y había hecho que los guionistas escribieran de nuevo su papel en la serie. Tan pronto como hubo rodado los estremecedores capítulos en los que su protagonista moría de un accidente, acompañó a Michel de vuelta a Nueva York.

Dos meses más tarde, se casaban en una ceremonia muy íntima acompañados de los familiares más cercanos, y a partir de entonces dividieron se tiempo entre Nueva York y París. Michel compró un lujoso apartamento en Sydney, en el prestigioso barrio Double Bay con magníficas vistas a la bahía. Su base en Australia, explicó.

Durante seis meses, todo fue perfecto. Demasiado perfecto, reflexionó Sandrine mientras elegía ropa interior negra y luego se ponía el estrecho y fino vestido negro y se acercaba al espejo para maquillarse.

El problema había empezado tres meses atrás cuando mientras pasaban dos semanas en Sydney, un amigo le había dado un guión para que lo leyera. La historia era buena, mejor que buena y ella sintió una inmediata afinidad con el personaje principal, una visión de cómo debía ser representado se adueñó de su mente y se negaba a abandonarla.

Sandrine sabía que el tiempo de la producción no encajaba con el programa europeo de Michel, y se convenció de que no habría forma de que él estuviera de acuerdo en que ella pasase cuatro semanas en Australia sin él.

Movida por un impulso incontenible, fue a hacer la prueba, sabiendo que sus posibilidades de éxito eran casi nulas. Cuando, días más tarde, volvieron a Nueva York ya casi había olvidado el tema, pero la llamada de su agente confirmándola que había conseguido el papel la produjo una mezcla de alegría y agitación. El rodaje iba a empezar un mes más tarde en los estudios Coomera, en Queensland.

Firmó el contrato cuando le llegó, pero fue retrasando el contárselo a Michel, porque estaba completamente segura de cuál iba a ser su reacción. Cada día que pasaba hacía que contárselo fuera más difícil, hasta que quedaron ya muy pocos días. Ella había ensayado las palabras cientos de veces en su mente, pero cuando salieron de su boca no sonaron bien y comenzó una discusión que pronto se convirtió en una pelea de tal magnitud, que ella se limitó a poner unos cuantos vestidos en una bolsa a primera hora de la mañana y reservar una habitación en un hotel hasta que fuera el momento de tomar el avión para Brisbane.

Sandrine había pensado que cuatro semanas no eran una vida entera, y sin embargo con cada día que pasaba, la distancia física y espiritual entre ellos se ensanchaba hasta un punto que ella temía que quizá ya no tuviera arreglo.

Y lo que era peor, la Ley de Murphy se había cumplido y el rodaje había sufrido un retraso tras otro. Las cuatro semanas previstas se convirtieron en cinco, y luego en seis. El presupuesto se había agotado cuando entraron en la séptima semana. El calor subtropical era un infierno y los nervios saltaban con frecuencia mientras la profesionalidad se veía forzada al límite.

Sandrine se apartó del espejo, se puso la última horquilla en el moño y se calzó los zapatos, luego, tomó el bolso y bajó las escaleras.

La temperatura había bajado un par de grados, y había una leve brisa cuando Sandrine cruzó la entrada del edificio de apartamentos de Tony. Minutos más tarde, se unía al grupo de actores que disfrutaban de una bebida en la amplia y curvada terraza que daba al océano.

Habían instalado una barbacoa portátil y un chef contratado para la ocasión estaba organizando una selección de mariscos y brochetas para hacer a la parrilla. Sandrine aceptó una copa de vino y la bebió despacio mientras miraba perezosamente a los invitados. Habían ido todos, con la excepción del huésped de honor, y se preguntó por su identidad.

—Sonríe, cariño. Es casi la hora del «espectáculo» y se espera que brillemos —le dijo una ronca voz de hombre al oído.

Se volvió despacio para mirar al actor principal, que se había cambiado oficialmente el nombre de pila por el de Gregor Anders. Era guapo de una forma descuidada y desenfadada, pero se había tomado tan en serio su imagen creada por el estudio y había adquirido tantos trucos a lo largo de su carrera profesional, que era casi imposible detectar al hombre real que había bajo el personaje que proyectaba.

—Gregor —le saludó fríamente Sandrine, añadiendo una sonrisa para suavizar el tono de sus palabras—. Estoy segura de que tú brillarás por los dos.

Era fácil admirar su talento de actor, pero ya no era tan sencillo disculpar los juegos sutiles que empleaba para su propia diversión. Pero su nombre era como una carta de presentación, las mujeres adoraban su aspecto, su físico, su atractivo sexual.

—Tranquila cariño —la reprendió con una sonrisa de lobo—. Se supone que estamos muy compenetrados, *n'estce pas*?—levantó una

ceja en un gesto de burla.

—En la pantalla, cariño —le recordó con dulzura, y se quedó completamente quieta mientras él levantaba el brazo y le pasaba el índice a lo largo del brazo.

—Pero es mucho más fácil extender las emociones más allá de la pantalla mientras dure el rodaje ¿no estás de acuerdo?

—No —contestó ella manteniéndole la mirada.

—Deberías aflojar un poco —bromeó él con encanto innato.

—Actúo ante la cámara. Fuera del plato no padezco alucinaciones.

—Fuertes palabras —murmuró Gregor—. Podría asegurar que las lamentarás.

—Oh, por favor —protestó Sandrine—, ve a representar el papel de macho con cualquiera de esas tiernas jovencitas que se desmayan ante la simple idea de recibir tu atención.

—Y tú no te has desmayado por un hombre nunca en tu vida ¿no es cierto?

Estás equivocado, estuvo a punto de decirle, pero se mordió la lengua. Se cotilleaba mucho en aquellos círculos, y los comentarios se adornaban rápidamente, hasta que no quedaba ni un átomo de verdad reconocible.

—¿Me disculpas? —alzó la copa vacía y se dio la vuelta para dirigirse al bar.

Unos minutos más tarde estaba tomando un zumo de naranja. Un camarero se detuvo ante ella y la ofreció una bandeja de entremeses. Sonrió de forma automática, tomó uno y lo mordió delicadamente. Estaba delicioso y despertó su apetito. Un sándwich a mediodía, seguido de una manzana y agua mineral no era gran cosa como sustento. Tomó un canapé y se lo llevó a la boca.

—¿Dónde está el huésped de honor? —preguntó una voz femenina con tono aburrido, y ella se volvió hacia la atractiva actriz principal.

—¿Preparándose para hacer una entrada triunfal?

—Esa es una prerrogativa de las mujeres, cariño —la sonrisa era quizá demasiado artificial y la voz muy fingida. Cait Lynden había adquirido estatus de estrella y no estaba dispuesta a que nadie lo olvidara. Y mucho menos una compañera que tenía un papel menos importante, pensó Sandrine—. Nadie parece saber quién es. Un

empresario de éxito, es todo lo que Tony nos ha revelado. Evidentemente rico. Siempre que sea presentable y tenga menos de sesenta podría ser un encuentro interesante.

—¿Y soltero? —preguntó Sandrine, pero la otra se limitó a soltar una risa musical.

—¿Qué más da, cariño?

Unos minutos más tarde, Sandrine detectó un cambio en el zumbido de las conversaciones, un giro en el tono, que le hizo levantar la cabeza. Así que por fin había llegado, casi con media hora de retraso. Algún sexto sentido alertó su atención, y a continuación sintió una punzada de aprensión.

—Mío —dijo Cait en voz baja.

En el momento en que Sandrine se volvía despacio para echar una ojeada a la habitación, un hormigueo de premonición recorrió su espina dorsal. Solo había un hombre que pudiera causarle ese efecto. Un hombre cuya alma estaba tan bien sintonizada con la suya que eran casi dos mitades idénticas de un todo.

Sandrine captó la silueta de un hombre alto, sintió la alteración familiar en sus sentidos al reconocer el perfil cincelado de huesos grandes, el cabello oscuro peinado de forma convencional, que siete semanas antes estaba un poco más largo sobre la nuca, lo cual le añadía un toque indómito que era tan peligroso como el hombre en sí mismo.

A ella le encantaba pasar los dedos por la espesura sedosa, la sensación que experimentaba cuando sujetaba fuertemente su cabeza durante la exquisita tortura de su forma de hacerle el amor, el deslumbrante calor de su pasión. Aquellos habían sido los días dulces y alocados en los que los había guiado solo el amor, pensó. Un tiempo en que ella se lo había dado todo, sin pensárselo, sin negarle nada.

Ahora, observó a Michel mientras él se detenía en su conversación para levantar la cabeza como si también sintiera su presencia. Sus oscuros ojos grises la miraban fijamente, intensos, sin humor ni calidez.

El tiempo se detuvo y todo lo que había en la habitación se desvaneció ante su vista. Solo estaba Michel, el hombre, el momento, la química evidente. Podía sentirlo, palpar su poder mientras se veía atrapada por el mágico conjuro de algo tan intensamente primitivo, que se sintió desprotegida y tremendamente vulnerable.

Entonces, él sonrió y por un momento ella se sintió transportada al día en que se conocieron. Una situación que fue casi un duplicado

de la presente, cuando se vieron el uno al otro al mismo tiempo a través de una habitación llena de gente.

Excepto que el pasado no tenía mucho sitio en el presente. Pudo verlo en el brillo súbito de aquellos hermosos ojos grises y sentirlo en su actitud. Lenguaje corporal. Había estudiado aquello como parte de su profesión y podía definir cada movimiento, cada gesto ¿Podía alguien más reconocer la fría implacabilidad o definir la rabia latente que acechaba bajo la superficie de su control? Le daban a sus facciones un algo oscuro, amenazador y hacían sospechar una ferocidad refinada, que si se dejaba libre podía llegar a ser letal.

Era un hombre que no se hacía ilusiones y cuya juventud lo había moldeado, dando forma a un destino que muchos le envidiarían.

Sandrine observó fascinada cómo murmuraba una excusa a su anfitrión y cruzaba la habitación para salir a la terraza. El bonito traje de Armani delineaba sus músculos y cada uno de sus movimientos tenía la gracia ágil de un animal de la selva. El corazón le dio un vuelco y luego se aceleró. Todos sus nervios se sensibilizaron cuando él se acercó a ella y no se le ocurrió ni una sola palabra sensata para saludarlo. Si tenía en cuenta todas las palabras que se habían lanzado el uno al otro unas semanas antes, un simple «hola» parecía increíblemente banal.

No tuvo oportunidad porque él la tomó por los hombros, resbaló una mano para sujetarle la cabeza y después su boca tomó posesión de la de ella en un beso que hizo que todas sus emociones girasen sin control. Había sido como reclamar un derecho, se dio cuenta confusamente cuando fue capaz de respirar. De forma flagrante, seductora y hambrienta. Peor aún fue su propia respuesta cuando, tras la sorpresa inicial, renunció a cualquier tipo de cordura y abrió la boca para él. Saboreó su lengua, que danzaba posesivamente con la de ella, y la condujo a un remolino de emociones donde tiempo y lugar no tenían ningún significado.

Cuando él alzó la cabeza, ella no podía moverse. Poco a poco, fue siendo consciente del sonido de la música de fondo, del murmullo indiferenciado de las conversaciones según fueron entrando dentro de su campo de visión la habitación y sus ocupantes.

Santo cielo ¿cuánto tiempo había durado su abrazo apasionado? ¿treinta segundos, sesenta? ¿más? Todo lo que él tenía que hacer era tocarla para que ella se rindiera a él. En siete semanas la intensidad de la pasión no se había reducido.

«¿Qué esperabas?», se burló una vocecilla. «Él te ha perseguido

en tus sueños todas las noches desde que lo dejaste y ha invadido todos tus pensamientos hasta el punto de influir en tu trabajo».

La intensidad emocional brillaba entre ellos, eléctrica, exigente. Y sin embargo seguía habiendo rabia, no había olvido ni perdón.

—¿Qué haces aquí? —¿era esa su voz? Sonaba tan fría, tan tranquila, cuando interiormente era un amasijo de tensiones en conflicto.

—Terminé mis asuntos en Europa.

Importantes reuniones donde su presencia era indispensable. No era posible delegar, razonó ella. ¿Qué excusa habría dado para explicar su ausencia a la familia? ¿A su hermano mayor, Raoul, a su abuela?

Sintió un arrepentimiento momentáneo y rechazó el brote de remordimiento que sintió hacia la anciana matriarca que dirigía la familia con puño de hierro, aunque tenía el corazón de un gatito y a la que había tomado mucho cariño.

—Y descubriste que no te estaba esperando en el apartamento de Nueva York —dijo Sandrine con calma. Alzó la barbilla levemente y las motas topacio de sus ojos brillaron como oro oscuro—. Sumisa y contrita por haberte molestado.

—Habría sido difícil —dijo él con sorna—, cuando te retenía aquí el retraso del rodaje.

Sandrine abrió la boca para decir que él no podía haberlo sabido, pero la volvió a cerrar. Todo lo que tenía que hacer era levantar el teléfono y pedirle a alguien que le informara de todos los movimientos. Se llenó de rabia por que lo hubiera hecho.

—¿Qué te propones, Michel? —dijo con ardor comedido. Si hubieran estado solos, le habría pegado, o lo habría intentado por lo menos.

—No contestaste ni uno solo de los mensajes que te dejé en el buzón de voz.

Ella había dejado que todas las llamadas fueran al buzón de voz y se había hecho muy selectiva al contestarlos.

—¿Para qué cuando ya estaba todo dicho?

—Nada se resuelve con ira.

¿Así que la había dejado ir, seguro de que pasado el tiempo ella recuperaría el sentido común y volvería con él? ¿Cuántas noches había pasado ella en vela luchando precisamente con la necesidad de

hacerlo? Solo que el orgullo y la determinación la habían hecho quedarse donde estaba, y también la lealtad a un proyecto y el contrato legalmente vinculante que había firmado.

Lo miró con atención, observando las finas líneas del extremo de sus ojos, las suaves sombras que tenía debajo. A no ser que fuera su imaginación, las suaves arrugas verticales que cruzaban sus mejillas se habían hecho más profundas.

Una vez aquellos ojos oscuros grises habían brillado de pasión… por ella. Solo por ella. Lo miró a los ojos y se derritió. Ahora solo había oscuridad y algo duro que la helaba hasta los huesos.

—No me has explicado por qué estás de invitado en el apartamento de Tony.

—¿Quieres decir que no lo sospechas?

Había una suave burla en su voz, un tono de acero que la dejó sin respiración.

—¿Tu temporada en Europa ha terminado y has venido a llevarme a casa?

Su tono de burla no le pasó desapercibido y en su boca apareció un gesto cínico.

—Prueba otra vez.

—Quieres el divorcio —la rabia se sobrepuso al miedo.

La expresión de él no cambió, pero algo en sus ojos se hizo más duro.

—No ha habido un divorcio en la familia Lanier en trescientos años.

—¿Quieres decir que las mujeres han sufrido la voluntad dominante, arrogante y autocrática de los hombres Lanier durante siglos sin decir una palabra?

—Me imagino que algunas quejas fueron pronto —se detuvo, dando así énfasis a sus palabras— solucionadas satisfactoriamente.

—El sexo no es la respuesta para todo.

—Hacer el amor.

Había una diferencia. Vaya si la había. Solo pensar en el poderoso cuerpo de Michel uniéndose al suyo provocó una oleada de calor que corrió por sus venas. Él observó la reacción en su leve enrojecimiento y en el rápido pestañeo cuando ella bajó los ojos para disimular su respuesta. Y se sintió satisfecho.

—No has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta en particular?

Los ojos dorados de ella tenían un brillo en el que bailaba la rabia.

—¿Qué estás haciendo aquí esta noche?

—*Chérie*, soy el invitado de honor de esta fiesta.

—¿El invitado de honor que va a inyectar fondos suficientes para rescatar la película?

—Con un precio —dijo con suavidad heladora.

—¿Que es?

—Una reconciliación —sucinto, descarado y heladoramente inflexible.

Dios santo. De algún lugar, sacó el valor para enfrentarse a él.

—Un certificado de matrimonio no me convierte en un objeto de tu pertenencia.

Michel miró sus pálidas facciones, los ojos oscuros que parecían demasiado grandes para su cara, la pérdida de unos cuantos kilos esenciales y apenas pudo contenerse para no retorcer su esbelto cuello.

Sandrine se dio cuenta de las miradas circunspectas y de la ola de curiosidad que había despertado la acción de Michel. La expresión de Cait Lynden era compuesta, pero sus brillantes ojos azules parecían de hielo.

Su matrimonio no había aparecido en las páginas de sociedad internacionales. Era dudoso que alguien en la habitación conociera la identidad del huésped de honor y mucho menos su relación con una actriz secundaria poco conocida.

—Este no parece ser el lugar ni el momento adecuados.

La sonrisa de Michel no tenía el menor rastro de humor.

—Ni discusión ni negociación. Simplemente sí o no.

¿Simplemente? ¿Cómo podía definir algo tan complicado como simple?

—No puedes poner condiciones.

—Ten cuidado conmigo.

—¿Chantaje, Michel?

—Puedes llamarlo como quieras —dijo él, encogiéndose de hombros de forma casi imperceptible.

—¿Y si me niego?

Algo se movió en aquellos ojos oscuros, haciéndolos parecer increíblemente peligrosos.

—Me iré de aquí.

¿Y de su vida? ¿Cómo ella se había ido de la de él? Temporalmente, se corrigió ella.

Entonces ¿por qué tenía la sensación de estar al borde de un precipicio? ¿De que con un movimiento en falso caería a profundidades desconocidas?

Podía ver la adusta determinación que estaba grabada en sus facciones y sintió que el estómago se la encogía dolorosamente.

—No juegas limpio.

—No es un juego —dijo él sin cambiar de expresión. No, no lo era. Pero lo odiaba por utilizar esas tácticas de manipulación—. Sí o no —insistió él con tranquilidad mortal.

Capítulo 2

Sandrine miró atentamente a Michel, tranquila. Solo ella sabía el esfuerzo que le costaba mantener un aspecto calmado.

—Estoy segura de que Tony tiene otras fuentes de dónde obtener el dinero necesario.

—Las ha agotado todas.

—¿Cómo puedes saberlo? —no merecía la pena preguntar. La familia Lanier tenía muchas propiedades y Michel era extremadamente rico por sí solo. Por tanto, tenía contactos y acceso a información privilegiada.

Sin la inyección de fondos la película no se podría acabar o proyectar en los cines, y las pérdidas resultantes serían desastrosas. El saber que tenía en sus manos el destino de la película la inquietaba y también el hecho de que Michel lo hubiera planeado todo tan bien de aquella manera.

—Con la posible excepción de Gregor Anders, la película no tiene actores de renombre que atraigan un éxito de taquilla. El director y el productor están ambos peleando para resucitar sus maltrechas carreras con una película de época actualmente pasada de moda.

Y si sumábamos a esto que ella sabía que los que financiaban la película habían dado un presupuesto limitado que no permitía las innumerables tomas que se habían hecho en busca de la perfección, los retrasos y los gastos que aumentaban, el resultado era una empresa de alto riesgo que ningún inversor sensato acometería.

—Esa es tu opinión.

—No solo mía —la mirada de Michel seguía siendo fija y obstinada.

—Si eso es verdad, ¿por qué quieres invertir?

La expresión de él no cambió y durante varios segundos ella creyó que no iba a responder.

—¿Sinceramente, Sandrine? —se burló con ligereza—. Tú. ¿Qué creías que iba a hacer? ¿Dejarte marchar?

Ella rechinó los dientes, luego contó hasta cinco.

—No me marché —negó con vehemencia—. Estaba comprometida por un contrato escrito. Si no hubiera estado en el

estudio en el día señalado, me habrían demandado.

—Un contrato que preferiste no decirme que habías firmado.

—Tú estabas comprometido con tus reuniones en Europa.

—¿No me vas a presentar, cariño?

Maldición. Sandrine apenas pudo tragarse la palabra cuando Cait le puso la mano en la cintura, en un gesto que indicaba que eran las mejores amigas.

—Michel Lanier —dijo Michel con suavidad.

—Cait Lynden —la sonrisa, la voz, los gestos contribuían a producir el máximo impacto—. Así que tú eres nuestro caballero de brillante armadura.

Sandrine observó cómo su uña, exquisitamente pintada, trazaba una línea provocativa en la manga de él y se sintió invadida por el deseo de quitarla de allí.

—Y el marido de Sandrine.

Sintió cómo Cait tomaba aire, vio su sonrisa coqueta y sintió el aumento de la presión de los dedos en su cintura.

—Bien —Cait lanzó a Sandrine una mirada heladora—. Eres la mejor guardando secretos.

Michel tomó la mano de Sandrine y se la llevó a los labios, luego le dijo a Cait:

—¿Podrías disculparnos? Estábamos en medio de una conversación privada.

Él no se andaba con rodeos. Ella vio cómo la actriz principal sonreía y se daba la vuelta con un descarado contoneo de caderas.

—Otra conquista —comentó Sandrine con ligereza.

—Centrémonos en el tema, ¿de acuerdo?

El maestro de la manipulación. ¿Por qué quería ella cuartear su fría fachada si sabía lo que había tras su control? Su habilidad con las palabras en medio de la diatriba había sido heladora. Él ni siquiera había alzado la voz, había sido ella la que había perdido el control.

Ahora estaba usando su habilidad para hacerle chantaje, poniéndola entre la espada y la pared.

—No me dejas muchas opciones —dijo con deliberada frialdad, luego aguardó un poco y añadió—. Por ahora.

Él alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Sin condiciones.

Ella sintió la traicionera respuesta de su cuerpo al tacto de él, la cálida sensación que invadía sus huesos y los convertían en cera blanda. Sus ojos se hicieron más profundos y su boca tembló levemente. Sentía rabia, rencor y necesidad de empezar un ataque verbal, pero no era el momento ni el lugar y quería conservar alguna dignidad.

Tal y como estaban las cosas, la especulación seguramente correría libremente entre los miembros del reparto ¿Sabría Tony que ella era la mujer de Michel Lanier?

Michel observaba cómo luchaba ella por esconder sus emociones y reconocía todas y cada una de ellas. El se mantuvo desapasionado. Estaba seguro de que la lucha acababa de empezar, y él tenía intención de ganar.

—Necesito una copa —dijo ella observando cómo se curvaban los labios de Michel en una sonrisa meditabunda.

Él alzó una mano e inmediatamente apareció una camarera a su lado. Michel tenía ese efecto en las mujeres. En todas las mujeres, de cualquier edad. Era un encanto innato, que utilizaba de forma despiadada de vez en cuando. Tomó dos copas de champán de la bandeja y le tendió una a Sandrine.

—Salut —ella venció la tentación de bebérsela de un trago y sorbió deliberadamente el vino helado, lo saboreó y luego dejó que bajara por su garganta—. ¿No deberíamos unirnos a nuestro anfitrión?

Los ojos de Sandrine chocaron momentáneamente con los de él, luego veló su expresión. Ya habría más oportunidades para liberar la discusión verbal que latía bajo la superficie. El primer asalto podía haber sido de él, pero estaba decidida a ganar el siguiente. Sonrió y, utilizando todas sus dotes de actriz, le puso una mano en el codo.

—Después de haberles proporcionado un espectáculo inesperado a los invitados ¿no crees que las presentaciones están un poco de más?

Unos minutos más tarde, Michel se movía con soltura al lado de Tony, demostrando interés por las trayectorias profesionales de todos los invitados mientras hacía preguntas con ensayado encanto.

Trabajándose a los invitados, reconoció Sandrine con cinismo. Su memoria fotográfica y su gran retentiva le garantizaban no estar nunca en desventaja en el terreno de los negocios o de la vida social.

—Como secreto, el tuyo es de lo mejor.

Se volvió ligeramente al ver a una joven delgada cuyo nombre

no podía recordar en aquel momento.

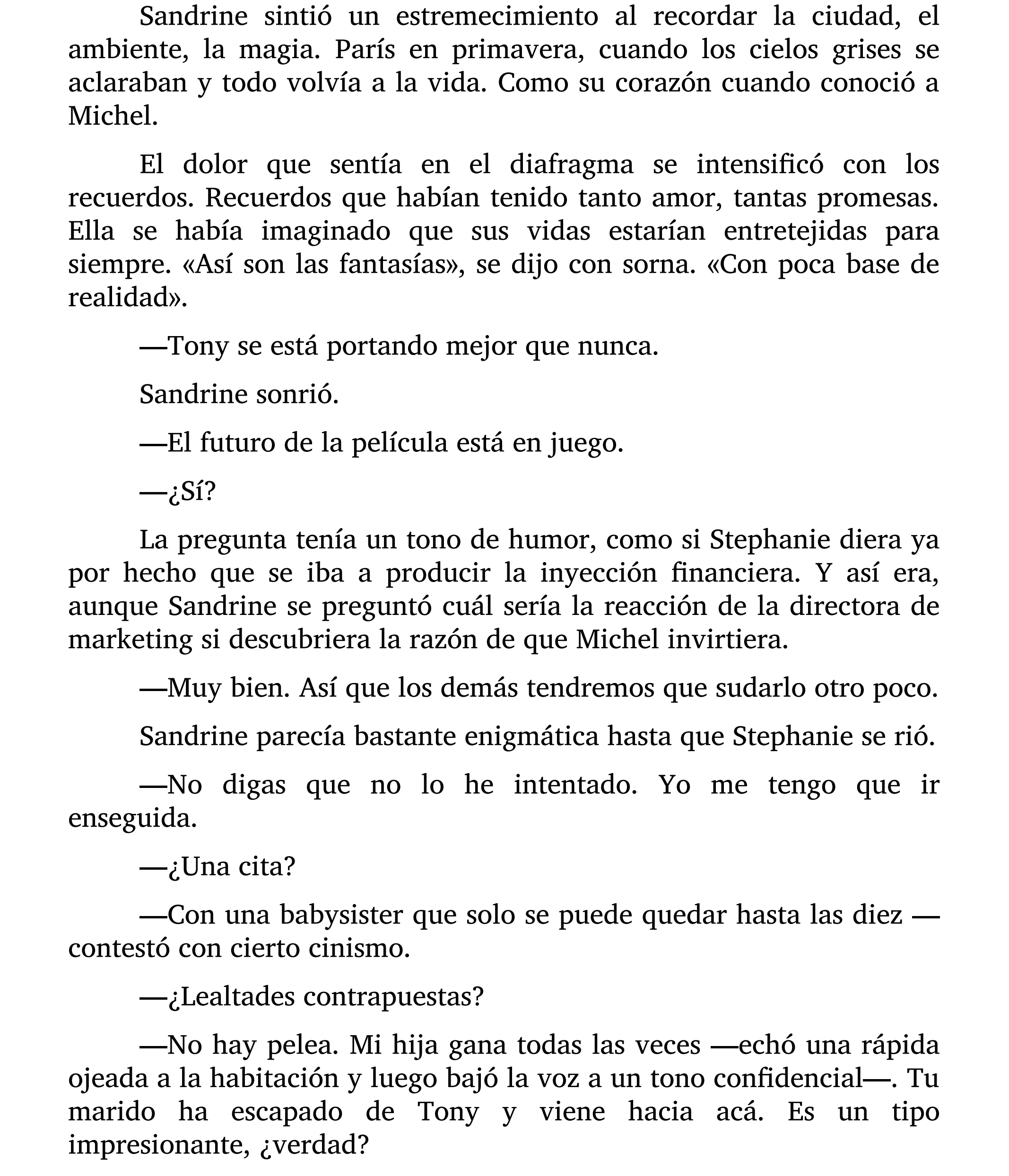
—Stephanie Sommers, de marketing.

—Sí, claro.

—Puedo comprender que lo tuvieras oculto, ¿dónde lo encontraste?

—En Nueva York, nos casamos en París.

—Ah, la ciudad de los amantes.



Sandrine sintió un estremecimiento al recordar la ciudad, el ambiente, la magia. París en primavera, cuando los cielos grises se aclaraban y todo volvía a la vida. Como su corazón cuando conoció a Michel.

El dolor que sentía en el diafragma se intensificó con los recuerdos. Recuerdos que habían tenido tanto amor, tantas promesas. Ella se había imaginado que sus vidas estarían entretejidas para siempre. «Así son las fantasías», se dijo con sorna. «Con poca base de realidad».

—Tony se está portando mejor que nunca.

Sandrine sonrió.

—El futuro de la película está en juego.

—¿Sí?

La pregunta tenía un tono de humor, como si Stephanie diera ya por hecho que se iba a producir la inyección financiera. Y así era, aunque Sandrine se preguntó cuál sería la reacción de la directora de marketing si descubriera la razón de que Michel invirtiera.

—Muy bien. Así que los demás tendremos que sudarlo otro poco.

Sandrine parecía bastante enigmática hasta que Stephanie se rió.

—No digas que no lo he intentado. Yo me tengo que ir enseguida.

—¿Una cita?

—Con una babysister que solo se puede quedar hasta las diez —contestó con cierto cinismo.

—¿Lealtades contrapuestas?

—No hay pelea. Mi hija gana todas las veces —echó una rápida ojeada a la habitación y luego bajó la voz a un tono confidencial—. Tu marido ha escapado de Tony y viene hacia acá. Es un tipo impresionante, ¿verdad?

—¿Tony o Michel?

—Lo dices en broma, ¿verdad?

Sandrine se abstuvo de responder porque Michel se acercaba. Sintió que su cuerpo se ponía rígido al pensar que iba a tocarla y contuvo el aliento inconscientemente, soltándolo solo al ver que no hacía ningún intento de contacto físico.

—Michel, ¿conoces a Stephanie?

—Sí, hemos tenido una interesante conversación sobre estrategias de marketing.

—Aunque breve.

—Eso es algo que podremos corregir, n'est ce past.

Lo hacía bien. La cantidad justa de interés, el encanto y una gran perspicacia para los negocios bajo la superficie.

—Será un placer —dijo Stephanie, después se disculpó y Sandrine observó cómo hablaba brevemente con Tony antes de irse.

—¿Es una amiga? —la suavidad de la voz de Michel no la engañó.

—Los actores tienen poco en común con las personas que se dedican a los números.

—¿Tengo que suponer que es la primera vez que os habéis visto?

—¿Te gustaría que te diera explicaciones sobre todo el mundo en esta fiesta? ¿Con quién hablo, a quién toco? —hizo una pausa—. ¿A quién beso?

—Ten cuidado, te estás metiendo en terreno peligroso.

—En nombre de la profesión, por supuesto —añadió, sintiendo una gran satisfacción personal ante su reacción.

—Si pensara que podía ser de otra forma, te sacaría de aquí gritando y pataleando en el primer avión.

—Las tácticas del Neanderthal corresponden a una civilización muy lejana.

—El Neanderthal y la civilización no engranan bien, chérie. Si insistes en provocarme, te demostraré hasta qué punto puedo ser incivilizado.

Ella alzó la barbilla y lo miró firmemente a los ojos.

—Demasiado tarde, mon amant, ya he experimentado eso, ¿recuerdas?

—Tengo un recuerdo muy vivido de una gatita salvaje que me lanzó algunos objetos estando furiosa.

Cristal de Waterford, muy caro. Un tintero, un pisapapeles y un pequeño reloj que decoraban el escritorio de su estudio. Entonces, estaba demasiado enfadada para que le importase, pero después sintió una punzada de remordimiento por los exquisitos objetos de cristal y por la pared pandada con la que habían chocado antes de caer en el suelo de mármol cuando Michel se apartó ágilmente de la línea de fuego.

Ahora, al recordar su explosiva reacción se sentía avergonzada por haber tenido esa falta de control.

—Me provocaste.

—Fue recíproco.

Palabras. Las de él frías y controladas, mientras que las de ella habían sido la antítesis de la calma. Y sin embargo igualmente dolorosas y dichas con rabia y frustración.

—¿Crees que es suficiente dar un poco de tiempo para que podamos calmarnos y hacer como si nada hubiera pasado?— preguntó Sandrine con un deje de amargura.

—Creí que ya habíamos resuelto la situación.

Las doradas motas de sus ojos se hicieron más pronunciadas al contener la rabia. Sus mejillas se enrojecieron con el recuerdo del acto sexual muy físico que habían compartido inmediatamente después. Sobre su magnífico escritorio. Duro, bárbaro y completamente salvaje. Después él la había subido en brazos las escaleras, la había bañado y secado y la había llevado a la cama, donde hicieron exquisitamente el amor por la noche.

Ella había esperado hasta que el se durmiera, luego se había vestido, había arrojado algunos vestidos en una maleta, había escrito apresuradamente una nota y se había marchado cuando el amanecer de un nuevo día empezaba a iluminar un cielo gris y sombrío.

—No —la simple negativa surgió con tranquila dignidad. El sexo… incluso el sexo muy bueno no solucionaba nada.

Nunca se había sentido tan frustrado en su vida como cuando descubrió que ella lo había dejado. Si hubiera podido, habría tomado el primer vuelo para Australia y la habría seguido. Solo que Raoul estaba en América, y Sebastian, el pequeño de los tres hermanos

Lanier, estaba en su luna de miel. No le quedaba más remedio que asistir a las reuniones en distintas ciudades de Europa y después hacer una breve visita a su abuela en París.

—Un sitio vacío en mi cama, una nota breve y una esposa en el otro lado del mundo que se negaba a recibir ninguna de mis llamadas.

—Si has terminado el interrogatorio —dijo Sandrine con rigidez —. Me gustaría irme, mañana tengo que estar muy pronto en el estudio.

Las facciones de él se endurecieron y bajó levemente los párpados, enmascarando su expresión.

—Entonces, busquemos a nuestro anfitrión y démosle las gracias por su hospitalidad —la tomó por el brazo, pero ella se soltó.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

—¿Tan pronto olvidas nuestro trato?

—En absoluto —dijo Sandrine con valentía—. Pero no te voy a permitir que compartas casa conmigo.

La sonrisa de él no tenía humor.

—Las residencias separadas no forman parte del trato.

—Vete al infierno —estaba profundamente irritada.

—Ya he estado allí —dijo con una peligrosa suavidad—. No tengo intención de hacer un viaje de vuelta.

—Creo que debemos dejar cualquier discusión para más tarde.

—Yo no he empezado siquiera. Y los invitados pueden pensar lo que quieran —le pasó un brazo por la cintura y la sujetó firmemente a su lado—. Pon un pie delante del otro y sonríe al dar las buenas noches a Tony.

—¿O si no qué? —Sandrine controlaba su ira.

—Es un problema de dignidad. De la tuya. Puedes salir de aquí andando o sobre mi hombro. Elige.

Se le encogió el estómago. Una simple mirada a su expresión fue suficiente para decidir que no sería inteligente llevarle la contraria. Sus ojos tenían un brillo frío que rivalizaba con el de un témpano.

—Prefiero la primera opción —dijo con fría cortesía.

El intercambio de saludos les llevó diez minutos y sirvió para confirmar una entrevista de negocios con Tony para la mañana siguiente. Sandrine observó la tirantez de la sonrisa de Tony.

—Está sudando por tu decisión —le dijo cuando iban en el ascensor—. ¿Una estrategia calculada, Michel?

El la miró y ella pudo ver un leve brillo de burla en su mirada. La pregunta no necesitaba una confirmación verbal. Los tres hermanos Lanier, Raoul, Michel y Sebastian controlaban una corporación de mil millones de dólares que presidía su padre, Henri, que se había asegurado de que la educación de sus hijos cubriera todos los aspectos de la vida empresarial.

El ascensor se detuvo y salieron al vestíbulo. Sandrine sacó el teléfono portátil.

—Te pediré un taxi.

—Tengo un coche alquilado. Te seguiré.

—Te puedes mudar mañana —se interrumpió cuando la contestaron al otro lado—. ¿Podrían enviar un taxi a…

Michel dio fin a la llamada por el expeditivo procedimiento de quitarle el teléfono de la mano.

—¿Cómo te atreves? —las palabras le surgieron con furia e hizo un valiente intento de quitarle el teléfono, fracasando miserablemente porque él lo puso fuera de su alcance—. ¡Dámelo!

El alzó una ceja con cinismo al ver cómo ella daba una patada al suelo con silenciosa furia.

—¿Dónde has aparcado?

Ella le lanzó una mirada siniestra, molesta porque la oscuridad de la noche le impidiera a él ver bien su ira.

—¿No has reservado habitación en ningún sitio?

Ella tenía tenacidad, temperamento y ternura. Esta última nunca había sido tan notoria por su ausencia. En su gesto apareció un leve indicio de humor:

—Me fui esta mañana.

Maldito fuera, se dijo para sí.

—Mi coche es el Honda blanco —le dijo con altanería. Se volvió para irse, pero él la tomó por el brazo y ella se volvió de nuevo hacia él con furia—. ¿Qué quieres ahora?

—Toma tu portátil —dijo con suavidad. Ella lo tomó como si le quemara.

Conduciría tan rápidamente como pudiera, decidió furiosa, para

intentar perderle. Mala suerte, pensó al pasar un semáforo en ámbar y ver por el retrovisor que él la seguía. Conociendo la atención por los detalles que ponía Michel, no la habría sorprendido que supiera cuál era su dirección y pudiera llegar allí con la ayuda de un plano de la ciudad. Fue un pensamiento que la tranquilizó y la hizo darse cuenta de que lo que estaba haciendo era una tontería. Nada de correr riesgos con los semáforos, decidió.

Puso la radio y subió el volumen. Música de rock duro invadió el interior del coche y ella trató de perderse en el ritmo para distraer su atención de Michel.

No funcionó y, unos minutos más tarde, bajó el volumen y se concentró en la conducción.

Al llegar a su casa, accionó la puerta del garaje y aparcó el coche. Michel aparcó el suyo a su lado. La puerta del garaje se cerró y Sandrine salió del coche. Michel estaba abriendo el maletero y sacando varias maletas. Quiso hacer como que no lo veía, pero Michel no era un hombre al que se pudiera no ver.

Sintió un nudo en el estómago al abrir la puerta que comunicaba el garaje con la casa. Se detuvo y se volvió hacia él.

—Hay tres dormitorios arriba —le dijo con un tono que parecía el de una anfitriona dando instrucciones a su huésped—. Elige una. Hay toallas en el armario.

El no contestó y el silencio se hizo enervante. Sin decir más, ella entró en la casa y se dirigió a la cocina.

El interior de la casa era luminoso y moderno, con altos techos y ventanales que iban del suelo al techo. El único sonido que se oía era el repicar de sus altos tacones al entrar en la cocina. Unos minutos más tarde, salía de la cafetera el aroma de la bebida recién hecha.

Sandrine sacó dos tazas y platos, azúcar y leche y los puso sobre la encimera, luego llenó una taza y tomó un sorbo, paladeándolo.

Todo estaba silencioso, demasiado silencioso. Fue al salón y encendió el televisor, cambiando de canales hasta que encontró algo interesante. Las imágenes danzaban ante sus ojos mientras su mente se dirigía hacia el hombre que había invadido su casa.

Casa temporal, se corrigió, sabiendo que la película se acabaría en una semana o dos. Menos aún para ella, que solo era necesaria en un par de escenas ¿Y después qué? ¿Dónde iría? Había unas cuantas opciones, y mentalmente las tachó. Una era volver a Sydney. Dos, buscar trabajo como modelo. Tres… No, no quería pensar en la tercera opción. El matrimonio se tenía que basar en la igualdad, en compartir

y en comprender las necesidades del otro. El que una parte dominase a la otra era algo que encontraba inaceptable.

Sandrine acabó su café, fregó la taza, miró el reloj y suspiró. Era tarde, ella estaba cansada y no estaba dispuesta a esperar más para ver si aparecía Michel. Se iba a ir a la cama.

Había un extraordinario silencio y se descubrió escuchando conscientemente para ver si detectaba algún sonido. Pero no había ninguno. Si Michel se había duchado, deshecho las maletas y acostado lo había hecho en muy poco tiempo.

La curvada escalera llevaba a una galería semicircular. Los tres dormitorios estaban situados en ella y una doble puerta daba a un espacioso cuarto de estar.

Sandrine giró a la derecha y entró en su dormitorio. Había una luz suave y las aletas de su nariz se abrieron al notar el aroma de jabón recién utilizado y de artículos de perfumería de varón. Luego, miró la cama.

La colcha de seda estaba retirada y una silueta masculina se veía claramente bajo las sábanas. Michel. Su oscura cabeza estaba cómodamente apoyada en la almohada, los ojos cerrados, la respiración lenta y rítmica.

¡Maldición, estaba en su cama! ¡Y dormido!

Bueno, eso iba a cambiar enseguida, decidió furiosa. Cruzó la habitación. Sin dudarlo un momento tomó la almohada que estaba libre y dio con ella un golpe al colchón, a centímetros del pecho de él.

—Despierta, ¡maldita sea, despierta! —levantó la almohada y volvió a golpear con ella—. ¡No te vas a quedar en mi habitación!

El no se movió y ella, en un gesto de pura desesperación, le dio con la almohada en el pecho.

Una mano la tomó por el antebrazo cuando intentaba volver a levantar la almohada.

—Esta es mi habitación, mi cama. Y no vas a ocupar ninguna de las dos cosas.

—¿Quieres una habitación separada, una cama separada? —sus ojos parecían escudriñarla hasta el alma—. Ve a buscar una.

—Lo estas haciendo adrede, ¿verdad? —sintió dolor en las sienes y se llevó las manos para suavizarlo con los dedos—. No voy a dormir contigo.

—Dormir es la palabra adecuada.

Ella controló a duras penas las ganas de pegarle.

—¿Esperas que te crea?

Él parecía… magnífico, y peligroso como el infierno. La sexualidad que emanaba hizo que sintiera calor por sus venas.

Sandrine dirigió la atención a su cara y se fijó en su boca. Sus labios temblaron ante el recuerdo de lo que habían sentido bajo los de él hacía solo unas pocas horas. Una calidez traidora invadió su cuerpo y casi renunció a controlarla. Casi.

—¿Te da miedo compartir la cama conmigo, Sandrine?

Sí, hubiera deseado gritar. Porque todo lo que hacía falta era un roce accidental de piel contra piel en la noche cuando estaba envuelta en el sueño para que olvidase durante unos pocos segundos y luego ya sería demasiado tarde.

—El sexo no va a arreglar nada de lo que está mal entre nosotros.

—No recuerdo haber sugerido que fuera a ser así.

—Entonces a lo mejor me puedes explicar por qué has elegido mi habitación, mi cama. Si fueras un caballero, te habrías instalado en otra habitación.

—Nunca he pretendido ser un caballero.

—No. Un bárbaro es más adecuado.

—Ten cuidado, chérie —la avisó con voz suave.

Había un pequeño cojín a su alcance, lo tomó con una mano y se lanzó contra él.

—Te odio.

Dos segundos más tarde ella estaba en el colchón y Michel se cernía sobre ella.

—Pongamos ese odio a prueba, ¿eh?

Ella luchó contra él, retorciendo inútilmente su cuerpo bajo el de él mientras intentaba liberar sus manos.

—No hagas esto.

Era una afirmación, no un ruego y él notó su rabia, su tenacidad sin miedo y su pasión. Lo único que haría falta era persuasión sutil y habilidad sensual para que ella se rindiera en sus brazos.

—Tendrías que haberlo pensado antes de pegarme con la almohada.

—Si me provocas, espera una reacción —fue su concisa respuesta.

La expresión de él no cambió, aunque ella habría jurado que había visto un brillo divertido en sus ojos.

—Entonces… ¿quieres seguir con este juego o lo dejamos? Lo que tú digas, Sandrine.

Ella quería gritar: «Lucha a muerte», pero sería su muerte. Emocional, mental y física. Y no quería ofrecerle esa posibilidad.

—Si te apartas, iré a cambiarme y darme una ducha.

—Oui, pero antes… —tomó su boca con un suave beso, se detuvo en la comisura y luego recorrió con su lengua el sedoso interior antes de incorporarse—. Bonne nuit, mignonne.

Se dio la vuelta, se tapó con las sábanas hasta la cintura y cerró los ojos.

Sandrine se quedó tumbada e inmóvil durante unos segundos saboreándolo. Cálido, húmedo y malvadamente erótico. Maldito, juró por lo bajo. Siempre tenía que decir la última palabra.

Con mucho cuidado, se levantó de la cama y fue al cuarto de baño, se desnudó y se dio una larga ducha, dejando que el chorro caliente aflojara la tensión de su cuello y de los hombros. Luego, se secó y se puso un camisón de algodón.

Parecía irónico y probablemente se debía a su vena rebelde, porque tenía juegos completos de lencería de encaje y satén francés y había elegido algo vulgar y funcional para la cama.

Michel estaba muy quieto, su respiración era profunda y tranquila cuando ella cruzó la habitación para apagar la luz.

«¿Te da miedo compartir la cama conmigo?» Sus palabras habían contenido un reto, una burla.

A lo mejor podía darle la vuelta al juego y hacer lo inesperado. Él dormiría durante horas, y aunque ella no estaría allí para verlo, daría cualquier cosa por ver la cara que ponía él cuando viera que ella había ocupado la otra mitad de la cama.

Una sonrisa curvó sus labios mientras se metía bajo las sábanas. Quería jugar, ¿verdad? Bien, que empezase el juego.

Le produjo satisfacción imaginar un truco tras otro hasta que se quedó dormida y entró en un mundo de sueños en los que Michel era alternativamente amante y demonio, el lugar cambiaba y acabó por convertirse en un plato en el que ella estaba en el centro sin poder



recordar su parte del guión.

Capítulo 3

Sandrine se despertó al oír el sonido de su despertador digital y automáticamente alargó una mano para apagarlo. Solo que estaba al otro lado de la cama y sus dedos entraron en contacto con un hombro duro y caliente.

Michel. Apartó su mano rápidamente mientras él musitaba una maldición en francés y se sentaba de golpe.

—El despertador —explicó con dulzura mientras se levantaba para acallar el estridente sonido. Los números iluminados indicaban que eran la cuatro y media—. Siento haberte despertado.

No lo sentía en absoluto. Era hora de que pagase por la noche anterior y la victoria era dulce.

Las cortinas cubrían la pared de cristal, filtrando la luz del amanecer. Estaban en Queensland y era verano, cuando el sol salía poco después de las cuatro de la mañana.

Sandrine se acercó al vestidor, eligió unos vaqueros y un top sin mangas, luego tomó ropa interior limpia y fue al cuarto de baño. Salió diez minutos más tarde, vestida, sin maquillaje y con el cabello recogido en un moño suelto en la nuca. No dirigió ni una mirada a la cama ni a su ocupante. Tomó el bolso y salió de la habitación.

En la cocina, se sirvió un vaso de zumo de naranja, lo bebió, tomó un plátano y se dirigió al garaje.

Quince minutos más tarde, la estaban maquillando mientras ella repasaba mentalmente su parte del guión mientras el mago de la cosmética transformaba su rostro para las cámaras.

No era un buen día, todo el mundo estaba nervioso y la gente estallaba según iba subiendo la temperatura, se estaba poniendo a prueba la profesionalidad hasta el límite.

No había ayudado el hecho de que Michel apareciera después de la pausa del almuerzo. Se quedó atrás y nadie se cuestionó su presencia debido a su posible inversión, aparentemente era un observador interesado en el proceso de filmación mientras los actores repetían escenas una y otra vez, porque Tony buscaba la perfección en su intento de impresionar.

Por más que intentase Sandrine hacer como que no veía a su indómito marido, él estaba allí, una constante en su campo de visión que garantizaba que su concentración se fuera al infierno.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en voz baja en un descanso.

Michel se inclinó hacia delante y le dio un beso en la sien.

—

—Por favor, vete.

Ella captó una sombra de humor en su boca y se aguantó las ganas de gritar.

—Si voy a invertir una cantidad considerable de dinero para salvar esta operación, creo que debo comprobar cómo van las cosas.

—Se supone que era un plató cerrado.

—Me ha invitado Tony.

—¿Inteligentemente engañado para que picara el anzuelo?

—Me conoces tan bien…

«No», quiso contradecirle, «pensaba que sí, pero ahora siento que apenas te conozco».

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

¿En el plató? Hasta que acabes —alzó una mano y le pasó suavemente los dedos por la mejilla—. ¿Por qué? ¿Te molesta mi presencia?

—¿No es ese tu propósito?

—¿No deberías estar repasando el guión? —repuso Michel, mirándola cuando ella se dio la vuelta sin decir palabra y tomó su copia del guión.

No le sirvió de gran ayuda que Cait Lynden eligiera aquel momento para ejercitar su considerable encanto femenino con él, ni que él pareciera correspondería, aunque solo fuera por cortesía.

¿Un truco para ponerla celosa? «Pues está funcionando, ¿verdad?», se burló de ella una vocecilla interior.

Los observó furtivamente y tuvo que reconocer que le ardía la sangre en las venas al ver a Cait coqueteando ostentosamente con su roce deliberado en la manga de él, su sonrisa maliciosamente sensual, el descarado flirteo evidente en aquellos brillantes ojos azules…

Sandrine sintió que se apretaba más el nudo de su estómago mientras miraba sin ver la escena que seguía en su copia del guión.

Maldito Michel. Por todo, y especialmente por invadir su terreno profesional.

—Todo el mundo a su sitio, por favor.

Había que dar gracias a los cielos por los pequeños favores, pensó Sandrine mientras se preparaba para interpretar al personaje y repasaba sus líneas mentalmente.

Ya era media tarde cuando Sandrine pudo salir del plato con la noticia de que no la necesitarían hasta el martes. Se quitó el vestido y la peluca con la ayuda de la encargada del vestuario y luego se quitó el maquillaje y se soltó el pelo de la redecilla.

La diferencia entre la actriz con el traje de época y la chica con vaqueros era notable. Tan notable, que pensó que no era probable que nadie la reconociera como la misma persona.

Eran más de las cinco cuando llegó al aparcamiento y se dirigió hacia su coche con las llaves en la mano.

—¿Esperabas escaparte sin ser vista?

Michel se puso a su lado y ella apretó el paso, decidiendo no contestarle. Un minuto más tarde se había subido al coche y había encendido el motor. Habría sido una salida muy airosa si no hubiera sido porque las ruedas resbalaron en el alquitrán blando y tuvo que reducir la velocidad al mínimo.

Sin embargo, una vez que llegó a la autopista apretó el acelerador y dejó que la aguja llegara hasta donde podía sin riesgo para su vida o peligro de multa por exceso de velocidad. Aquello le proporcionó un escape para la tensión acumulada.

Llegó a Sanctuary Cove en un tiempo récord y, ya dentro de la casa, subió a toda prisa las escaleras, se puso un bañador, tomó una toalla y bajó a la piscina.

El agua estaba fresca e hizo varios largos antes de darse la vuelta y flotar perezosamente sobre su espalda. Era muy fácil dejar que vagasen sus pensamientos en torno a los sucesos del día. Y de Michel.

No había dormido bien y había pasado una buena parte del tiempo que estuvo despierta preguntándose si no había sido una locura el compartir la cama. Lo era, casi llegaba al masoquismo. Porque el estar tan cerca y a la vez tan lejos de él atacaba sus cimientos emocionales y la desgarraba por dentro.

¿Qué habría hecho él si ella lo hubiera tocado? Si él la hubiera ignorado, ella se habría muerto, pero si él hubiera respondido, ¿cómo iba ella a manejar la situación después del encuentro?

Una acción así solo hubiera aportado satisfacción sexual para ambos. Como rascarse cuando te pica. Faltaría la armonía de corazón,

mente y alma, y de alguna manera, el sexo no era suficiente.

Estaba loca. Demente, añadió. Cualquier otra mujer se hubiera aferrado al prestigio social de Michel y a todo lo que su riqueza podía proporcionar y le habría bastado con eso.

Ya había sido bastante malo cuando estaban separados por el océano. Ahora que él estaba allí era mil veces peor.

Era mágico, pensó. Una hechicería sensual que desafiaba cualquier definición. Que se transmutaba en el tacto, la mirada, la promesa… y la anticipación.

Separarse tras una noche de amor y contar las horas que faltaban hasta que pudieran estar juntos de nuevo. Alimentar esa necesidad con una llamada telefónica. La entrega de una única rosa roja, esa mirada especial que intercambian los amantes en una habitación llena de gente. Y la espera, el deseo.

¿Qué era el amor? ¿Ese morir por alguien, el hasta que la muerte nos separe? ¿O era el saciarse sexualmente, un nirvana sensual?

Ella había pensado que era ambas cosas hasta su primera pelea seria. Ahora no estaba tan segura.

—Pensamientos agradables, espero.

Sus palabras la hicieron darse la vuelta y girarse ante la figura masculina que estaba de pie en el borde de la piscina.

Michel se había quitado la americana y la corbata y se había soltado los dos botones superiores de la camisa. Estaba un poco despeinado, como si se hubiera pasado los dedos impacientemente por el pelo.

—¿Cuánto tiempo hace que estás ahí?

—¿Qué más da?

El que la hubiera estado observando sin que ella se hubiera dado cuenta era como una invasión de su intimidad y no le gustó nada. De unas pocas brazadas, se acercó al borde de la piscina y se izó con facilidad para sentarse. Su toalla le quedaba fuera de su alcance sobre una tumbona. Se puso de pie y la tomó con un movimiento rápido.

Ella observó un gesto divertido en él y se secó el cuerpo antes de secarse el pelo.

—He reservado una mesa para la cena en Hyatt.

Sandrine le oyó pero decidió ignorarlo por el momento.

—Estoy segura de que disfrutarás la comida —consiguió decirle con calma—. He oído que el chef tiene una reputación excelente.

—Para dos —la informó Michel—. A las siete.

—No te esperaré levantada.

—Tienes una hora para ducharte y arreglarte.

—No voy a ir a ningún sitio contigo.

—¡Maldición, me haces perder la paciencia!

—¡Y tú a mí la mía!

—¿Tan inaceptable es que quiera compartir una comida con mi mujer en un lugar agradable?

—No —dijo con dulzura—. Siempre que tu mujer también quiera, y en este caso no es así.

—Sandrine…

—No me amenaces, Michel —intentó mantener una tranquila dignidad, pero no podía. Sus ojos se clavaron en los de él—. Me niego a aceptar todas las sugerencias que hagas.

—¿Prefieres cenar aquí?

—¿No te enteras? No quiero comer contigo. En ningún sitio —la sacudió un pequeño temblor y apretó más la toalla.

—Estás temblando.

—Qué observador. Si me disculpas, iré a darme una ducha.

Al pasar frente a él consiguió ignorar su magnetismo y la traicionera reacción de su cuerpo.

Dos semanas más, pensó mientras subía rápidamente las escaleras, puede que menos, y el rodaje habría terminado, por lo menos su parte habría terminado ¿Podría soportarlo hasta entonces, viviendo en la misma villa y compartiendo la cama con el hombre que utilizaba todas las ventajas que tenía a su alcance?

Llegó al dormitorio y fue al baño, se quitó el bañador y entró en la ducha, tomó el frasco de champú y empezó a frotarse el pelo.

Diez minutos más tarde, entró en el dormitorio y se sobresaltó al ver a Michel quitándose la ropa.

—¿Has terminado?

La mano izquierda de Sandrine voló a la toalla que llevaba descuidadamente anudada al pecho y con la derecha sujetó la toalla

que llevaba en la cabeza.

—Hay otros dos cuartos de baño en este piso —la voz le salió un poco estrangulada.

—¿Tienes algún problema en compartir?

Qué bien lo hacía. Razonable, bromeando en el límite del cinismo.

—Sí —replicó, recuperando el equilibrio al cruzar la habitación para buscar ropa interior limpia—. Teniendo en cuenta que tu intención principal es ponerme nerviosa.

—¿Admites que estoy ganando, Sandrine?

Había caído como una tonta.

—En absoluto —respondió con calma, sabiendo que mentía. Todo su sistema nervioso se alteraba solo con pensar en él.

Observar a Michel cruzando la habitación para ir al baño le causó una auténtica desazón. Se quedó mirando sus hombros anchos, sus soberbios pectorales, su firme cintura…

Controló un leve estremecimiento al pensar cómo sería que la abrazara, sentir la fuerza de sus brazos sujetándola firmemente. Casi podía oler su piel almizclada, la frescura del jabón que usaba y su colonia de hombre. Sentir su sabor cuando su boca se unía a la suya, el húmedo resbalar de una lengua en la otra, acariciada por una erótica danza de apareamiento.

La esencia de su sexo, el grado de poder que experimentaba al llevarlo al límite de su control, la forma en que su cuerpo de hombre temblaba cuando llegaba al éxtasis, cuando era más vulnerable.

Intentó contener el calor que invadía su cuerpo, pero no pudo porque la imagen de cómo él le hacía el amor seguía asaltándola. El tenía el poder de volver loca a una mujer. Y para su disgusto, había una parte de ella que lo deseaba terriblemente. Sin preguntas ni recriminaciones.

Oyó el zumbido de su máquina de afeitar, seguido del ruido del agua de la ducha. Visualizó inmediatamente el cuerpo desnudo de Michel, su potente masculinidad, el impresionante poder alojado en el vértice de sus muslos.

«Concéntrate, recuerda las acusaciones que intercambiamos hace siete semanas», se regañó a sí misma mientras retiraba la toalla y se vestía con vaqueros y un top de algodón.

Aquella desdichada noche ella había mirado a Michel… alguien

a quien ella había amado con todo su corazón, en quien había confiado y había creído que sus vidas, su amor, estaban entretejidos para siempre… y ahora era como mirar a un extraño.

Con un gesto de irritación, Sandrine se quitó la toalla de la cabeza y se sacudió el pelo, que cayó como una nube de seda negra sobre sus hombros.

Tomó el secador de pelo y empezó a peinarse.

¿Qué habría pasado si ella se hubiera quedado? ¿Si hubiera cancelado su vuelo y se hubiera arriesgado a un incumplimiento de contrato? ¿Habría solucionado algo? ¿O simplemente su rápida partida había acelerado su separación?

Siete semanas. Semanas que se podían considerar como un breve respiro, o como toda una vida, dependiendo de la interpretación.

—¿Vas a ir así vestida a cenar?

Sandrine apagó el secador. A través del espejo, le vio quitarse la toalla, ponerse los calzoncillos y un pantalón antes de ir al armario a buscar una camisa.

—No tenía planeado arreglarme —empezó a recogerse el pelo en un moño.

—Déjatelo suelto.

Las manos no le temblaron al ponerse las horquillas.

—Es más fresco recogido.

Michel se abotonó la camisa y se puso calcetines y zapatos.

—¿No te maquillas?

—¿Por qué? No pensaba ir a ninguna parte.

La expresión de él no cambió, pero sus ojos se endurecieron.

—Me voy en cinco minutos, Sandrine. Contigo o sin ti, tú eliges.

—Siempre puedes llamar a Cait. Se moriría por compartir algo contigo.

Sin decir más, salió de la habitación y fue a la cocina.

Una lata de salmón y una ensalada eran un pobre sustituto de los dos platos, fruta y tabla de quesos que Michel disfrutaría sin duda junto con un buen vino, luz tenue y suave música de fondo. Se dijo a sí misma que no le importaba cuando le oyó salir de la casa y encender el motor del coche.

Media hora más tarde, aclaró los pocos platos que había usado,

los puso en el lavavajillas, llenó un vaso con agua mineral y fue al salón a ver la televisión.

A las diez, apagó las luces y se fue a la cama. Durante unos minutos, dudó acerca de dónde dormir, racionalizando que el dormitorio principal era de ella, y que si Michel estaba decidido a convertirlo en el suyo, podría sufrir porque ella no pensaba cambiarse.

Pero compartir la cama se parecía mucho a jugar con fuego y ella no quería quemarse. Dejarse llevar para compartir un sexo agradable no estaba en su agenda.

Con ese pensamiento en la mente, tomó ropa de cama y preparó la habitación más alejada de la que Michel había elegido como suya. Luego, se llevó unas cuantas cosas de ropa y de aseo y se metió entre las sábanas.

La luz de la luna brillaba entre las contraventanas de madera y después de lo que le pareció un tiempo interminable de dar vueltas en la cama, se levantó y las cerró bien. El sueño no había estado nunca tan lejano, hizo respiraciones yoga, contó ovejas e intentó tener pensamientos agradables y relajantes. Solo que la imagen que aparecía para perseguirla era la de Michel. Se dio la vuelta y dio un puñetazo a la almohada.

Su habitación daba al mar y estaba por tanto al otro lado del garaje ¿habría llegado el a casa ya? No había oído ningún ruido que indicara que había vuelto.

A lo mejor alguna hermosa mujer había insistido en compartir su mesa y en ese momento estaban presos en una red de seducción inofensiva ¿O no sería inofensiva? Michel era un experto narrador y el encanto personificado. También tenía una indefinible aura sensual que hacía que las mujeres utilizasen todos sus trucos para atraer su atención.

Sandrine imaginó muchas escenas diferentes, maldiciendo a Michel en cada una de ellas hasta que su subconsciente se apoderó de ella y la llevó a sueños que parecían no menos reales.

Era más tarde de las once cuando el coche se detuvo en el garaje. Michel entró en la casa y apagó las luces al subir al piso de arriba.

La cama vacía le hizo pasar un mal rato, luego realizó una búsqueda sistemática en las demás habitaciones y sintió un inmenso alivio cuando descubrió la forma de su mujer bajo las sábanas retorcidas.

Se quedó en el umbral durante varios minutos, luego se acercó

a la cama.

Ella era hermosa, tan fieramente independiente y con tanto espíritu… Quería apartarle el pelo de la frente y posar sus labios sobre su sien.

Maldición, quería más, mucho más que un gesto de ternura. Se moría por aquello que habían compartido una vez. El calor mágico que culminaba en una pasión sin vergüenzas y los unía como partes gemelas de un todo. Completos, hechos uno a todos los niveles: espiritual, mental y emocional.

Soltó una maldición entre dientes, dirigida a sí mismo, por permitir que los negocios se hubieran puesto por delante del amor de su mujer.

En lugar de tomar el siguiente vuelo para ir a buscarla, se había volcado en resolver asuntos financieros muy delicados y se aseguró de que Sandrine estuviera bien, contratando a un par de profesionales para que la vigilasen las veinticuatro horas del día.

Su habilidad para los negocios tenía justa fama entre sus colegas. Las mujeres lo perseguían por su riqueza y posición social. Alababan su ego y hacían todos los movimientos adecuados en una vida que había llegado a considerar artificial. La experiencia le había hecho cínico y precavido al mismo tiempo.

Hasta que apareció Sandrine.

Sandrine, con su falta de astucia y artificio, con su risa que era al mismo tiempo real y contagiosa. Su sonrisa podía iluminar todo su cuerpo, su piel brillaba y sus ojos lanzaban luz de una calidez interior que venía directamente del corazón.

La deseó desde el primer momento, no solo en el sentido bíblico. El instinto le decía que habría más que eso, mucho más.

Ella era su posesión más preciada y desde el principio quiso protegerla. No había forma de que él pudiera aceptar que se fuera al otro lado del mundo sin él. O que se quedase allí sola. El momento, teniendo en cuenta su responsabilidad profesional, no podría haber sido peor.

Una sonrisa apareció en su rostro. La magia financiera era su especialidad y la suerte había estado de su parte. Podía rescatar una película que estaba al borde del embargo y emplear el chantaje emocional para salvar su matrimonio. ¿Cómo se decía? Matar dos pájaros de un tiro. La película no suponía ningún problema. Sandrine no sería una victoria fácil.

Era un reto. El más importante de su vida y uno que estaba decidido a ganar.

Un leve sonido captó su atención y la observó mientras se removía inquieta en el sueño. Parecía indefensa, su piel suave y traslúcida a la luz reflejada del pasillo. Sus pestañas increíblemente largas y su boca suave y seductoramente curvada. Sus emociones volvieron a la vida. La tomó en sus brazos y la llevó de vuelta a la habitación que habían compartido la noche anterior.

Ella se removió ligeramente cuando la depositó en la cama, luego se quedó quieta y él se quitó la ropa y se deslizó en la cama junto a ella, silencioso e inmóvil en la oscuridad hasta que el sueño finalmente lo reclamó, mucho después de la hora bruja de medianoche.

Capítulo 4

Sandrine se despertó lentamente. Domingo, se dijo con un suspiro de alivio. No había que madrugar, no había plato.

Luego, recordó y se dio cuenta de que no estaba ni en la cama ni la habitación en la que se había acostado la noche anterior. Y lo que era más, no estaba sola.

Un brazo masculino la tenía fuertemente sujeta contra su cuerpo, y estaba muy excitado.

La mano de Michel estaba abierta sobre su estómago y ella podía sentir el rítmico latido de su corazón en el hombro.

Santo Dios.

El buscar ayuda en Dios no iba a servir. Ni la ardiente pero remota esperanza de estar soñando, porque nadie soñaba con los ojos abiertos. Sus pensamientos reflejaban un caleidoscopio de emociones contrapuestas e intentaba pensar qué debía de hacer.

Si mantenía su respiración regular y se movía lentamente, de centímetro en centímetro, tal vez Michel no lo notara y al final podría liberarse de su abrazo y salir de la cama.

Una estrategia ridícula, se dijo a sí misma cuando el movimiento más ligero hacía que el abrazo se estrechara. ¿Y ahora qué? ¿Clavarle el codo en las costillas? ¿Darle un puñetazo en el hombro? ¿Las dos cosas? Si, eso a lo mejor funcionaba.

—¿Planeando un método de ataque? —una voz profunda habló demasiado cerca de su oído.

—Lo has pillado a la primera —respondió intentando darle un codazo y fallando porque él impidió la maniobra. Darle con el talón en las espinillas tampoco le hizo ninguna impresión y ella gruñó con rabia—. Déjame.

—*S'il vous plait*?

—Vete al infierno.

—Si quieres jugar…

—Estas disfrutando con esto, ¿verdad? —dijo vengativa mientras se retorcía inútilmente para liberarse.

—No especialmente. Preferiría una mujer que estuviera dócil y deseosa en mis brazos.

—¡Mala suerte!

—¿Quieres que te demuestre lo fácilmente que te puedo hacer cambiar de opinión?

Sandrine se quedó muy quieta, intentando controlar su respiración agitada. Con demasiada facilidad, admitió en silencio para su vergüenza.

El enterró la boca en la suave curva de su cuello y luego siguió hasta la sien. Su mano se alzó para tomar su pecho y los músculos del estómago de ella se tensaron ante la violencia de su sensación.

—¿Es aquí donde tú insistes en que yo cumpla mi parte del trato?

Con un solo movimiento, se echó hacia atrás, llevándola con él, quedó sentada a horcajadas sobre su cintura. Las facciones de él eran oscuras, acentuadas por la barba que había crecido durante la noche. Sus ojos la observaban, analíticos.

Aquello podía ser muy peligroso. El parecía un tigre perezoso, contento, pero que emanaba cierto poder primitivo. Una palabra equivocada o un movimiento falso por su parte y no tenía duda de que su expresión indolente desaparecería. Su posición era terriblemente inestable, en el mejor de los casos.

El alzó una mano y le acarició la mejilla y luego la tomó por la barbilla.

—Es tu definición, no la mía.

Él apretó el pulgar en el centro de su labio inferior y una sensación aguda recorrió su cuerpo.

—Me fui a otra habitación por elección mía.

—Y yo te traje aquí de vuelta.

—¿No te gusta dormir solo?

—El sexo no es un requisito imprescindible para compartir la cama conyugal.

—¿Pretendes que me crea eso? ¿Viniendo de ti?

Él se quedó callado durante varios segundos y, cuando habló, su voz era tan sedosa, que ella sintió un estremecimiento.

—Tengo un recuerdo muy vivido de las largas noches que hemos compartido, *chérie*.

También ella. Noches en las que ella se había convertido

voluntariamente en sus brazos en una libertina que se lanzaba a un festín sensual tan erótico que a veces lloraba de puro placer.

—Eso era entonces.

—Y esto es ahora, ¿no?

—Sí.

—En ese caso, vistámonos y bajemos a desayunar —con un ligero movimiento la levantó y la puso en el suelo, luego apartó la sábana y se levantó.

Ella recogió unos vaqueros y un top. Unos segundos más tarde estaba segura tras una puerta cerrada, con total intimidad, o eso esperaba. Las puertas interiores no tenían pestillo, así que se dio una ducha rápida, se vistió y salió. Encontró el cuarto vacío.

Bajó las escaleras y siguió el aroma del café recién hecho hasta la cocina, donde Michel parecía estar a sus anchas batiendo huevos en un cuenco. Vestido con vaqueros de diseño y una camiseta polo blanca parecía indecentemente masculino.

Sus acciones la recordaron los desayunos que habían compartido y su fácil camaradería. Entonces, ella se habría burlado de él sin piedad, habría aplaudido su habilidad y luego se habría reído cuando él la hubiera llevado en brazos de vuelta al dormitorio.

Ahora, ella llenó en silencio dos vasos de zumo de naranja, sirvió el café y lo llevó todo a la mesa. Michel puso un plato con una tortilla humeante ante ella y luego se sentó en el asiento de enfrente.

Ella tenía el estómago hecho un nudo y la molestaba bastante que el apetito de él no pareciera estar afectado en absoluto. Tomó un par de trozos, mordisqueó una tostada y dio un sorbo del fuerte café.

Michel volvió a llenar su taza, luego puso el plato a un lado y se arrellanó en el asiento.

—Tenemos todo el día ¿Qué te parece que hagamos?

Ella posó la taza en el plato y lo miró con tranquilidad.

—Yo pienso ir de compras.

—¿Concretamente?

—Comida. Cosas como pan, leche, huevos, fruta.

—¿Y luego?

—Ir en el coche a explorar un poco.

Michel se puso de pie y empezó a recoger la mesa.

—Yo conduzco, tú puedes hacer de guía.

—¿Cómo dices?

Él la miró divertido y al mismo tiempo con tolerancia paciente.

—Iremos al supermercado, luego exploraremos.

—¿Desde cuándo «yo» se ha convertido en «nosotros»? —su silencio era expresivo, su mirada también—. ¿Y si prefiero ir sola?

—No insistas, Sandrine.

Solo tardó unos minutos en aclarar los platos y ponerlos en el lavavajillas, luego Sandrine tomó el bolso, se puso unas gafas de sol sobre la cabeza y se dirigió al garaje sin preocuparse de si Michel la seguía o no.

En Sanctuary Cove había una gran variedad tiendas y de boutiques de moda, numerosos cafés y restaurantes. Estaba atravesado por una calle con dos vías, en medio de las cuales crecía una línea de palmeras perfectamente cuidadas. Los terrenos circundantes daban a un campo de golf en donde en temporada alta se celebraban campeonatos internacionales.

Las pocas cosas de comida que necesitaba se podían haber elegido en cinco minutos, pero Sandrine tardó en elegir la fruta, las variedades de lechuga y decidió ir a la panadería local en lugar de comprar pan de molde.

Michel añadió unas cuantas cosas por su cuenta y pareció estar levemente divertido cuando ella rechazó más de una.

Media hora más tarde, regresaron a la villa, guardaron las cosas y volvieron al coche.

—¿Adonde vamos?

—Hay montañas, playas y parques temáticos —contestó Sandrine mientras Michel conducía a través de la puerta de seguridad —. Tú eliges.

—Noosa.

—Eso son más de dos horas de coche hacia el norte —dijo ella sorprendida.

—¿Supone eso un problema?

—No, creo que no.

Él llegó a una rotonda y la rodeó.

—Tú guías, Sandrine.

Ella lo guió a la autopista, donde se unieron al flujo de tráfico que iba hacia el norte y en una hora tomaron la desviación hacia Sunshine Coast. Pronto iban entre campos donde se cultivaba caña de azúcar, aguacates, pinas, fresas y una gran variedad de frutales. Los pequeños pueblos reflejaban un estilo de vida de ritmo lento, con edificios del viejo estilo mezclados con los modernos, y en la distancia se veían las colinas cubiertas de arbustos, de un azul verdoso contra la línea azul del cielo.

—Los montes Glasshouse —leyó Sandrine en la guía—. Montville, Maleny. Artesanía, cafés peculiares, pintoresco.

—Iremos allí mañana.

Ella frunció el ceño y lo miró de reojo. Era difícil determinar algo por su expresión porque tenía los ojos tapados por oscuras gafas de sol y su atención estaba en la carretera.

—¿Qué quieres decir con eso de mañana?

—Nos pararemos allí a la vuelta.

—¿Quieres que nos quedemos a dormir en Noosa?

—¿Hay algún problema?

—Pues claro que hay un problema. Para empezar no he traído ropa para cambiarme.

—Esta es una zona turística, las tiendas estarán abiertas, compraremos lo que nos haga falta.

—¿Lo tenías planeado? —preguntó con rabia mal disimulada.

—Parece una tontería volver esta noche para salir de nuevo mañana —dijo con tono razonable.

—Podrías haberme preguntado.

—¿Y darte la oportunidad de negarte?

—No me gusta que me secuestren.

—Míralo como una aventura.

¡Menuda aventura! Si conseguía pasar las siguientes treinta y seis horas sin pegarle, sería un milagro.

—Si hubiera sabido que tenías esto en mente, me habría traído el guión. Puede que se te haya olvidado, pero tengo que estar en el plato el martes y tengo que estudiar el guión.

—Sé de buena tinta que son pocas líneas y que, a no ser que haya que volver a rodar la escena, habrás terminado para mediodía.

—Te odio.

—El odio es una emoción fuerte y, como tal, mejor que la indiferencia.

—Acabas de pasarte el desvío.

—¿A causa de una distracción de la guía? —se burló mientras reducía la velocidad y daba la vuelta.

Ella apretó los labios y se contuvo para no darle nada más que las indicaciones breves y explícitas.

Michel eligió el mejor hotel de la calle principal, dejó el coche para que lo aparcara el portero y la condujo al vestíbulo para registrarse.

Le estaría bien empleado si el hotel estuviera lleno, pensó vengativa. La suerte no estaba de su parte y Michel rellenó los papeles necesarios y recibió una carpeta con las tarjetas de seguridad de la habitación.

La suite daba al río y a una serie de mansiones, descubrió Sandrine al asomarse a la ventana. La tranquila vista emanaba un ambiente distinto del de la Gold Coast.

—Busquemos un sitio para comer —dijo Michel.

—Yo no quiero ser parte de un juego que tú has decidido jugar —dijo, volviéndose hacia él.

—¿Concretamente?

—Eres un estratega excelente, Michel.

—¿Es un cumplido o una acusación?

—Ambas cosas.

—*Merci* —contestó con humor cínico—. ¿A qué juego crees que estoy jugando?

—A uno de venganza.

El no fingió no haber entendido.

—¿Manteniéndote en suspense con respecto a cuándo empezaré a exigir nuestro trato?

—Si.

Él deseó cruzar la habitación y sacudirla por los hombros hasta que pidiera clemencia. En vez de eso, se metió una mano en el bolsillo del pantalón y controló el timbre de su voz.

—¿Y si digo que esta noche?

A ella el estómago se le hizo una bola.

—¿Por qué esperar? ¿Por qué no ahora? —alzó la mano a los botones de su blusa y se desabrochó uno, luego el otro, obligando a sus dedos a que no temblasen hasta que hubiera desabrochado todos —. ¿Tienes algún requisito en particular?

Santo cielo, cómo podía parecer tan calmada si por dentro temblaba como una hoja.

—Explícamelo.

—Tú eres el que dirige la escena —se quitó la blusa y la dejó descuidadamente sobre una silla. Cuando iba a desabrocharse los pantalones lo miró—. ¿No te vas a quitar la ropa?

¿Hasta dónde sería capaz de llegar?

—Cuando termines —dijo Michel para ponerla en un aprieto por su farol—, puedes desnudarme a mí.

Ella sintió un dolor tan agudo, que casi hizo una mueca. «Actúa» le dijo una vocecilla, «eres buena para eso». Consiguió encogerse de hombros levemente.

—Si eso es lo que te excita —se bajó la cremallera de los pantalones y se los bajó lentamente, luego los tiró sobre la blusa.

El no la iba a dejar que terminara ¿o sí?

Se quedó de pie en braguitas y sujetador y, aunque la cubrían más que un bikini, se sintió vulnerable. El permaneció completamente quieto, y no pestañeó cuando ella lo miró. Maldito, no la iba a ayudar.

Con pasos lentos y seguros se acercó hasta él. Su camisa era de manga corta con tres botones en el cuello. La sacó del pantalón, luego tiró hacia arriba con escaso éxito hasta que él, complaciente, levantó los brazos y bajó la cabeza para facilitar la salida de la camisa.

Demasiado, aquello era realmente demasiado, pensó ella. Sus hombros, la anchura de su pecho, la fuerte musculatura que se marcaba a cada movimiento.

Tiró la camisa hacia donde estaban su blusa y sus pantalones y luego se volvió hacia él para desabrocharle el pantalón. Soltó una maldición. Botones. No había cremallera para que fuera más rápido.

Cada uno representó una tortura, tenía torpes los dedos y se sentía incapaz de terminar la tarea. No ayudaba mucho que el vaquero estuviera tirante sobre una potente erección masculina.

Podía alzar las manos y decirle que terminase él la tarea. Pero no estaba dispuesta a darle la satisfacción de ganar el reto. Casi podía ver su mirada burlona mientras ella terminaba de quitarle la ropa. Como si pudiera notar su incomodidad, pensó mientras desabrochaba otro botón.

Cómo habían cambiado las cosas, reflexionaba sardónica. En un pasado no tan lejano, ella se habría reído y habría estado encantada con la tarea, divirtiéndose en provocarlo escandalosamente y disfrutando de su reacción.

Ahora, él tenía el control mientras que ella estaba en tal estado de nervios, que apenas podía hacer algo tan sencillo como desabrochar una tira de botones.

«Hazlo», la urgía su vocecilla. «Finge e imagina que es alguien que no te importa».

Por fin, estaba hecho. Los estrechos pantalones vaqueros tenían un fallo: ¡eran tremendamente difíciles de quitar por otra persona! Los pantalones normales no hubieran supuesto ningún problema, pero los vaqueros eran otra historia, pensó apretando los dientes mientras tiraba hacia abajo de la tela sobre unos muslos poderosos.

La acción llevó su cara muy cerca de un punto muy vulnerable de su anatomía y se entretuvo en el pensamiento vengativo de que con un movimiento rápido podía hacerle un daño considerable. Las consecuencias, sin embargo, hacían que no compensara.

En unos cuantos movimientos, él se quitó las deportivas y los pantalones, que mandó de una patada a un lado. Una fina seda negra cubría sus caderas y su virilidad, acentuando su piel olivacea cubierta de vello y su espléndida figura masculina.

Sandrine cerró momentáneamente los ojos, luego los volvió a abrir. Michel no era un amante desconocido. ¿Por qué vacilar?

Una parte de ella anhelaba el tacto de su boca, la habilidad de aquellas manos sabias que hacían estragos en todas las zonas de placer. Quería perderse en las sensaciones físicas y espirituales, ir a aquel sitio en especial donde solo estaba él… y la química única que compartían.

Había sido bueno, mejor que bueno, se corrigió.

Una mano tomó su barbilla y la levantó para que tuviera que mirarlo. Su pulgar siguió la línea de la mandíbula de ella y luego bajó lentamente por la columna de su cuello.

Sandrine tragó saliva, deseando apartarse, pero hipnotizada por

aquellos ojos oscuros que la forzaban a mantenerle la mirada. Luego, él bajó la cabeza sobre ella en un beso fiero que hizo un saqueo inmisericorde, tomando lo que ella no daba por su voluntad. Cuando ella pensó que se le iba a romper la mandíbula, se aflojó la presión y la lengua de él la acarició en una danza provocativa que casi la hizo llorar.

No contento con eso, saboreó sus labios, sus suaves contornos que palpitaban bajo su tacto. Mordisqueó el centro con la punta de sus dientes, y luego encajó su boca con la de ella en un beso que le desgarró el alma.

Luego, sus labios bajaron por su cuello, se detuvieron para explorar el hueco de su garganta y bajaron otra vez hasta la suavidad de su pecho. Con un movimiento, soltó el cierre de su sujetador y se lo quitó antes de volver a centrar su atención en la curva redondeada.

Un suave toque con la punta de su lengua trajo consigo un tropel de sensaciones y ella arqueó su cuello para darle acceso. Todo su cuerpo empezó a fundirse al fluir el calor por sus venas, calentándolo hasta que ardió con una pasión tan fuerte, tan tumultuosa que solo estaban el hombre y su dolorosa necesidad.

La mano de él descendió a su cintura, luego se posó sobre su estómago, sus dedos deslizándose entre el encaje de sus braguitas, buscando, probando, provocando hasta que ella llegó a las alturas y luego descendió en una espiral de caída libre.

Él la tomó cuando caía, la abrazó y la llevó en un viaje de vuelta que era aún más devastador que el primero. Aquella vez ella fue incapaz de contener los gritos o detener el flujo de lágrimas que rodaban suavemente por sus mejillas. Michel pasó el pulgar por sus lágrimas, apartando la humedad con una ternura que hizo que ella sintiera un nudo en la garganta. Los labios de él se posaron en la comisura de su boca, acariciando su suave labio inferior con la punta de la lengua.

Se detuvo para mordisquear la húmeda piel interior y después hizo una incursión, recorriendo su lengua con la de él, antes de tomarla con un acto de reclamación de derechos. Sandrine apenas era consciente de que sus manos ascendían a la nuca de él cuando él la acercó y ella lo besó, dando, recibiendo, en lo que era una tormenta de exploración sensual.

No era suficiente. Y ella se apretó contra él buscando más instintivamente. Sus manos se movieron por los hombros de él y luego bajaron por su espalda, apretándolo contra ella mientras inconscientemente le clavaba las uñas en la espalda.

Michel pasó un brazo entre sus muslos y la llevó a la cama. De un solo movimiento la colocó bajo él mientras la terminaba de desnudar.

Era como si cada poro de su piel estuviera sensibilizado a su tacto, y una exigente química sexual se hiciera presente, vital, eléctrica, letal, fundiendo toda resistencia y dejando solo la necesidad del alivio físico.

«Ahora», pensó, sin darse cuenta de si sus labios habían pronunciado o no la palabra. Ardía por dentro, con un fuego tan primitivo, que se olvidó de quién era y dónde estaba en la necesidad de tenerlo muy dentro de ella, acompasando cada movimiento hasta que la posesión rítmica los transportara a ambos al mismo tiempo a la exquisita liberación sensual.

Sandrine casi gritó cuando la boca de él abandonó la de ella y comenzó un lento y tortuoso descenso, deteniéndose a saborear el hueco de su garganta, trazando una senda hasta su pecho, succionando un pezón agudamente sensibilizado antes de hacer lo mismo con su gemelo.

El vientre de ella se tensó cuando él exploraba la suave cavidad de su ombligo y gimió cuando descendió más para acariciar el punto más sensible al placer de todos.

Su cuerpo se arqueó al sentirse consumida por un éxtasis tan agudo, que empezó a suplicar, con una voz gutural que no reconocía como suya.

Estiró los brazos para alcanzar su cabeza, buscando apoyo en su pelo, tirando de él sin clemencia para que desistiera, pero solo consiguió que la sujetara por las muñecas y la hiciera soltarlo.

—Michel —su nombre surgió unos minutos más tarde, acompañado por un gemido torturado—. Por favor.

Unos segundos más tarde, él levantó la cabeza y la miró largamente, sus ojos estaban tan oscuros que parecían negros.

Su pulso latía tan rápidamente, que estaba casi fuera de control, sus ojos parecían demasiado grandes para su cara y su expresión estaba marcada por una emoción que no se sentía capaz de definir. Cuando él bajó la cabeza, ella dio un grito de angustia y sintió cómo temblaba su carne incontrolablemente cuando él empezó a recorrer un lento camino ascendente, besando su ombligo, sus pechos y su cuello antes de tomar posesión de su boca.

Incontables minutos más tarde, él le soltó las manos y entró en ella con un solo movimiento.

Ella pudo sentir cómo se ensanchaba para darle paso, la tensión con que lo sujetó luego, seguida del primitivo ritmo que se mantuvo eróticamente lento al principio, tan medido y profundo, que ella era consciente de cada contracción muscular. Estaba a punto de desmayarse cuando él aceleró el ritmo de tal manera que ella se volvió loca.

Su cuerpo se sentía como un instrumento bien afinado que estaba siendo tocado por un virtuoso hasta que la condujo a un crescendo cuyo único clímax posible era partirse en mil pedazos en medio de un silencio electrizante.

Él permaneció enterrado en ella mientras besaba sus lágrimas, que bajaban lentamente por sus mejillas hasta la comisura de sus labios.

¿Cómo era posible llorar con esa combinación de placer agudo y tristeza? Tristeza, pensó ella, causada por la certeza del placer que había sentido.

Michel se alzó a pulso y le dio unos cuantos besos en el contorno de la boca antes de levantar la cabeza para mirarla.

—¿Bien? —preguntó con gentileza.

¿Qué podía decir? No había ninguna palabra adecuada que acudiera a su mente.

—Sin palabras.

—Me refiero a ti —dijo lentamente.

—Bien —«mientes», dijo su vocecilla. Tu cuerpo aún vibra por él y tienes un dolor que tiene poco que ver con el físico.

Michel vio la nube que cubría sus hermosos ojos castaños y vio el pulso rápido que latía en la base de su cuello. Se inclinó hacia delante y posó sus labios en aquel hueco. Sintió su temblor y apartó un mechón de pelo de su mejilla.

Sandrine quería cerrar los ojos para no verlo, pero eso no era una opción. En vez de ello, frunció la nariz en una protesta burlona.

—Tengo hambre —de un movimiento rápido se levantó de la cama y cruzó la habitación hacia el cuarto de baño.

Michel la siguió y se limitó a enarcar una ceja cuando ella le hizo un gesto con la mano indicándole que no quería compartir la ducha con él.

—El pudor no viene a cuento —dijo entrando tras ella, tomando el jabón y empezando a extenderlo sobre su cuerpo.

—Dámelo —dijo con voz ronca mientras intentaba recuperar el jabón.

—No.

Ella no quería pelear. No tenía ni fuerzas ni ganas en aquel momento para hacer nada que no fuera someterse a sus designios.

Cuando terminó de enjabonarla, dejó que el fino chorro de agua retirase el jabón de su cuerpo, luego estiró la mano para tomar una toalla. Cuando Michel salió, ella estaba ya vestida, con el cabello recogido en un moño y se estaba pintando los labios.

Él se vistió, pasó los dedos por su cabello húmedo y luego, inclinando la cabeza en un gesto de burla, abrió la puerta.

—Pasa tú primero.

Capítulo 5

Eligieron un pequeño restaurante íntimo con un atractivo menú, se sentaron en una mesa en el exterior protegida por una gran sombrilla y pidieron pasta con mariscos, focaccia, y vino blanco y quedaron impresionados por la calidad de la comida y del servicio.

Sandrine no quiso postre y se decantó por un café solo.

—¿Te gustó la comida?

Ella miró al hombre que estaba sentado frente a ella y luchó contra las sensaciones que la embargaban. ¿Cómo podía tener ese efecto devastador sobre ella? Emanaba una sensualidad que era al mismo tiempo mágica e hipnotizante.

—Sí, gracias.

—Qué amable, ¿más café? —ella sacudió la cabeza y lo observó mientras llamaba al camarero para que llevara la cuenta—. ¿Nos vamos?

Pasearon por la calle principal, deteniéndose de vez en cuando para mirar un escaparate. Sandrine compró unas cuantas postales, crema hidratante y bronceador e insistió en pagarlo ella. Compró también un bikini y un pareo azul turquesa.

—¿La piscina del hotel o el mar? —preguntó Michel cuando dejaban las bolsas en la suite del hotel.

—El mar —sin dudarlo un segundo.

Solo les llevó unos minutos cambiarse, tomar una toalla y cruzar la calle hacia la playa.

Había unas cuantas personas en la arena blanca y limpia; los niños reían y gritaban al jugar mientras que los adultos estaban tomando el sol o descansando bajo sombrillas de playa.

El mar estaba tranquilo, con las suaves olas de la marea acercándose a la playa. La bahía era pintoresca con su borde de rocas y una colina llena de arbustos que llevaba a una Reserva Natural.

Había muchas playas como aquella, calas y bahías a lo largo de la costa este, pero Noosa tenía una reputación que le era propia.

Felicidad, pensó Sandrine al extender su toalla bajo la sombrilla que había colocado Michel. Primero tomaría el sol y luego nadaría.

El aplicarse crema bronceadora era una precaución razonable, dada la fuerza del sol del verano y, en unos minutos, se había cubierto

las piernas, los brazos y el vientre.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando Michel tomó la botella de plástico y se echó un chorro en la mano.

—Ponerte crema en la espalda.

Sonrió aparentemente divertida mientras él extendía la crema por los hombros. Él era meticuloso, quizá excesivamente, pensó al notar cómo se aseguraba de que cada centímetro de su piel estuviera protegido. Llegó al extremo de aflojarle el clip de la parte de arriba del bikini y luego volver a abrocharlo. Y sus dedos hacían estragos en su sistema nervioso mientras le daban un firme masaje circular en la cintura y bajando hasta la línea de la parte inferior del bikini. Controlar la respiración se convirtió en un esfuerzo y agradeció que su expresión estuviera oculta por las gafas oscuras.

—Gracias —dijo con voz ronca.

—Puedes devolverme el favor —contestó Michel con indolencia, alargándole la botella.

Su petición era deliberada, estaba segura de ello. Parte de una estrategia para ver qué efecto tendría esa acción en ella. Bien, le demostraría lo fácil que era tocarlo, no la preocupaba en absoluto.

A los tres segundos, supo que se había mentido. Él podía haber actuado con fanfarronería y haber flexionado todos los músculos. En vez de eso, se sentó con las rodillas levantadas dándole la espalda, y su respiración no se alteró en absoluto mientras ella completaba la aplicación en un tiempo récord.

Sandrine no quería pensar en la forma en la que se le aceleraba el pulso de forma frenética, ni en cómo se estimulaban sus terminaciones nerviosas. Notó un dolor que venía de dentro y que iba apoderándose de su cuerpo.

—Ya está —consiguió decir mientras volvía a poner el tapón a la botella. Luego se tumbaron ambos boca abajo en la toalla.

Veinte minutos más tarde, ella se acercó a la orilla del agua, dio unos pocos pasos y luego buceó en la fresca agua verdiazul, saliendo a la superficie y nadando lentamente paralela a la orilla.

Había algo infinitamente tranquilo en la ilimitada extensión del océano y la sensación de ser uno con la naturaleza. Era algo muy distinto de la piscina, pensaba mientras iba nadando por el agua contemplando el exótico paisaje con sus pequeños edificios de apartamentos pintados de colores vivos que moteaban la orilla.

¿Cuánto tiempo hacía desde la última vez que había pasado las

vacaciones en Noosa? Años. Unas breves vacaciones escolares con sus padres en los días anteriores a que su divorcio hubiera partido en dos la familia, introduciendo amargura y una división de lealtades con la llegada de padrastros y madrastras y hermanastros.

Los caros internados la habían garantizado un refugio seguro cuando ya no encajaba ni en una familia ni en la otra. Siempre había habido amor y la recibían bien cuando iba a visitarlos, pero también había habido una sensación de que era un recuerdo de otra vida, de otro tiempo. Una incomodidad que había partido de su propia sensibilidad, algo que podía haber tenido un efecto negativo.

Sin embargo, le había enseñado a valerse por sí misma, a esforzarse y triunfar por sus propios méritos. Y lo había hecho, canalizando su talento para la actuación en representaciones escolares. El hacer de modelo a tiempo parcial dio como resultado su aparición en un anuncio de televisión y, cuando le ofrecieron un papel en una larga serie de la televisión australiana, sus sueños se hicieron realidad.

Un trabajo como modelo en Nueva York, en un descanso de la serie había traído consigo una invitación a una fiesta en la que Michel era uno de los invitados. Dos acontecimientos entrelazados que habían cambiado su vida.

—¿Absorta en tu soledad?

Sandrine se volvió y vio a Michel a su lado. El cabello mojado y el agua que corría por su cara no actuaban en detrimento de la cincelada perfección de sus facciones ni disminuían el poder que emanaba sin esfuerzo.

—No.

—¿Te importa que te lleve a hacer algo más aventurero?

No podía detectar nada en su expresión y sus ojos la observaban demasiado fijamente como para poder sentirse tranquila.

—¿Como qué?

—¿Parapente, esquí acuático, ultraligero?

—Estás de broma, ¿no?

—¿Alquilar un barco y explorar el litoral? —Michel continuó como si ella no hubiera hablado, ella tomó agua con las manos y le salpicó—. Puedo contraatacar.

—Estoy temblando.

—Eso puede esperar —no fueron las palabras, sino la implicación lo que la hizo sentir un leve escalofrío. Sus ojos tenían un

brillo cálido y decidido. Ella le mantuvo la mirada, era consciente de su presencia hasta un punto que la atemorizaba levemente. Sensualidad magnética. Ella no quería caer en esa esclavitud, porque nublaba la lógica y reducía su raciocinio.

Michel adivinó su ambivalencia, acertando en sus causas y decidió aflojar un poco.

—Te echo una carrera hasta la orilla —él se mantuvo atrás, emparejando sus brazadas con las de ella y salieron juntos del agua. Al llegar a su sombra, él se secó y luego se anudó la toalla a la cintura—. ¿Te apetece una copa?

—Cuando me haya duchado y me haya puesto una ropa más respetable.

Michel extrajo la sombrilla de la arena y la devolvió al puesto de alquiler de la playa de camino hacia el hotel.

—Vete subiendo —dijo al llegar a la entrada—. Estaré allí en unos minutos.

Ella fue a Recepción a recoger la llave y, cuando llegó a la habitación, fue al cuarto de baño a ducharse. Al salir, vio a Michel depositando unas bolsas de una marca famosa sobre la cama.

—Has ido de compras.

—Algo para ponerse en la cena —dijo mientras vaciaba las bolsas—. Toma —dejó un paquete sobre la cama—. Esto es para ti.

«Esto» era un par de pantalones de seda negra con una camisola de color oro viejo. También había un juego de lencería exquisito de encaje negro.

—Gracias —murmuró apreciativamente, mirando cómo él sacaba unos pantalones negros y una camisa de seda de manga corta azul.

Si le hubiera hablado de su intención de pasar la noche fuera, ella habría guardado un par de vestidos y eso le habría ahorrado dinero. Aunque el dinero no era un problema, decidió mientras se quitaba la toalla y se ponía la ropa interior.

Los pantalones de seda y la camisola la sentaban perfectamente. Estaba maquillándose cuando Michel entró en el dormitorio. Sandrine lo miró a través del espejo y se encontró con su mirada brillante.

—Son muy bonitos.

—*Merci* —agradeció con una burla divertida mientras se quitaba la toalla.

Ella volvió a centrar su atención en la sombra de ojos, deseando que sus dedos se mantuvieran firmes mientras se extendía sombra dorada en los párpados. El espejo demostró ser su peor enemigo porque reflejó los musculosos muslos, las suaves caderas y las nalgas y una fugaz visión de sus genitales mientras él se vestía. La acción de ponerse los pantalones subrayaba sus músculos y ella se sintió incapaz de mirar a otro sitio mientras él se ponía la camisa y se la abotonaba. Luego volvió a centrar su atención en terminar con el maquillaje. Fue un alivio entrar en el cuarto de baño y poner el secador. Decidió dejarse el pelo suelto sobre los hombros.

—Muy guapa —la piropeó Michel cuando volvió a entrar en el dormitorio—. Pero falta algo.

Se sintió nerviosa, de una forma que solo podía atribuir a su aguda sensibilidad ante aquel hombre en particular. Tenía el vello de punta y su estómago no le pertenecía en absoluto.

Era una locura ¿Por qué se sentía como si fuera acechada por un depredador que merodease esperando el momento oportuno para saltar sobre ella?

—¿Qué? —consiguió decir y sintió que su cuerpo temblaba levemente cuando él se acercó a ella.

—Esto —le tomó la mano izquierda y le puso primero el anillo de boda y luego el magnífico diamante tallado en forma de pera.

Sandrine miró su mano, vio los símbolos de su posesión y no supo si reír o llorar.

—Michel…

Si iba a decir cualquier, cosa él la enmudeció poniéndole un dedo sobre los labios.

—Vamos a tomar esa copa, ¿de acuerdo?

En el salón del hotel había gente de todo tipo, y Michel enarcó una ceja cuando ella pidió un zumo de naranja.

—¿Necesitas conservar la cabeza clara?

—Definitivamente.

—¿Miedo, Sandrine?

—¿De ti? No —respondió con calma, aunque su reacción ante él era bien distinta. Su risa ronca fue casi su perdición, y podría haberle pegado cuando levantó su vaso en un gesto burlón y silencioso—. ¿Qué tal está tu abuela? —aquel era un tema seguro, pensó mientras tomaba un sorbo del refrescante zumo.

Los ojos de Michel mantuvieron su mirada.

—Sintió que no pudieras acompañarme.

No era un tema tan seguro, se corrigió mentalmente.

—Es una mujer increíble.

—Que te tiene mucho afecto.

¿Qué podía decir a eso? Tras unos segundos, pudo comentar:

—Qué amable.

—Le prometí que iríamos a verla tras nuestro regreso a Nueva York —ella no quería pensar en algo que estaba tan lejos. Bastante tenía con el día a día—. ¿Quieres beber algo más? —Sandrine sacudió la cabeza, luego observó cómo posaba el vaso vacío en el mostrador—. ¿Vamos a cenar?

Eligieron un italiano, el mejor restaurante de la ciudad, les aseguraron. Michel pidió un suave Lambrusco de reserva para acompañar los gnocchi, y luego ambos pidieron scallopini de buey y una exquisita tarta de limón como postre.

El ambiente era europeo. Los camareros, italianos y la comida… perfecta. Sandrine manifestó su placer cuando el camarero les sirvió café con licor.

—No creo que pueda comer nada hasta mañana a mediodía por lo menos —dijo cuando salían a la calle. Habían sido unas horas muy agradables, que la recordaron demasiado vividamente otras noches anteriores con buena comida y buen vino—. Me ha gustado mucho, gracias —le dijo con una cálida sonrisa.

—Ha sido un placer —la sonrisa de él era igualmente cálida y aquellos brillantes ojos grises tenían un brillo que no se atrevía a definir.

—¿Damos un paseo? —dijo ella impulsivamente. La calle Hastings corría paralela a la orilla del mar y no era tarde. Unos cuantos turistas estaban disfrutando del aire de la noche, paseando, tomando café en terrazas junto a numerosos restaurantes y cafeterías.

Michel la tomó de la mano y ella no se soltó ¿Parecían amantes? De alguna manera ella pensaba que no, su lenguaje corporal no era el adecuado.

Él la rozaba descuidadamente las venas de la muñeca y sintió la súbita aceleración de su pulso. Cuando ella intentó soltarse la mano, él impidió la acción llevándosela a los labios y besando sus dedos de uno en uno, consciente del temblor que la sacudía. Sandrine levantó la

cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Estás intentando seducirme?

—¿Lo estoy consiguiendo? —«demasiado bien», pensó ella—. ¿Recurriendo a la neutralidad del silencio, *mignonnel*?

Ella le lanzó una mirada penetrante.

—Por supuesto.

—¿Partiendo de la base de que cualquier frase me podría halagar la vanidad?

—Algo así.

Pasearon por un lado de la calle, deteniéndose cuando un escaparate les llamaba la atención, luego cruzaron al otro lado y volvieron hacia el hotel.

Era más tarde de las once cuando entraban en la habitación y ella se quitó inmediatamente los zapatos, y fue a desabrocharse los pantalones, pero él ya se había puesto a hacerlo. Se mantuvo inmóvil mientras él le quitaba los pantalones y no se movió cuando le deslizó la camisola sobre la cabeza.

Era difícil mantener la dignidad vestida solo con unas diminutas braguitas de encaje negro y se retiró al cuarto de baño mientras Michel empezaba a desvestirse. La falta de camisón le produjo una consternación momentánea, luego tomó una toalla y se la anudó como un pareo en torno a su delgada silueta. No le quedaba más remedio que dormir desnuda, pero no tenía intención de entrar desnuda en el dormitorio.

Un pudor mal entendido, decidió compungida al encontrar la mirada de él, cómodamente instalado sobre un montón de almohadas. Era imposible ignorar la piel bronceada que cubría sus músculos, así que no lo intentó siquiera.

Su ceño levemente fruncido no la ayudó gran cosa, ni su lenta sonrisa provocativa cuando se quitó la toalla y se metió entre las sábanas.

—Es un poco tarde para hacerse la tímida, *chérie*.

—A lo mejor me siento incómoda desfilando desnuda.

—¿Sí?

—¿Sí qué?

—Que si te sientes incómoda conmigo —preguntó con paciencia mientras se volvía hacia ella y apoyaba la cabeza en la mano con el

codo doblado.

Estaba demasiado cerca y era demasiado peligroso. Ella empezó a controlar su respiración, el latido de su corazón sonaba fuerte y estaba segura de que el pulso en la base de su garganta era visible y demasiado rápido.

—Me siento incómoda conmigo misma cuando estoy cerca de ti —admitió Sandrine con sinceridad. El le acarició la nariz con el dedo.

—¿Y eso es malo? —apretó el pulgar contra su labio inferior, luego siguió lentamente su curva.

Ella sintió que el calor la invadía y se depositaba en el vértice de sus muslos. La sensación se hizo más profunda y sus dedos se apretaron en un esfuerzo por controlar la dolorosa necesidad que la hacía desear abrazarle.

—Lo haces deliberadamente, ¿verdad? —preguntó con una voz levemente estrangulada.

—¿Qué estoy haciendo, *mignonnel*?

—Seducirme.

Bajó la cabeza y frotó sus labios con los de ella.

—¿Quieres que pare?

Estuvo a punto de decir que sí. Pero su boca estaba en la de ella, suavemente al principio y luego aumentó la presión y la tomó profundamente.

Sin hacerse rogar, con los brazos alzados y las manos cruzadas en su nuca, se mantuvo así sujeta durante la tormenta sensual que siguió, dando, tomando, de una forma que la dejó débil de voluntad y maleable. Suya.

Pasó mucho tiempo hasta que quedaron dormidos uno en brazos del otro en un sueño feliz del que despertaron al amanecer para ducharse y hacer luego el amor de forma exquisitamente lenta hasta que el camarero les llevó el desayuno.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó Michel.

Sandrine se sirvió muesli con fruta, añadió leche al cuenco y luego miró con envidia el plato de beicon, huevos y tomate frito. Estaba hambrienta y llena de una lánguida calidez, debida al deseo sexual saciado.

—Maleny, Montville y los montes Glasshouse.

—Me temía que propusieras eso.

—¿Por qué? —preguntó con fingida inocencia—. ¿Qué otra cosa tenías en mente?

—Podíamos quedarnos aquí, encargar el almuerzo tarde y luego volver a la costa.

La idea de pasar unas cuantas horas más en la cama con él debilitaría sus defensas y no necesitaba que las debilitasen más.

—Hoy es otro día, ¡hagamos buen uso de él!

—Esa era precisamente mi intención.

—Yo creo que ya es suficiente. Nos hemos rascado donde picaba y fue estupendo —«mejor que estupendo», no había palabras que describieran lo que habían compartido.

—¿Eso es todo lo que ha sido para ti? ¿Rascarse donde picaba?

Sandrine levantó su taza, bebió el café dulce y oscuro y la volvió a poner en el plato.

—¿Quieres hacer un análisis, Michel? ¿Debo establecer un sistema de puntos y calificarte con respecto a él?

Él quería ponerla de pie, arrastrarla al dormitorio y cambiar aquella calidez por fuego abrasador. Ella había gozado tanto como él a lo largo de la noche y por la mañana. Habría apostado la vida en ello. Había sentido el temblor que había sacudido su cuerpo, el suave tirón de sus músculos cuando lo había tenido dentro. Solo de pensarlo volvía a excitarse.

Ella se estaba protegiendo a la luz del día. Podía soportarlo mientras tuviera las noches.

—No te recuerdo haciendo muchas comparaciones y como nunca nos entretuvimos en eso de ¿fue tan bueno para ti como lo ha sido para mí? no veo la razón de empezar ahora.

—La confianza es una buena cosa.

—Conocimiento —corrigió Michel con un toque de burla—. De ti.

Oh sí, lo tenía, no le quedaba más remedio que admitirlo. Sabía qué botones tenía que pulsar y dónde y cuándo. Eso le daba una ventaja injusta.

Terminaron el desayuno en silencio, luego se ducharon y vistieron antes de salir del hotel y tomar el coche.

El día era hermoso, el cielo azul claro con unas leves nubes blancas. El sol prometía altas temperaturas veraniegas cuando dejaron

Noosa y se dirigieron a las montañas.

Pronto, encontraron puestos de carretera que vendían frutas y verduras, y según iban ascendiendo, la tierra se ondulaba en praderas de pastos. Era una vista que Sandrine encontraba muy relajante.

Los sucesos de la noche anterior no lo habían sido tanto, era demasiado fácil pensar en la gloria de estar en brazos de Michel, paladeando su sabor, su tacto, extasiándose por la pura sensación de ser dos amantes en perfecta armonía. Incluso en aquel momento le dolía el cuerpo, y bastaba una mirada, un recuerdo vivido, para que el calor comenzara a acumularse dentro, aumentando hasta que Michel se convertía en su único centro de atención. Intensa química sexual, y ruinosa para la paz de su espíritu.

Se le hizo un nudo en la garganta durante unos segundos. ¡Por Dios, piensa en otra cosa! En los prados había ganado y en lo alto se oía un helicóptero que volaba hacia el este, ¿en misión de rescate quizá?

El coche frenó súbitamente y un brazo se disparó ante ella, proporcionándole una barrera al ser proyectada hacia delante.

—¿Qué pasa? —preguntó Sandrine asustada al parar el coche. La respuesta era un perro pequeño que cruzaba la carretera.

—Estúpido animal, podría haberlo matado —murmuró Michel malhumorado—. ¿Estás bien? ¿Seguro?

Ella asintió con la cabeza. El la tomó por la barbilla y volvió su cabeza hacia él, mirándola interrogante.

—Sí —él no podía adivinar que su temblor no se debía al susto del frenazo, sino a él. Alzó una mano a su cuello para ocultar el pulso rápido y suspiró con alivio cuando él la soltó y volvió a concentrar su atención en la carretera.

Era casi mediodía cuando llegaron a Montville. A Sandrine le encantaron las casas de campo, los cafés y salones de té y la abundancia de tiendas de artesanía. Curiosearon juntos en unas cuantas tiendas y ella seleccionó unos cuantos regalos para sus hermanastros. Luego, disfrutaron de un delicioso almuerzo en un café que tenía vistas al valle antes de volver a Gold Coast.

Había sido un descanso agradable y así se lo dijo cuando entraron en la casa algo después de las seis.

—¿Todo ello? —preguntó él con una sonrisa maliciosa.

—La mayor parte —contestó con una risa débil.

—Cambiémonos y cenemos por ahí.

—Yo podría preparar algo —había filetes, fruta y podía preparar una ensalada.

—Reservaré una mesa en el Hyatt —decidió Michel con firmeza.

—Yo tengo que estudiar el guión —le advirtió Sandrine mientras él la empujaba por la cintura hacia las escaleras.

—Estaremos de vuelta a las nueve, te puedes arrellanar en un sillón y estudiar entonces.

Sandrine eligió un elegante traje de pantalón color crema y unas sandalias doradas de tacón. Completó su atuendo con un pañuelo de seda.

El Hyatt estaba lleno de gente y el maitre los acompañó a una mesa cercana a una ventana con una agradable vista al río. Michel encargó el vino y luego eligieron la comida, pero dejaron el postre para después.

Sandrine estaba disfrutando de su primer plato de gambas cuando oyó una voz conocida que los saludaba con afecto. Era Cait Lynden, con un vestido negro muy sexy. Parecía una modelo que se hubiera escapado de un Vogue. Su pelo y su maquillaje eran la imagen misma de la perfección. Iba con Gregor.

—Cariño. Qué alegría verte aquí.

Sandrine miró a Gregor de reojo, vio la expresión de sus ojos y dedujo que Cait estaba en una misión. Una que se llamaba «cazar a Michel».

—Es toda una coincidencia —Sandrine envió una mirada burlona a Michel.

—¿No os importa que nos sentemos con vosotros? —Cait se sentó sin aguardar la respuesta.

Estupendo. La cosa prometía.

—Pediré otra botella de vino —insistió Gregor.

—¿No te encuentras bien, cariño? —le preguntó Cait con fingida preocupación y Sandrine aplaudió mentalmente su capacidad de interpretación—. Estás un poco pálida.

—¿Tú crees? —consiguió esbozar una dulce sonrisa.

—Gregor da una fiesta el sábado por la noche. Tenéis que venir los dos.

—Desgraciadamente vamos a estar en Sydney.

¿De verdad?, se preguntó Sandrine. Ella tenía intención de visitar a su familia, pero no había pensado si Michel la acompañaría o no. Cait ocultó bien su decepción.

—Qué lástima.

—La escena de mañana es interesante —Sandrine casi podía ver a Cait afilarse las uñas—. Sandrine tiene una escena íntima —se detuvo y luego entró a matar—. El saber que está con otro hombre debe de resultarte difícil de aceptar.

—No tengo ningún problema con eso —la sonrisa de Michel era mortal, su voz peligrosamente suave—. Si soy yo el que consigue llevársela a la cama.

Sandrine observaba con fascinación la forma que tenía Cait de mover las pestañas.

—Me encantan los hombres posesivos.

—¿De verdad, cariño? —intervino Gregor—. Tenía idea de que a ti te gustaba llevar los pantalones en una relación.

Si las miradas matasen, Gregor habría muerto y a Cait la habrían acusado de asesinato, pensó Sandrine. Por una parte, la divertía la conducta de Cait, por otra, le habría gustado sacarle los ojos. Los celos, pensó con sarcasmo, no eran un rasgo envidiable.

Miró a Michel de reojo y sorprendió el brillo de sus ojos. ¿Tan transparente era ella? El había tenido la habilidad de leer su mente con sorprendente exactitud casi desde el principio mientras que la de él para ella era casi un libro cerrado. Como jugador de póquer sería excelente.

El camarero apareció con los primeros platos de Cait y Gregor, y Sandrine se concentró en hacer justicia a su salmón.

—¿Cuánto tiempo vais a estar en Sydney?

Sandrine tenía que concederle eso a Cait… era tenaz.

—No… —iba a añadir «estoy segura» cuando la interrumpió Michel.

—Hasta que termine la película y se haya hecho la publicidad.

—¿Y después? —siguió insistiendo Cait con ligera coquetería.

—Nueva York, y después París —se volvió a Sandrine, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

«Con cuidado», le avisó silenciosamente Sandrine. Eso es rematar.

Solo que no podía hacer nada para calmar la ola de calor que recorría su cuerpo. Era como si el más ligero roce activara un interruptor dejándola con poco o ningún control sobre sus emociones. Algo que a ella le parecía difícil de soportar dado el estado de su relación.

—El francés es un idioma tan romántico —dijo Cait con un suspiro de envidia—. Tener un amante tan perdido en la pasión que se cambia a su idioma materno… me vuelve loca.

—Ha debido de haber tantos —intervino Gregor—. Uno pensaría que eres políglota.

—Animal.

—Me limito a decir la verdad de lo que sé, cariño.

Cait desvió su atención a Sandrine.

—Tengo una prueba para la protagonista de una nueva película de Lucas. Creo que lo conseguiré ¿Tú tienes algo en mente?

Sandrine colocó los cubiertos y bebió un sorbo de vino.

—Enhorabuena.

—No has contestado a mi pregunta.

Era consciente del interés de Michel en su respuesta y se tomó unos segundos para contestar.

—No tengo ningún plan inmediato.

—¿Café, *chérie*? —preguntó Michel con suavidad y avisó al camarero cuando ella dijo que no con la cabeza —Nos disculparéis por marcharnos, yo tengo que mirar unos datos en el ordenador y Sandrine tiene que estudiar el guión —firmó la tarjeta de crédito y se levantó—. Buenas noches —al llegar al coche, Sandrine se recostó en el asiento del pasajero—. ¿Algún comentario?

—Ninguno en absoluto —dijo ella con sarcasmo y oyó su risa ronca.

Llegaron rápidamente a la villa y Michel aparcó en el garaje.

—¿Dónde te quieres poner a estudiar? —preguntó él cuando entraron en el salón.

—Aquí —quería quitarse los zapatos y acomodarse en un sillón.

—Yo voy a poner el portátil en la mesa del comedor, ¿haces tú

café o lo hago yo?

—Tú. Yo voy arriba a cambiarme.

Michel estaba todavía en el ordenador cuando ella entró en el dormitorio poco después de medianoche y se quedó dormida a los pocos minutos de apoyar la cabeza en la almohada.

No le oyó meterse en la cama ni notó cómo la acercaba hacia él con el brazo.

Capítulo 6

Sandrine dio un suspiro de alivio. Siete tomas no estaba mal, la escena ya estaba, ninguno se había confundido con sus líneas y la intensidad requerida se había conseguido a un nivel que Tony solo podía aplaudir.

Estaba cansada, tenía calor y el corsé de ballenas que oprimía su cintura la estaba matando. El pesado maquillaje parecía una capa de pintura grasa que estuviera a punto de resbalar de su cara y, si no se liberaba pronto de su elaborada peluca, iba a chillar.

Además de todo esto, era tarde y tenía una sed y un hambre terribles. En cuanto se quitara el pesado traje de época pensaba beber medio litro de agua, un batido de proteínas y luego clavar los dientes en una manzana fresca.

—Tienes aspecto frágil, cariño —murmuró Gregor—. ¿Demasiadas noches recuperando el tiempo perdido entre las sábanas?

—Sí —no estaba de humor para participar en ese juego verbal de tira y afloja.

—Qué afortunada.

—¿Verdad?

—Nuestro estimado inversor parece muy masculino. Te agota, ¿verdad?

—Te equivocas, Gregor —contestó dulcemente.

—¿Tienes talentos ocultos, cariño? —preguntó él con los ojos brillantes.

Ella se limitó a sonreír y se fue al guardarropa. Veinte minutos más tarde, se sentía bastante mejor con unos vaqueros y una camiseta, los pies calzados con sandalias y el pelo recogido en un moño descuidado en la nuca. Lo único que le quedaba por hacer era comprobar la hora a la que tenía que entrar al día siguiente y se podría ir a casa.

Las siete era una mejora sobre las cinco como hora de entrada. Se fue hacia la salida y vio a Michel conversando con un hombre alto que le resultaba conocido. Ambos hombres miraron al mismo tiempo y a Sandrine se le abrieron los ojos de sorpresa, ¿qué demonios hacía allí el hermano mayor de Michel? La última vez que había visto a Raoul Lanier había sido tres meses antes en París. Entonces, la había

tratado con afecto.

Sandrine era consciente de su escrutinio cuando se acercaba a ellos.

—¿Has terminado por hoy? —preguntó Michel.

—Estaba mirando el plan de rodaje de mañana —se volvió hacia el hombre que estaba a su lado—. ¿Qué tal estás, Raoul?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, ¿cuándo has llegado?

—Esta mañana.

Haciendo una pregunta directa podría conseguir una respuesta directa.

—¿De visita?

—No del todo.

—Raoul vendrá conmigo a las reuniones con marketing —la informó Michel con un tono que tenía algo de sorna—. Luego tiene que ir a Sydney a iniciar las negociaciones de otro asunto.

—Ocupándote de los negocios —se burló Sandrine con ligereza, consciente del escrutinio de Raoul.

—Sí.

—Yo no le pedí a Michel que invirtiera para rescatar la película.

—Me consta.

—Quieres asegurarte de que no está haciendo una estúpida inversión —no era una pregunta sino una afirmación.

—Michel toma sus propias decisiones.

—Evidentemente.

—Creo entender que os habéis reconciliado.

—Estamos trabajando en ello —intervino Michel.

—¿Y tú, Sandrine?, ¿estás tú trabajando en el matrimonio con mi hermano?

—Michel comparte mi villa y mi cama —quería sorprenderlo, pero no se alteró un músculo en sus facciones cinceladas.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Eso es todo lo que vas a conseguir —se dio la vuelta sobre sus talones y se marchó. Un Lanier era bastante. Dos eran demasiado.

Sandrine iba de vuelta a Sanctuary Cove cuando sonó su teléfono portátil y lo contestó automáticamente.

—Raoul ha quedado con Stephanie Sommers, la representante de marketing de la película, para cenar —la informó Michel—. Nos ha invitado a unirnos con ellos.

—No.

—Estaré en casa en una hora.

—No, Michel —la negativa no se oyó porque él ya había colgado.

Ella tiró el teléfono al asiento del pasajero. Maldito Michel. Volvió a maldecirle al aparcar el coche y subir corriendo las escaleras.

Una hora más tarde, se había duchado, vestido, y se estaba dando los últimos toques de maquillaje cuando Michel entró en el dormitorio.

—¿Vestida para la batalla?

El negro la sentaba bien. Subrayaba la textura de su piel, acentuaba el brillo de su pelo oscuro y el de sus luminosos ojos castaños.

—Y que lo digas. ¿Cuándo y dónde tendrá lugar esa fascinante cena?

—En el Mirage dentro de una hora.

—Nos llevará veinte minutos llegar a Main Beach —se fue hacia la puerta tras recoger el bolso—. Estoy en el salón, viendo las noticias.

Bajó las escaleras y fue al salón. Puso la televisión y empezó a dar vueltas, demasiado inquieta para sentarse.

Consciente de que había comido muy poco durante el día, se tomó un vaso de agua y luego una copa de excelente Chardonnay.

Cuando media hora más tarde Michel entró en el salón vestido de esmoquin se quedó sin aliento. Tenía una química sexual que hacía que se le derritieran los huesos. Santo Dios, ¿cómo era posible desear tanto a alguien con el corazón y sin embargo negarlo según los dictados del cerebro?

Con un gesto levemente burlón, levantó la copa en un saludo silencioso, luego se la llevó a los labios y dio un pequeño sorbo.

—Esto es solo por Stephanie.

—¿El vino o tu asistencia a la cena?

—La cena. No está bien dejarla sola entre lobos.

—¿Lobos, Sandrine? —preguntó con burla mal disimulada—. ¿No es excesivo?

—No.

—Estoy seguro de que Stephanie sabe cuidarse a sí misma —su voz era un poco seca.

—¿Contra Raoul? ¿Bromeas?

Sería interesante ver cómo reaccionaba Stephanie ante el Lanier mayor. Una madre soltera que estaba criando sola a su hija debía de tener más coraje y perspicacia que ella.

—Estoy seguro de que disfrutarás haciendo el papel de protectora —dijo acercándose a ella. Con una mano, le quitó la copa y la dejó sobre la mesa cercana. Al mismo tiempo, sujetó su nuca con la otra mano acercándola mientras su boca se cerraba sobre la de ella en un beso que rompió los últimos restos de su control.

Él sintió el leve temblor que la sacudía y ahondó su beso hasta algo que se parecía a la posesión. Pasaron varios minutos hasta que aflojó la intensidad, siguiendo la curva de su labio inferior con un roce tan suave como el del ala de una mariposa.

—Será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde —murmuró Michel alejándola.

Sandrine se quedó inmóvil durante unos cuantos segundos, los ojos parecían enormes en su cara pálida debajo del maquillaje. Luego sacó un lápiz de labios del bolso y un pequeño espejo y se retocó la boca que había quedado sin color.

Le temblaban ligeramente los dedos y maldijo por lo bajo por la indefensión que le causaba Michel. Cuando terminó, volvió a colocar el lápiz de labios en el bolso y siguió a Michel al garaje.

El Sheraton Mirage estaba construido en una estrecha península, un lujoso edificio bajo de cara al océano. Era famoso por su diseño innovador, por el uso del mármol, su elegante salto de agua y las tranquilas vistas sobre una gran piscina con una isla central donde estaba el bar.

Michel le entregó el coche al portero para que lo aparcase y Sandrine entró en el magnífico vestíbulo. Raoul se levantó de uno de los cómodos sofás y se acercó a su encuentro. No había señales de Stephanie.

—La puntualidad no parece ser el fuerte de la señorita Sommers

—indicó Raoul secamente—. ¿Vamos a tomar una copa mientras la esperamos?

—Puede que haya encontrado un atasco.

—O la babysister no apareció o estaba malo el bebé —añadió Raoul con burla apenas disimulada.

Así que había hecho investigar a Stephanie. Probablemente, había dado la orden desde París, como parte del modus operandi de los Lanier, pensó Sandrine con cinismo.

—Me imagino que, si Stephanie se va a retrasar, llamará —se sintió impulsada a defenderla.

En aquel momento, sonó un portátil y Raoul extrajo un modelo estrecho y compacto del bolsillo de su esmoquin. Dos minutos y dos cortantes palabras más tarde, colgó.

—Parece ser que a la señorita Sommers la ha entretenido un neumático pinchado. Tardará unos diez minutos más.

Stephanie entró en el vestíbulo un minuto antes de lo previsto y Sandrine tuvo que admirar su tranquila actitud cuando se acercaba a donde estaban ellos sentados.

—Tengo que pedir disculpas. Espero que no haya habido problemas para mantener la reserva —miró a un hombre y al otro y sonrió cálidamente a Sandrine—. ¿Entramos?

Sandrine aplaudió en silencio el estilo de Stephanie. La joven ejecutiva de marketing tenía clase. Lo que era más, no estaba en contra de tomar el control.

Algo que pronto alteraría Michel en su favor, percibió Sandrine cuando el maítre los acompañó a la mesa y avisó al sumiller, a quien Stephanie dejó claro que era ella la anfitriona.

Las facciones de Michel eran inescrutables mientras que Raoul optó por una cortesía heladora.

Mirar el menú y elegir dos platos era algo que requería concentración y, cuando Michel terminó de elegir, se arrellanó en la silla y miró a la rubia que tenía sentada enfrente de sí con estudiada tranquilidad.

—Quizá querría explicarnos su estrategia de marketing, señorita Sommers. Para esta película en particular.

—Stephanie —corrigió la ejecutiva con una leve sonrisa—. Cuando recibamos la película terminada del estudio, se proyectará privadamente para unas treinta personas. Luego, organizaremos

reuniones para discutir el objetivo de mercado y determinar a qué grupo de edad va dirigida principalmente —Sandrine observó a Stephanie mientras levantaba su copa y bebía un sorbo de agua fría. Su mano tenía un pulso perfecto, sus acciones estaban cuidadosamente controladas y demostraba un aplomo admirable al volver a posar su copa para mirar a los dos hombres—. A eso seguirán discusiones sobre qué segmentos habrá que elegir para el trailer, las fotos que aparecerán en la prensa local y extranjera y cuáles se emitirán por televisión y otros medios, como las páginas de espectáculos de periódicos y revistas.

—¿En todo el mundo? —preguntó Michel, y Stephanie afirmó con la cabeza.

—Por supuesto —confirmó—. También haremos que el interés por la película aumente organizando una sesión fotográfica con una de las revistas de moda de prestigio para garantizar la cobertura en las revistas semanales más importantes.

—¿En la que solo aparecerán los actores principales? —intervino Raoul.

—No siempre —Sandrine ocultó una sonrisa ante la habilidad de la otra mujer para cubrir todos los ángulos—. Podemos incluir algunas fotos de otros actores para atraer la atención sobre su participación en la película. Las fotos de prensa de Michel y Sandrine en una gala podrían atraer la atención del público.

—El trabajo de Sandrine como modelo profesional también podría ser interesante, ¿no?

El camarero llevó los primeros platos y hubo una pausa mientras el sumiller hizo todo un montaje del acto de abrir una botella, que por error dio a probar a Raoul.

Sandrine observó con interés cómo Raoul le cedía la cata a Stephanie y quedó admirada de la forma en que ella lo aceptó. Por un momento, llegó a pensar que había captado una mirada divertida en Raoul, pero decidió que habían sido imaginaciones suyas.

—Organizamos entrevistas de la prensa en los hoteles de las estrellas, o si ellos han organizado privadamente otras, acordamos un lugar que vaya bien a todo el mundo para la entrevista.

—¿Simultáneamente?

—En un intento de crear interés en el público.

—Impresionante —comentó Michel.

—Mi trabajo es impresionar.

—Dígame —intervino Raoul—. ¿No tiene usted obligaciones familiares que podrían interferir en su total dedicación al marketing de esta película?

Sandrine deseó darle una fuerte patada en la espinilla bajo la mesa ¿A qué estaba jugando?

—Estoy segura de que ya sabe que soy madre soltera con una niña de tres años —respondió Stephanie con suavidad—. Se hubiera una crisis, la manejaría de la mejor forma posible —dirigió a Raoul una mirada penetrante—. Y mi hija tendría siempre prioridad. ¿Contesta eso a su pregunta?

Sandrine pensó que se podía cortar el aire con un cuchillo.

—Sí.

—Bien.

Michel miró a su hermano y luego volvió a prestar atención a su plato.

—¿Encontraste babysister para esta noche sin dificultad? —preguntó Sandrine por hacer conversación.

—Teniendo en cuenta que me avisaron con poco tiempo sí.

—Los hermanos Lanier esperan una acción instantánea en respuesta a su más leve capricho —era consciente de la mirada de Michel, pero la ignoró.

—¿De verdad? —la voz de Stephanie era seca—. ¿Y te casaste con uno de ellos?

—Entonces me pareció que era una buena idea.

—¿Embrujamiento total seguido de un choque con la realidad?

—Algo así —dijo Sandrine con una sonrisa traviesa. Estaba empezando a divertirse.

—¿Más vino, señorita Sommers? —preguntó Raoul con voz suave.

—Stephanie —corrigió la ejecutiva con la misma suavidad—. Y no, gracias, tengo que conducir hasta casa después.

—Lástima.

—¿Por rechazar el vino?

Sandrine observó a Raoul, que se recostaba en la silla. Ella dudaba que ninguna mujer que hubiera conocido lo hubiera desafiado así.

—Por intentar tratar esta reunión como si no fuera de negocios.

—Eso es injusto —protestó Sandrine con rapidez.

—E injustificado —añadió Stephanie, doblando su servilleta y colocándola junto a su plato—. Usted insistió en que nos viéramos esta noche —recogió su bolso y centró su atención en Michel—. Ya he explicado nuestra estrategia de marketing, por tanto mi presencia aquí ya no es necesaria. Disfruten del resto de su cena.

Sandrine observó a la atractiva rubia levantarse de la mesa e ir a la caja principal, entregar la tarjeta de crédito y luego marcharse.

—¿No te has pasado un poco Raoul? ¿La vas a dejar que se vaya?

Raoul dejó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie.

—No lo creo.

—Ha sido tremendamente…

—Inoportuno —completó Michel con cinismo.

—Sí, eso es.

—Espero que la alcance.

—Incluso, si lo hace, dudo que le sirva de algo —opinó Sandrine, enfadada por la inexplicable conducta de Raoul y lo divertido que parecía estar Michel.

—¿No crees que Raoul sea capaz de arreglar las cosas?

—No le será fácil.

—¿Tú no crees que mi hermano se beneficiaría del amor de una buena mujer?

—¿Y al revés? ¿No se beneficiaría una mujer del amor de un buen hombre?

—Por supuesto.

—Es una desgracia que los hombres Lanier tengan su mente anclada en otro siglo.

—¿Más concretamente?

—Te divierte la reacción de Raoul ante Stephanie. ¿Qué pasa si progresa a algo más serio? ¿Te imaginas a Raoul aceptando que Stephanie continuase con su carrera?

El la miró apreciativamente.

—¿Como tú estás decidida a hacer? —preguntó con engañosa

dulzura.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿Entender qué?

—No es por la carrera en sí —debería tener un guión, maldita sea. Había pensado cuidadosamente lo que quería decir ¿Dónde estaban aquellas bonitas palabras? Tiradas por la ventana, junto con su cordura. Respiró hondo—. Tiene que ver con atrapar una oportunidad y esforzarse por conseguir el mejor resultado posible. No por la fama y la fortuna, sino para satisfacer una necesidad creativa. Porque hay un sentimiento profundo que está tan en consonancia con el papel, que sientes que tú eres la indicada para transmitir las palabras escritas, las acciones y las emociones de la película para que la audiencia aprecie la auténtica profundidad del personaje.

Michel permaneció en silencio. El silencio se prolongó durante minutos y el camarero llevó su segundo plato y alabó la pericia del chef antes de desearles *bon appétit* en un francés sorprendente.

Michel tomó el tenedor y pinchó una zanahoria tallada en forma de rosa.

—¿Tú no te detuviste a considerar que, si conseguías el papel, tendrías que estar en Australia cuando yo estaba comprometido en importantes reuniones en París?

—¿Sabes cuántas actrices hicieron la prueba para este papel? Mis posibilidades de éxito eran las mismas que las que tiene un copo de nieve de sobrevivir en el infierno.

Él estaba tranquilo y sus movimientos eran controlados, pero ella sentía la rabia bajo la superficie.

—Y aun así lo conseguiste —dijo con engañosa suavidad—. Y también firmaste un contrato, hiciste una reserva de avión y esperaste a decírmelo dos días antes de que la fecha en la que yo tenía que estar en París —tomó una patata pequeña, la sumergió en las salsa holandesa y la paladeó con evidente placer, luego levantó la cabeza y la miró a los ojos sin pestañear—. ¿Esperabas que dijera: «estupendo cariño, llámame, nos vemos el mes que viene»?

A ella se le hizo un nudo en el estómago.

—Sabía que protestarías, pero esperaba que lo entendieras.

—¿Lo bastante como para estar de acuerdo con no verte durante un periodo de tiempo considerable?

—Eran solo unas pocas semanas.

—En un momento en el que yo no podía delegar para reunirme contigo. Si te acuerdas, renunciamos a una relación abierta en pro del compromiso y la permanencia del matrimonio, decididos a organizar nuestras vidas de forma que pudiéramos estar juntos.

—¿Estás insinuando que di más importancia a mi papel que a ti?

—Niega si puedes que tus acciones así lo confirman.

—Reaccionaste como si yo fuera una posesión, alguien que tenía que estar disponible siempre que hicieras un chasquido con los dedos —acusó Sandrine y vio cómo levantaba una ceja en una burla silenciosa—. ¡No me refería al dormitorio!

—Me alivia oír eso.

—¿Interrumpo algo?

Sandrine se volvió hacia Raoul y sonrió con sorna.

—Solo una batalla en la guerra continua.

—¿Queréis que haga de mediador?

—No —respondió ella con dulzura.

—¿Michel?

—Ya seguiremos.

Un impulso hizo que las palabras salieran de su boca sin pensarlo.

—Tenemos una caprichosa cabeza hueca oponiéndose a un tirano dictatorial.

—Hace un momento me etiquetó de posesivo —Michel habló con marcado cinismo, mirando a su hermano—. ¿Alcanzaste a Stephanie?

—Sí.

—Me imagino que le ofreciste tus disculpas.

—Que se negó a aceptar —indicó secamente Raoul y Sandrine sonrió.

—Te despellejó verbalmente, ¿no?

—Se podría decir que sí.

—Así que, ¿cuándo piensas verla de nuevo? —preguntó Michel malicioso.

—Nunca, si dependiera de ella.

—Déjame adivinar —intervino Sandrine—. ¿Mañana? ¿Con qué excusa?

—¿Necesito alguna? —Raoul enarcó una ceja.

No, por supuesto. Todo lo que tenía que hacer era ejercer un poco su encanto innato y las mujeres caerían a sus pies. Stephanie podría ser una excepción.

—¿Cuánto tiempo llevará el rodaje? —preguntó Raoul.

—Yo tengo otro día programado. Puede que dos a lo sumo. Tony espera acabar en dos semanas.

—Tengo entendido que tienes que estar disponible por la posibilidad de segundas tomas, publicidad y promoción.

—Sí.

Raoul se volvió hacia Michel.

—¿Tienes intención de quedarte en la Coast?

—Sydney —replicó Sandrine—. Yo tengo familia allí. Si me llaman del estudio, tomaré el primer avión y podría estar aquí al día siguiente.

—¿No se te olvida algo, *chérie*? —preguntó Michel con voz suave.

—¿Tú?

—Siempre tan valiente —bromeó él—. ¿Postre?

—Café —dijo con firmeza, consciente de la necesidad de ser decidida—. Licor, Kahlua.

Michel avisó al camarero, consultó con Raoul y pidió la cuenta.

—La cuenta está pagada, *m 'sieur*.

—Debe de haber un error.

—No, *m 'sieur*. La señora que cenaba con ustedes dio instrucciones de que se cargara la cuenta a su tarjeta de crédito.

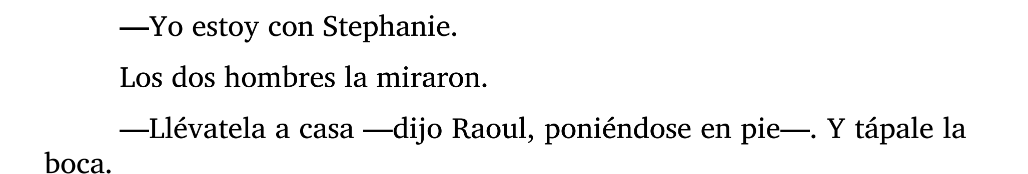
Sandrine ocultó una sonrisa. Stephanie se había apuntado dos tantos. Se había escapado de Raoul Lanier y había añadido el insulto a la injuria haciéndose cargo de la cuenta.

—Parece que la señorita Sommers es una joven a tener en cuenta —comentó Michel con sequedad.

—Eso parece.

Detectó sorna en la respuesta de Raoul y fue incapaz de suprimir

una sonrisa.



—Yo estoy con Stephanie.

Los dos hombres la miraron.

—Llévatela a casa —dijo Raoul, poniéndose en pie—. Y tápale la boca.

Los ojos de Michel brillaron con humor.

—Lo intentaré.

Raoul los acompañó a la entrada y se quedó con ellos hasta que el portero llevó el coche.

—Que tengas dulces sueños —bromeó Sandrine al dar las buenas noches a Raoul.

Su expresión era impenetrable, y ella se rió suavemente. A no ser que ella estuviera equivocada, Raoul había encontrado la horma de su zapato y ella iba a disfrutar contemplando el juego.

Capítulo 7

Sandrine centró su atención en el paisaje cuando el coche entró en la autopista. La noche era clara y las luces en los edificios de apartamentos competían con las lejanas estrellas en el cielo azul oscuro.

—¿Continuamos donde lo dejamos?

—Eso no va a modificar el hecho de que tuvimos una pelea terrible por mi decisión de cumplir un contrato —dijo ella con un desacostumbrado cinismo en la voz.

El dio un puñetazo al volante y ella lo miró sorprendida e incrédula.

—*Mon Dieu*. No tiene que ver con que quisieras seguir con tu carrera. Tiene que ver con estar juntos. Con no perder el tiempo en una ciudad mientras tú estás en otra al otro lado del mundo. ¡Cómprenos!

—Era inevitable.

—No tendría que haberlo sido si me hubieras informado de la prueba en su momento, dándome así la oportunidad de hacer un plan alternativo —la miró de una forma muy expresiva—. No lo consentiré nunca más.

—Perdona, ¿no lo consentirás?

—No —reiteró con dureza—. En el futuro no habrá malentendidos ni suposiciones. Nos comunicaremos y no dejaremos lugar a la duda.

—No estoy segura de que tengamos un futuro —nada más decirlo pensó que se podía haber mordido la lengua.

—Claro que sí, *mignonne* —su voz era mortalmente suave.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Fácilmente.

—¿Y qué pasa con los temas sin solucionar?

—Dime cuáles.

—Tú —Sandrine empezó contando con los dedos todos sus pecados—. Mandándome vigilar, investigando todo lo que tiene que ver con la película, conspirando para presentarte con un rescate financiero y hacer de mí una condición. El chantaje, es un delito.

—Eres la mujer de un hombre rico cuyo acceso a una fortuna familiar hace de ti un objetivo de primera. Rescate, extorsión, secuestro. Naturalmente que tenía a alguien vigilándote.

—¡Podrías habérmelo dicho! ¿Cómo crees que hubiera reaccionado si hubiera visto que alguien me seguía?

—Te negaste a contestar ninguna de mis llamadas, ¿recuerdas? Y contraté a los mejores. No un principiante que te asustara dejándose ver.

—¿Qué hizo? —preguntó inmensamente herida—. ¿Informarte de con quién hablaba, dónde iba, qué hacia… cada minuto del día?

—No era falta de confianza en ti. Era para protegerte.

—Era una invasión de la intimidad. De la mía. Te odio por hacerlo.

—Ódiame, *mignonne*. Por lo menos sabía que estabas a salvo.

—Me imagino que el que la película se retrasase y se saliera de presupuesto te vino muy bien. Te dio una pistola imaginaria que ponerme en la cabeza. Haz lo que te digo o lo sentirás. No te lo perdonaré nunca.

—Nunca es mucho tiempo.

—Lo que dure mi vida.

—Dime, ¿qué piensas hacer cuando acabe la película?

—Visitar a mi familia.

—¿Y después?

Aquello pertenecía a un futuro lejano y era algo a lo que deliberadamente no había prestado mucha atención.

—No lo sé —admitió con sinceridad.

—No lo sabes —levantó ambas manos del volante, luego lo agarró con fuerza—. Lo próximo que me vas a decir es que pensabas contactar conmigo por medio de un abogado.

—Me imagino que era una posibilidad.

—¿No te planteaste llamarme por teléfono o tomar un avión de vuelta a casa?

—¿Dónde es casa, Michel? Tú tienes casa en varias ciudades. Hubiera tenido que preguntar a tu secretaria dónde estabas en aquel momento.

—*Sacre bleu.* Tienes el número de mi portátil personal. Podrías

haber hablado conmigo en cualquier momento.

—Puede que no haya querido.

—¿No se te ocurrió que yo podría haber tomado en consideración todo eso y ponerte, como has expresado de forma tan cínica, una pistola imaginaria en la cabeza? Créeme, habría usado cualquier arma que tuviera.

—¿Chantaje, Michel?

—No contestabas mis llamadas. ¿Me habrías abierto la puerta, si hubiera ido a tu casa?

—Probablemente no —por lo menos no al principio. Su primera reacción habría sido cerrarle la puerta en las narices, la siguiente… ¿llamar a la policía? No, no habría ido tan lejos.

¿Tenía razón él al insistir en una reconciliación forzada? ¿En ponerlos a los dos en la misma residencia, no dándole posibilidad de elegir?

Llegaron a la villa y, una vez dentro, ella subió las escaleras y se dirigió al dormitorio principal.

Durante semanas, había estado enfadada con Michel por las circunstancias que habían causado la discusión entre ambos. En esos momentos, había alguna duda, un poco de remordimiento… y de dolor.

En el dormitorio, se quitó los zapatos y se acercó al ventanal. Se quedó mirando la bahía. Dentro de unos pocos días se marcharía de allí y probablemente no volvería jamás. Sydney la llamaba, y también la familia. Su madre, así como su padre, estarían contentos de verla. Pero por separado. Los visitaría, llevaría regalos y fingiría que aquel era su sitio.

Cerró los ojos e intentó ignorar la soledad que sentía en su interior. El dolor que sentía hizo que lágrimas gruesas resbalaran por sus mejillas.

Un leve sonido la alertó de la presencia de Michel y rezó para que no encendiera la luz.

Sandrine sintió más que oyó cómo se acercaba y se ponía tras ella y luego la sujetaba por los hombros y la atraía hacia él.

—Hicimos un trato, ¿recuerdas?

—¿A qué trato te refieres?

—A no pasar nunca una noche separados, excepto por

circunstancias más allá de nuestro control.

Así había sido. Y de alguna manera el tener un pequeño papel en una película que se rodaba en el otro lado del mundo no se acercaba al calificativo de «circunstancia fuera de nuestro control».

—¿Adonde vamos desde aquí? —preguntó ella y él no intentó fingir que no la entendía.

—Mejor que nos tomemos los días de uno en uno.

Durante unos minutos, él no se movió, luego sus manos resbalaron por sus brazos y se unieron en su cintura. Ella sintió sus labios sobre la oreja y luego descender lentamente por el cuello.

Era delicioso apoyar la cabeza en su hombro. Absorber la calidez de aquel cuerpo, reconfortarse en el cobijo que le proporcionaba y sentir el tacto de sus manos y sus labios.

Él no dijo una palabra, tampoco ella. No se movieron, solo se quedaron allí durante lo que pareció una eternidad. Luego, Michel le dio la vuelta para mirarla y ella alzó los brazos para rodear su cuello cuando él bajó su cabeza hacia la de ella.

Su boca exploró la suave curva de la de ella mordisqueándola con el borde de los dientes. Él se había quitado la americana y la corbata, pero la camisa era una barrera que ella quiso retirar. Necesitaba tocar su piel, sentir el pulso de su corazón.

Por acuerdo tácito, se desnudaron el uno al otro. Ella lo deseaba en aquel momento. Necesitaba sentir su fuerza, su pasión.

Su boca encontró la de él, hambrienta, mientras él la llevaba a la cama y era consciente de estar murmurando sonidos mientras él la exploraba. Luego, gimió en voz alta cuando él entró en ella. Se apretó contra de él, urgiéndole hasta que la sensación de placer alcanzó una intensidad casi insoportable.

Sandrine gritó, estaba indefensa con una emoción tan traicionera, que casi la destruyó. Después, ella solo pudo quedarse allí tumbada intentando recuperar el control de su respiración y de su cordura.

Tomaron un vuelo a última hora de la mañana. Llegaron a Sydney una hora más tarde. El avión sobrevoló el océano, proporcionando una vista panorámica de la bahía y de la ciudad. Lugares distintivos como el puente y la Ópera se veían desde la altura y Sandrine sintió la familiaridad de su ciudad natal cuando comenzaron el descenso.

Allí había nacido, crecido y estudiado. Su familia y sus amigos

estaban allí. Durante un tiempo, podría relajarse, visitar a la familia, quedar con los amigos e ir de compras.

La ventaja de viajar en primera era que se desembarcaba antes y, en muy poco tiempo, Michel había recogido las maletas y conseguido un taxi.

Era un día soleado, apenas sin nubes. De alguna manera tenía la extraña sensación simultánea de que había pasado muchísimo tiempo desde que se había ido de Sydney y de haberse ido el día anterior. Nada había cambiado. Las casas adosadas eran las mismas, aunque alguna parecía haber recibido una mano de pintura. Una desviación los llevó a través de anchas calles con árboles, y casas de estilo antiguo, la mayoría bellamente restauradas.

Double Bay albergaba una mezcla ecléctica de casas y edificios de apartamentos. Era un barrio en el que se mezclaba el dinero antiguo con el nuevo, donde Porsches, Bantleys y BMWs aparcaban junto a Ferraris, Audis y Rolls-Royces. Allí estaba uno de los centros comerciales más exclusivos de la ciudad, donde los cafés de moda se mezclaban con las boutiques de los diseñadores y los restaurantes de clase.

El apartamento de Michel estaba situado en una espaciosa casa antigua que había sido reconvertida para que se pareciera al modelo antiguo. Cada piso albergaba un apartamento al que se llegaba en ascensor y en el que los materiales modernos se habían trabajado para que parecieran los antiguos, conservando así cierta elegancia intemporal complementada con el exquisito mobiliario antiguo.

—Doy un penique por tus pensamientos —bromeó Michel con indolencia. La tomó por la cintura y la atrajo hacia él.

—No pienso en nada en particular. Solo tengo un sentimiento de satisfacción por estar otra vez en casa.

—Querrás llamar a tu familia y quedar con ellos.

—Sí —pero a la vez. Había una línea de separación y había aprendido desde pequeña a no confundirla.

—Almuerzo o cena, lo que te venga bien —ofreció Michel—. Siempre que pueda dedicar unas horas al ordenador todos los días.

—¿Quieres trabajar esta tarde?

—A no ser que tengas una idea mejor.

La tentación de tomarle el pelo era irresistible.

—Bueno, hace siglos que no me hacen la manicura, a mi pelo le

vendría bien un corte y necesito comprar maquillaje.

—Yo trabajo, tú compras.

—¿Estás seguro de que no te importa?

Sus manos ascendieron para cubrir sus pechos, y ella tragó aire ante la sensual promesa evidente cuando él la besó en el cuello.

—Vete, *chérie*, vuelve sobre las seis y cenaremos fuera.

El deshacer las maletas podía esperar y con una risa ligera se escapó de sus brazos, tomó el bolso y le lanzó un beso antes de irse.

Sandrine disfrutó de unas horas agradables. En la peluquería, la atendieron entre dos citas y tampoco hubo problemas con la manicura. Después, entró en una cafetería muy moderna y pidió un cappuccino, una ensalada y un sándwich y luego curioseó por varias boutiques que se alineaban en una calle estrecha de casas antiguas reconvertidas.

En el hotel Ritz, había varias tiendas exclusivas y en una de ellas descubrió un par de zapatos perfecto.

Eran casi las seis cuando el taxi la dejó frente al apartamento.

Michel estaba sentado ante el ordenador en un escritorio antiguo que estaba en una esquina del salón y levantó la vista al entrar ella. Miró las bolsas y el pelo bonitamente peinado y sonrió mientras cerraba el ordenador.

—Me he comprado unos zapatos. Muy caros.

—¿Nuevo perfume?

—Te has dado cuenta.

—Me doy cuenta de todo lo que tiene que ver contigo.

También ella había desarrollado un sexto sentido hacia él, hacia el olor de su jabón y un olor masculino que le era propio.

—¿A qué hora has reservado mesa?

—A las siete.

—Entonces es mejor que vaya a abrir las maletas, ducharme y vestirme.

Era una calurosa noche de verano, y ella eligió unos pantalones negros de seda, un top con pedrería y luego una blusa negra. Zapatos de tacón alto y un bolso a juego con el top.

Michel había elegido un restaurante especializado en pescados y mariscos. Ambos pidieron gambas para empezar y luego un pescado a

la plancha. El sumiller llevó una botella de champán Dom Pérignon.

—¿Hablaste con tus padres?

Se sintió culpable por no haberlo hecho.

—Los llamaré mañana por la mañana.

El levantó su copa y la acercó a la de ella.

—*Salut.*

Llegó el primer plato y ella probó las gambas. Excelentes, la salsa era perfecta.

—Estando Raoul y tú en Australia, ¿quién se ocupa…

—Henry dirige un equipo muy eficaz en nuestra ausencia.

—¿Cuándo vuelve Raoul a París?

—Cuántas preguntas.

—Es curiosidad.

—Sus planes son menos flexibles que los míos.

—¿Y tú, Michel? —preguntó sin miedo—. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Australia?

—Todo el que haga falta.

Algo hizo que se le encogiera el estómago.

—Me podrían llamar de nuevo a los estudios para repetir una escena. Y después está la promoción publicitaria…

—He estado trabajando todos los días desde que llegué a Australia.

El ordenador portátil. En la era de la informática era posible manejar datos solo pulsando un botón.

—No es necesario que…

—Sí lo es.

—Michel… —se detuvo y, aunque sus ojos buscaron los de él, fue incapaz de descubrir mucho por su expresión.

—Prometimos tomarnos las cosas como venían, ¿recuerdas?

Sí, lo habían hecho. Pero a cada día que pasaba se daba cuenta de lo duro que sería tener que vivir sin él. Y sabía que no quería hacerlo. Sería fácil hacer un puente emocional. Bastaba con decir las palabras adecuadas y todo se arreglaría.

Solo que tenían que ser las palabras adecuadas en el momento y el lugar adecuados.

Cuando hacían el amor, ella le daba libremente su cuerpo, su alma y rezaba para que él supiera lo que significaba para ella. Pero era una amante sin palabras y no le había dicho «te quiero» desde la noche antes de marcharse de Nueva York.

El camarero les llevó el segundo plato y Sandrine al mirarlo se dio cuenta de que su apetito había volado. Al igual que su capacidad de conversación. Porque, ¿cómo se podía hablar de trivialidades con alguien con quien iba a compartir pronto la intimidad sexual?

Solo tenía que mirarlo y en su mente podía sentir el roce de sus manos, sus labios, conocer la reacción de su cuerpo cuando él la conducía a la satisfacción sensual. Igual que sabía que él era también consciente de ello.

Era como un juego silencioso, solo que no había deliberación, ni premeditación. La intensa química sexual crepitaba entre ellos, dispuesta a arder tan fácilmente como la yesca al contacto con una cerilla.

Siempre había sido así ¿Había confundido la atracción sexual con el amor? ¿Y qué era el amor?

Si se dejaba a un lado el deseo sexual, ¿qué quedaba? ¿Una sólida amistad? Ella hubiera dicho que sí, hasta que él la prohibió aceptar el papel en la película. Un amigo se hubiera alegrado.

Y sin embargo, aunque la amistad era importante en el matrimonio, una unión legal tenía que ver con el compromiso, la sinceridad y la confianza. Porque, si amabas, querías comprometerte y hacía falta confianza y sinceridad para que la unión tuviera éxito.

En cuanto a la sinceridad, ella se había saltado las normas, había firmado un contrato sin que él lo supiera y en contra de sus deseos, se lo había dicho a última hora y había tomado el avión y el trabajo sin pensar en él.

Entonces, había estado tan enfadada por su inflexibilidad, que no le había prestado atención a nada más. Había una parte de ella que confiaba en la santidad del matrimonio, y sus sentimientos hacia Michel no se cuestionaban.

Pero era una mujer joven e independiente. Tenía su propio apartamento, su coche, no uno sino dos trabajos que le gustaban, y durante los últimos siete años había sido un espíritu libre que solo tenía que rendir cuentas a sí misma.

¿Por qué se había imaginado que su matrimonio con Michel no cambiaría eso?

«Sé sincera», le dijo una vocecilla interior. El amor era la fuerza principal de aquella unión. Había estado tan centrada en la magia de todo aquello, que no había pensado mucho en el futuro.

En un mundo en que las mujeres habían luchado y ganado la igualdad con el hombre en el campo de los negocios, ella había dado por descontado que podría combinar su carrera con el matrimonio. Michel no había puesto objeciones a que hiciera un par de trabajos como modelo. ¿Por qué iba a objetar nada a que participara en una película?

Y sin embargo lo había hecho. Y la había avisado de que él no entendía el matrimonio como dos personas que llevan carreras separadas y vidas separadas.

—¿No te gusta el pescado?

—No, es decir sí. No tengo mucha hambre.

—He conseguido entradas para Les Miserables.

—Estupendo. ¿Para cuándo?

—Para mañana por la noche.

Ella quería ver también una película muy popular en esos momentos y se lo dijo a Michel.

—Quizá podríamos decir a Angelina que viniera con nosotros —comentó, convencida de que eso le gustaría a su hermanastra. En cuyo caso tendría que igualar las cosas ofreciendo una invitación similar a su hermanastro.

—Por supuesto. Pero primero asegúrate de cuándo les viene bien a tu madre y a tu padre cenar con nosotros, como nuestros invitados.

Eran casi las diez cuando salieron del restaurante y tomaron un taxi para volver a casa. Sandrine se sentía agradablemente cansada cuando llegaron a casa.

—¿Café?

—Lo haré yo —ofreció Michel—. Tengo que comprobar unos datos.

—Muy bien —intentó controlar su decepción.

Una parte de ella deseaba acurrucarse en sus brazos y disfrutar de su amor. A lo mejor ella no estaba dormida cuando él fuera a la cama, o si lo estaba, él la despertaría—. Iré a la cama a leer.

Solo pudo leer un capítulo, el libro se cayó de sus manos y no se despertó cuando Michel se metió en la cama con ella dos horas más tarde.

Capítulo 8

Sandrine llamó a su madre, le desviaron la llamada al móvil e interrumpió a Chantal en la manicura.

—¿A cenar? Me encantará ¿Cuánto tiempo os vais a quedar en la ciudad?

—Una semana, por lo menos.

—¿Te parece bien el jueves?

—Muy bien.

—En el Cristal, ¿a las siete? Nos veremos.

Su padre estaba en una reunión de negocios, pero tomó la llamada y la conversación fue tan breve como con su madre. Anotó el viernes en su agenda. Solo quedaban Angelina e Iván, sus hermanastros. Ambos estaban en la escuela y no se podría contactar con ellos hasta la tarde.

Había unos pocos amigos íntimos con los que quería comunicarse y pasó la siguiente hora pegada al teléfono.

Michel estaba sentado al ordenador cuando ella terminó. Hablaba en francés en su teléfono portátil.

Sandrine fue a la cocina, se sirvió un vaso de zumo de naranja y se sentó a la mesa del comedor a hojear el periódico.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó Michel cuando terminó su conversación.

—¿Yo o tú y yo?

—Tú y yo.

—A lo mejor no es oportuno que estemos juntos tanto tiempo.

—Me tienes a tu merced. Elige tú.

Fingió que lo pensaba mientras contaba las opciones con los dedos.

—La playa, el cine, ir de compras, pasear por Darling Harbour, visitar los jardines chinos, el museo… o podría atarte a la cama y hacer lo que quisiera contigo —le lanzó una sonrisa deslumbrante—. Darling Harbour, creo. Voy a cambiarme.

Él le dio un beso breve en los labios.

—Te tomo la palabra.

—¿Con lo de Darling Harbour?

—La cama.

—Dijiste que elegía yo.

Hacía un día precioso, con una leve brisa que suavizaba el calor del verano. Pasearon por el puerto, disfrutaron de un almuerzo excelente y luego curiosearon por las tiendas y cruzaron por el puente de peatones. Siguiendo un impulso, hicieron un crucero de dos horas por el puerto y luego tomaron el monorraíl para ir a la ciudad.

Eran casi las seis cuando volvieron a entrar en el apartamento y, tras una breve ducha, se cambiaron y tomaron un taxi para ir al centro.

No había tiempo para una comida tranquila, así que tomaron solo un plato para llegar a tiempo al primer acto de Les Miserables.

Era una magnífica producción y Sandrine disfrutó mucho. Luego, tomaron un café y volvieron al apartamento.

Michel la tomó por la cintura en el ascensor y Sandrine apoyó la cabeza en su hombro. Había sido un día agradable y así se lo dijo a él.

—Gracias.

—¿Por qué? ¿Por pasar el día con mi mujer?

—Por tomarte el tiempo.

Él la tomó en sus brazos y la besó, suavemente al principio y luego con pasión creciente. Tardó un buen rato en soltarla.

—¿No vas a mirar en el ordenador a ver si hay mensajes?

—No hay nada que no pueda esperar a mañana.

Ella fue al dormitorio y empezó a desnudarse, pero Michel la ayudó. Cuando hubieron terminado, ella lo ayudó a él. No lo ató a la cama, pero lo provocó en una exploración traviesa que probó el límite de su control. Con los labios y el suave roce de sus dedos y el frotar de su piel contra la de él.

Sandrine perdió la noción del tiempo mientras hacía el papel de seductora, y cuando él alargó los brazos hacia ella, hicieron el amor de una forma salvaje, que rompió las barreras del éxtasis y los llevó a un lugar donde las sensaciones controlaban la mente, el cuerpo y el alma.

Se durmieron el uno en brazos del otro y lo último que sintió Sandrine fueron los labios de Michel en su sien y el sonido de su corazón.

La cena con su madre, su padrastro y Angelina tuvo algunos matices que ella se sentía reacia a analizar. Chantal estuvo tan vivaz que resultaba apabullante, Roberto exageró su encanto y Angelina apenas tocó la comida, así que la noche fue un poco tensa.

Al día siguiente, cuando llamó por teléfono a su madre, le dijo que no pasaba nada, pero no la creyó. No serviría de nada preguntar a su padre, y ni siquiera mencionó el nombre de Chantal en la cena con él.

Un paseo con Angelina el sábado por la mañana trajo la confidencia que aclaró la situación.

—Mamá y papá han iniciado los trámites de divorcio —dijo Angelina en el almuerzo.

Sandrine sintió una mezcla de sensaciones, pero consiguió controlarlas.

—¿Cómo te sientes?

—Fatal.

«Tampoco yo estoy muy contenta», pensó ella. Tal vez Roberto no fuera el marido ideal, pero era un buen padre.

—Ella está viendo a alguien.

—Ella es tu madre.

—Madre —dijo Angeline con énfasis burlón—. Tiene un novio que no creo que haya cumplido los treinta.

Demonios, eso daba otro cariz a la cosa.

—Puede que esté solo…

—¿Usándolo para el sexo?

—Intentando sentirse mejor —se preguntó por qué intentaba justificar la conducta de Chantal ante una niña de dieciséis años que estaba más al tanto de la situación.

—Él tiene un Ferrari, montones de dinero y parece como si hubiera salido de las paginas de una revista con un traje de Versace.

Un gran contraste, cuando Roberto tenía cincuenta y muchos, le sobraban veinte kilos y se estaba quedando calvo.

—Y tú lo odias —dedujo.

—Yo la odio a ella. ¿Qué creerá que está haciendo? Papá vive prácticamente en el trabajo y yo podría no haberme presentado a los exámenes, para las notas que saqué…

—¿Cuánto tiempo hace que empezó esto?

—Seis meses.

—Muy bien. Vámonos.

—¿Vámonos? ¿Eso es todo?

—De compras. Cuando las cosas se ponen feas, las mujeres nos vamos de compras. De pie, chica, te voy a conceder tus deseos más ocultos.

—¿Sí?

—Seguro.

Sandrine cumplió su palabra y, cuando el taxi dejó a Angelina en casa aquella tarde, iba cargada de bolsas.

—Gracias, Sandrine. Eres la mejor.

«No», pensó Sandrine. «Simplemente tuve que recorrer el mismo camino cuando mis padres se separaron y hubiera dado cualquier cosa por tener a alguien que entendiera mi pena».

Había llamado a Michel para decirle que llegaría tarde y eran casi las siete cuando entró en el apartamento.

Él notó su tensión y canceló los planes que había hecho para aquella noche, en vez de eso la besó en la frente y la empujó levemente en la dirección del dormitorio.

—Ve a cambiarte, pediré que nos traigan algo.

Sandrine le lanzó una mirada de agradecimiento.

—¿Pizza?

—Muy bien.

Se dio una ducha larga y luego se puso una bata de seda y se recogió el pelo. Michel estaba recostado en un sofá y dio una palmada al asiento de al lado al verla.

—Ven aquí.

Necesitaba consuelo y se acurrucó a su lado, apoyándose en su hombro.

—¿Quieres contarme lo que te preocupa?

¿Tan transparente era? ¿O era que él estaba tan sincronizado con ella que no se le escapaba nada?

Le contó brevemente preguntándose cómo podía entenderla alguien que no había vivido la ruptura de una familia.

—Estás preocupada por Angelina.

—El trastorno emocional tiene efectos a largo plazo —dijo Sandrine lentamente—. A mí me hizo muy consciente de mi supervivencia. Me hice muy independiente. Creo que me fabriqué una concha protectora.

Sí, pensó Michel. La tenía y la había retirado para él, pero para levantarla de nuevo a la primera señal de desacuerdo. Supervivencia… no era un concepto que le resultara extraño tampoco a él.

Llegó la pizza y la comieron con un excelente vino tinto mientras veían una comedia romántica en el vídeo.

Los días que siguieron tuvieron un patrón similar. Michel dedicó la primera parte del día a los negocios mientras que Sandrine veía a sus amigos. La mayor parte de las noches cenaron fuera, fueron al teatro o al cine.

El hermanastro de Sandrine, Iván, eligió el estreno de la última entrega de la Guerra de las Galaxias y después lo acompañaron en su preferencia por las hamburguesas y la Coca-cola.

Quedar con Chantal para una conversación madre hija resultó ser lo más difícil de organizar de todo, hubo que posponer dos citas. «A la tercera va la vencida», pensó Sandrine y pidió otra botella de agua mineral al camarero medio esperando que su madre la llamase al móvil para anular la cita.

Quince minutos más tarde, Chantal se sentaba en la silla de enfrente murmurando una excusa sobre la dificultad para aparcar y pidió champán.

—¿Celebramos algo, Chantal? —no la había llamado madre desde la adolescencia.

—Podríamos decir que sí.

—¿Una nueva vida?

—Angelina te lo ha contado —dijo sin preocupación.

—La noticia me disgustó.

—Es mi vida y hago lo que quiero.

—¿Con un hombre varios años más joven que tú?

—Creía que había quedado con mi hija mayor para almorzar y charlar un poco.

—Creo que merezco alguna respuesta.

—¿Por qué? No te afecta de ninguna manera.

—Afecta a Angelina. Como tu ruptura con Lucas me afectó a mí.

—Lo superará —dijo Chantal descuidadamente—. Tú lo hiciste.

Sí, pero, ¿a qué precio? La había hecho tan autosuficiente, que solo pensaba en ella, en sus necesidades y deseos. Y eso casi le había costado su matrimonio.

La recorrió un breve estremecimiento. Ella no quería ser como Chantal, yendo de un hombre a otro cuando ya no podía vivir la vida a su manera. Eso no era amor. Era egoísmo al más alto nivel.

—¿Qué edad tiene ese hombre, treinta?

—Treinta y dos.

—Lo que significa que cuando tú tengas sesenta él tendrá solo cuarenta y cuatro.

—No sigas por ahí, Sandrine.

—¿Por qué? ¿Porque te niegas a pensar en un futuro tan lejano?

—Porque no me preocupo más que del ahora.

«Yo no», pensó ella. «Yo me preocupo lo bastante del futuro como para cuidar cada día que me lleva a él. Y me preocupo de Michel lo suficiente como para desear un futuro con él. Desesperadamente».

Era como si todo se colocara en su lugar, así que dejó de sonsacar a su madre, en lugar de eso hizo una serie de preguntas intrascendentes que su madre respondió contenta mientras comían y tomaban el café.

Dejaron el restaurante a las tres, prometiendo verse pronto y Sandrine siguió el consejo que le había dado a Angelina. Se fue de compras. Nada muy especial. Una corbata de seda para Michel, a pesar de que tenía suficientes como para cambiar de corbata todos los días durante meses. Pero le gustó y la pagó con su tarjeta de crédito, no con la platino que Michel le había dado después de la boda.

—Para ti —le dijo al entrar en el apartamento.

—*Merci, chérie*.

—No es gran cosa.

—La intención, *mignonne*, es lo que cuenta.

La abrazó y la besó con un erotismo lento, que casi la hizo gemir cuando él la soltó.

—Han llamado del estudio. Tony quiere que vuelvas para repetir una escena.

Maldición. Pensó que se podría librar de las repeticiones.

—¿Cuándo?

—Mañana. He reservado un vuelo a primera hora de la mañana y habitación en el Hyatt.

Los próximos días, el ritmo sería frenético. Una vez terminada la película, empezaría la promoción publicitaria.

—Ve a cambiarte. Cenaremos fuera y nos acostaremos pronto.

Eligieron un restaurante francés que servía exquisita *nouvelle cuisine*, y luego dieron un paseo por la calle. Al caer la noche tomaron un taxi y volvieron a casa.

Capítulo 9

Había sido un día extenuante, pensó Sandrine mientras metía el coche en el garaje. Habían tenido que filmar la última escena otra vez, y en lugar de haber salido del plato en torno al mediodía, eran en aquel momento cerca de las siete de la tarde.

Estaba cansada, le dolía la cabeza, no había comido, y todo lo que deseaba era meterse en el jacuzzi, ponerse los auriculares, y dejar que los chorros de agua y la música le curaran el alma, durante una hora. El paraíso, pensó mientras entraba en la casa.

—Estaba a punto de embarcarme en una misión de rescate —dijo Michel mientras se acercaba a ella. Fijándose en sus ojos oscuros, la palidez de sus facciones, sus hombros caídos, contuvo una exclamación—. ¿Un mal día? —preguntó suavemente. Le pasó las manos por los hombros delicadamente, y la atrajo hacia él. Besó con suavidad sus labios, brevemente, y le embargó la emoción cuando ella apoyó su cara contra la curva de su cuello.

—Tony insistió en que filmáramos la escena tantas veces… a partir de la decimoquinta toma perdí la cuenta —él olía tan bien, se sentía tan bien a su lado, que podría permanecer apoyada en él durante siglos. Tras unos instantes, levantó la cabeza y se separó de él —. Voy a meterme en la bañera.

Agua caliente, aceite aromático, y el disco de Andrea Bocelli en el walkman. Sandrine cerró los ojos y dejó que poco a poco la tensión se fuera disolviendo. No oyó a Michel entrar en el baño, ni le vio meterse en el jacuzzi, tan solo se dio cuenta de su presencia al sentir cómo sus dedos le acariciaban la mejilla. Abrió los ojos sorprendida mientras Michel la situaba frente a él. Ella levantó la mano para quitarse brevemente el auricular y que él pudiera pasar las manos sobre las de ella hasta situarlas sobre sus hombros. Entonces Michel comenzó a pasear los dedos sobre su espalda masajeándola hasta lograr deshacer la tensión que anudaba sus músculos.

Ella suspiró de placer cuando él le ofreció una copa de champán, y bebió un sorbo del dorado líquido, que le produjo una cálida sensación por todo el cuerpo, y con cada nuevo sorbo, la sensación de relax se acentuó. Sentía la cabeza cada vez más ligera, probablemente, pensó, porque no había comido nada desde el mediodía.

Sandrine no tenía ni idea de cuánto tiempo estuvo dentro del agua, le pareció una eternidad, pero protestó ligeramente cuando se apagaron los grifos. Michel la sacó de la bañera, y la envolvió en una

suave y amplia toalla para secarla.

—Tú no has tomado nada de champán —murmuró ella mientras él la tomaba en sus brazos y la llevaba al dormitorio.

—¿Cómo te sientes?

—Relajada.

Él encendió la lámpara que había sobre la mesilla, abrió las sábanas y la depositó sobre la cama. Después, se echó junto a ella.

Todo lo que ella deseaba hacer era acurrucarse en sus brazos, reposar la cabeza contra su pecho y absorber toda la fuerza y el placer que él podía ofrecerle. Sintió cómo él le rozaba los labios con los suyos y musitó su nombre en una leve señal de protesta.

—Cierra los ojos. Déjate llevar —dijo él—. Yo haré todo el trabajo.

Recorrió su barbilla con los labios y después continuó descendiendo por el cuello. Lo que siguió fue un placer para los sentidos, cuando comenzó a palpar su piel con la delicadeza de una mariposa que posara sus alas sobre las partes más sensibles de la piel. Con los labios, con las yemas de sus dedos fue trazando sus contornos, pasando de una zona erógena a otra, saboreándolas, hasta que el calor del cuerpo de ella se convirtió en ardiente deseo. Él tomó la mano de ella y fue besando delicadamente todos sus dedos, uno por uno, acariciando la yema de los dedos con la lengua, para terminar sumergiendo su boca en la palma. Era un gesto evocador que logró hacer que ella respondiera, pero él no la dejó actuar hasta que terminó de provocarle un placer salvaje. Entonces, la penetró, lentamente, de forma exquisita, mágica, produciéndole oleadas de placer.

Al terminar, la acurrucó contra su cuerpo hasta que se durmió. Después esperó un rato y se deslizó fuera de la cama. Se duchó, se vistió con unos vaqueros una camiseta de algodón, y bajó las escaleras hasta llegar a la cocina, para preparar la cena. Después, esperó una hora más y volvió a la habitación para despertarla.

Cuando él regresó a la habitación, ella permanecía echada exactamente en la misma postura en que la había dejado, y durante unos minutos se paró a los pies de la cama para contemplarla mientras dormía. Ella poseía un espíritu inquebrantable, un sentido de la independencia digno de encomio. Habían sido esas mismas cualidades las que le habían atraído de ella, junto a su honestidad innata. No había sido la riqueza de su familia lo que la había atraído a ella, sino él mismo. Para él significaba mucho el que le quisieran por lo que él era, y no por la fortuna de la familia Lanier.

¿Sabría ella lo mucho que significaba para él? La necesitaba tanto como se necesita el aire para respirar, o el sol durante el día, o la luna durante la noche.

Sin embargo, el amor por sí solo no era suficiente, y él no era tan tonto como para creer que un anillo y un certificado de matrimonio garantizaban la felicidad para toda la vida.

Sandrine se estiró, abrió los ojos y miró al hombre que estaba de pie junto a la cama y le dedicó una lenta y dulce sonrisa.

—No deberías haberme dejado dormir —protestó mimosa—. ¿Qué hora es?

—Son casi las diez. ¿Tienes hambre?

Ella no tuvo que pensarlo un instante:

—Muchísima.

—He preparado la cena.

Abrió los ojos asombrada:

—¿Has preparado la cena? —preguntó sorprendida. Se enderezó y sentándose en el borde de la cama, tiró de la sábana para cubrirse el pecho. Vio la sonrisa que aquel gesto producía en el rostro de Michel, y le hizo una mueca—. Dame cinco minutos.

Necesitó siete para ducharse en un tiempo récord, y ponerse una bata de seda en lugar de un vestido.

—Oh —exclamó Sandrine con placer mientras se sentaba a la mesa—. Tienes un talento oculto.

—¿Uno solo? —preguntó Michel bromeando.

—Muchos. Definitivamente muchos —aplaudió ella mientras cataba el vino con un gesto de complacencia.

Solomillo, una deliciosa ensalada, pan crujiente, un excelente vino tinto, y un surtido de fruta fresca.

Sandrine comió con deleite, sin dejar ni una migaja, y vio cómo Michel se acercaba al equipo de música y ponía un disco compacto. Después se acercó a donde ella estaba y la levantó de la silla.

—¿Qué haces? —preguntó conteniendo la risa mientras él la llevaba de la mano hasta el centro del cuarto, y después la atraía hacia él. La música era lenta, la letra, cantada por una profunda voz masculina resultaba embriagadora.

Humm, aquello le gustaba, le gustaba mucho, pensó él en

silencio mientras apretaba su cuerpo contra el de ella. Recorrió sensualmente su espalda con las manos hasta llegar a asirle los glúteos. Ella estiró los brazos y anudó las manos tras su nuca. El calor del cuerpo de él parecía penetrarla, y ella se fundió con él mientras se movían al compás seductor de la música. El posó los labios sobre la frente de ella, y después los fue bajando hasta llegar a su boca, mientras ella ladeaba la cabeza en señal de invitación a un beso que fue lento, y tan dulce, que deseó que no acabara nunca.

Sandrine amagó un grito cuando él pasándole un brazo por detrás de las rodillas la alzó, y se agarró fuertemente a él mientras la llevaba en brazos hacia el dormitorio.

—Muévete, querida. Ahora un poco más cerca. Sonríe.

Si el fotógrafo decía «sonríe» una sola vez más, ella gritaría.

Aquel había sido un día muy largo. Por la mañana, entrevistas con la prensa y fotografías desde las nueve hasta las once, después una sesión de fotos para una revista australiana de moda. Después, tuvo que hacer acto de presencia en una comida organizada por una sociedad benéfica, y aquella noche era la gala de presentación de la película. Estarían todas las autoridades, además de lo más selecto de la sociedad local. Todo formaba parte de una estrategia de marketing para dar a la publicidad el máximo impacto posible.

Gregor y Cait habían concedido entrevistas en su hotel, y se presentarían anuncios en la televisión y en los cines.

Sandrine no tenía el estatus de primera estrella en la película, pero atrajo la atención por ser una buena actriz y modelo del lugar. Además, por ser la esposa de Michel Lanier tenía garantizada la atención de los medios de comunicación.

—Actúa, querida —murmuró Cait con sorna—. Se supone que eres una actriz, así que actúa.

—¿Tal y como haces tú, querida? —respondió con dulzura.

—Es sin duda ridícula —intervino Gregor dirigiéndose a Sandrine—. Compuesta y sin novio.

—Puedo tener a cualquier hombre que quiera —apuntó Cait con desdén.

—No —negó él con suavidad—. A la mayoría, querida, pero no a todos.

—Que te zurzan.

—No me gusta prestarme a tareas imposibles.

—Siempre puedes probar a ver qué pasa.

—Vámonos hacia allá —interrumpió el fotógrafo, señalando hacia una zona del puerto donde estaban los yates más lujosos.

¿Cuánto faltaría para que pudiera irse?, pensó Sandrine, seguramente no la necesitarían mucho más.

—Esta bien, Sandrine —dijo al fin el fotógrafo—, puedes irte. Cait, Gregor, venid. Quiero haceros algunas fotos en el interior.

Gracias a Dios, pensó. Ya no podía resistir más el deseo de tomar una bebida helada y con un poco de alcohol que la ayudara a relajarse.

—Afortunada —dijo Cait con cinismo—. Te liberan.

Al menos por el momento, pensó Sandrine.

A su hotel se llegaba a través de un puente que partía del centro comercial, y se dirigió directamente a su suite.

Cuando ella entró, Michel estaba sentado frente al pequeño escritorio, con las mangas de la camisa remangadas mientras miraba fijamente la pantalla de su ordenador portátil. Volvió la vista hacia ella, y enarcó una ceja mientras ella se dirigía hacia el frigorífico, sacaba una botella de zumo y rebuscaba entre las pequeñas botellas del minibar.

—Tan mal, ¿eh? —preguntó él, mientras se levantaba y se dirigía hacia ella.

—Oh, sí —respondió ella mientras abría la botellita que contenía ginebra, echaba algo de su contenido en un vaso, añadía el zumo, y acercándoselo a los labios daba un trago largo—. Y esta noche será peor —sintió las manos de él sobre sus hombros, y el placer que le producía al desplazarlas por su espalda, relajando la tensión acumulada en sus músculos—. Recuérdame que nos vamos de aquí mañana.

—Dos días en Sydney —dijo él, acariciándole la frente con los labios—. Y después regresamos a casa.

«Casa». Aquella palabra sonaba bien. Se imaginó su apartamento de Nueva York frente a Central Park y sonrió de nuevo, sintiendo cómo desaparecía parte de la tensión que la agarrotaba.

—Tengo que resolver algunos asuntos allí, y me llevará una

semana, tal vez algo más, después iremos a pasar una temporada a París.

—Creo que te quiero —dijo Sandrine.

—¿Solo lo crees, *chérie*?

Ella abrió la boca para protestar, y después volvió a cerrarla:

—Estaba bromeando.

—Eso espero.

Ella se volvió lentamente hacia él, y viendo el humor reflejado en sus ojos oscuros le golpeó el pecho con el puño. Él le quitó el vaso de las manos y levantándola en vilo se la puso sobre un hombro.

—¿Qué estás haciendo?

Él se dirigió hacia el cuarto de baño y, tras depositarla sobre las baldosas del suelo, comenzó a desnudarla al tiempo que se desvestía él mismo.

—¿Michel?

—Vamos a ducharnos.

Ella se percató de la evidente pasión de sus palabras y negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo para esto.

Él se acercó a la ducha y abrió el grifo del agua, ajustó la temperatura, y se metió dentro, llevándola a ella con él:

—Sí que tenemos —afirmó, y tomando la pastilla de jabón comenzó a pasársela por el cuerpo minuciosamente. Demasiado minuciosamente, pensó Sandrine cuando comenzó a sentir cómo respondía su cuerpo al contacto del jabón en sus partes más íntimas, momento que él aprovechó para besarla de una forma tan erótica, que casi logró hacerla perder el control. Al terminar, levantó la cabeza, y le ofreció a ella el jabón animándola a que le devolviera el favor. Ella lo hizo tan sensualmente, que él no se pudo resistir, y levantándola, la apretó contra su cuerpo y la penetró profundamente una y otra vez, mientras ella se asía fuertemente a él.

Cuando hubieron terminado, ella tomó la botella de plástico con el champú y se lavó el pelo, lo aclaró y fue en busca de dos toallas.

Una vez secos, él la tomó por la cintura, la acercó a él y la besó.

—Lo tenías planeado —afirmó ella.

—Me declaro culpable —confesó él.


Ella descolgó el secador de pelo de la pared y lo enchufó:

—Vamos a llegar tarde.

—No, no vamos a llegar tarde —rebatió él.

Al llegar al lugar de la recepción, Sandrine comprobó que Michel tenía razón. Acababan de abrir las puertas del salón, y la gente había comenzado a entrar. Sandrine vio a Stephanie, que le devolvió la sonrisa y se unió a ellos al instante.

—Os he sentado con Cait Lynden, Gregor Anders, la anfitriona y su marido y conmigo. El alcalde y su mujer están en la mesa de Tony, justo al lado de la vuestra. Los miembros del estudio y varios representantes del equipo de marketing estarán en otras dos mesas —Sandrine notó la tensión en Stephanie cuando Raoul se acercó a ellos—. El fotógrafo está satisfecho con el trabajo de hoy —continuó diciendo Stephanie, ignorando a Raoul tras sonreírle cortésmente—. Hará más fotos esta noche, por supuesto. Sin embargo, trataremos de que no resulte demasiado pesado. Bueno, ahora, si me perdonáis.

—Parece como si tuvieras el don de poner nerviosa a esta joven —le comentó Michel a su hermano.

—Prefiero el nerviosismo a la falta de interés —le respondió Raoul.

—¿No muestra interés? —bromeó ella.

—No quiere hablar conmigo, y no responde a mis llamadas.

—Me imagino que habrás organizado algunas reuniones con la sección de marketing —aventuró ella, y comprobando el humor que reflejaba el brillo de sus ojos agregó—. En ausencia de Michel, en nombre de la compañía, por supuesto.

—Por supuesto —dijo él con sonrisa divertida.

—¿Otra extraña mujer que no se deja impresionar por la fortuna ni el estatus de los Lanier? —agregó ella.

—Creo que debemos entrar y sentarnos —indicó Michel—. Sin duda lo habrás arreglado para sentarte en nuestra mesa.

—*Oui* —respondió Raoul, y Sandrine tuvo que contener la risa mientras que un representante de la organización comprobaba sus entradas y les indicaba el lugar en el que estaba situada su mesa.

El marido de la anfitriona era el único ocupante, y tras las presentaciones, explicó que su mujer estaba ocupada ultimando los detalles de última hora. No había rastro de Cait y Gregor, y Sandrine tuvo que reprimir la poco caritativa sospecha de que Cait estaría

preparando una entrada espectacular.

No se equivocaba. Justo en el momento en el que las luces parpadearon en señal de que el acto estaba a punto de comenzar, Cait irrumpió en la habitación acompañada de Gregor y un fotógrafo.

Luciendo un traje de noche sin tirantes que dejaba ver su espalda y se ceñía a su cuerpo como un guante, la actriz se acercó a ellos, parándose de vez en cuando a posar cuando las cámaras la enfocaban.

—No llegamos tarde, ¿verdad? —dijo la actriz esbozando una deslumbrante sonrisa. Cait la actriz estaba interpretando para la audiencia, se percató inmediatamente Sandrine. Cait escogió para sentarse el sitio que estaba libre entre Raoul y Michel. A Sandrine le costó mantener la sonrisa en el rostro, y bebió un sorbo de vino.

Stephanie ocupó su lugar en la mesa segundos antes de que el jefe de ceremonias de la noche subiera al estrado y se situara frente al micrófono.

Hubo presentaciones y discursos mientras los focos se posaban sobre Cait, Gregor y Tony, además de en un representante del estudio. El alcalde dijo unas palabras, y después, un regimiento de camareros comenzó a servir el primer plato mientras por los altavoces sonaba la música y un cantante amenizaba la velada desde el escenario.

En un momento dado, Michel entrelazó sus dedos con los de ella. Su pulgar empezó a acariciar la parte sensible de su muñeca, y ella sintió que perdía el control.

—Creo que debo ir a retocar mi maquillaje —alegó Sandrine, y captó la sonrisa cómplice de Michel. Él era consciente del efecto de sus caricias y por qué exactamente necesitaba distanciarse temporalmente.

—Estás preciosa tal y como estás.

—La adulación no te llevará a ninguna parte —respondió ella con una sonrisa maliciosa, consciente de que estaba mintiendo. La afectaban mucho todas sus acciones. Su voz, los movimientos de su cuerpo, sus caderas, la forma en que sonreía, distendiendo las facciones, cada vez que la miraba…

Ella había pensado que la independencia era importante, pero nada en su vida era tan importante como el amor que sentía por Michel. Él había tenido razón desde el principio. ¿Por qué tenían que escoger estar separados si podían estar juntos?

Todas aquellas noches solitarias que había pasado en su cama

vacía, había deseado que él estuviera a su lado, había echado de menos sus caricias. Había disfrutado con su trabajo, pero la satisfacción no compensaba el dolor que le producía estar lejos de su marido.

Sandrine abrió la puerta de los aseos, y entró a retocarse el maquillaje. Estaba a punto de salir cuando llegó Cait.

—De verdad, querida. Me extraña que puedas apartarte de Michel, aunque solo sea por un instante.

—¿Es un reto, no es cierto, Cait, seducir al esposo de otra mujer?

—El fruto prohibido, querida, resulta mucho más dulce que cualquier otro —levantó la mano y puso la punta de un dedo sobre los labios y siempre resulta interesante comprobar si puedo hacer que la fruta se desprenda del árbol —deliberadamente se metió el dedo en la boca, lo sacó y miró a Sandrine—. Es una forma de hablar.

Sandrine había tenido suficiente. Volvió a meter la polvera y el lápiz de labios en el bolso y lo cerró.

—Si logras triunfar con Michel, te lo puedes quedar —dijo mientras se dirigía hacia la puerta. La voz de Cait la detuvo un instante:

—¿No vas a desearme buena suerte?

—Vete al infierno —respondió ignorando toda cortesía, y se dirigió rápidamente hacia el salón.

Michel la miró, percatándose de su estado de ánimo.

—¿Cait? —preguntó.

—Ha dejado muy claro que eres su próximo objetivo.

—Sin duda.

Aquello parecía divertirle, y Sandrine se indignó.

—Si decides seguirle el juego, entonces se puede quedar contigo.

—¿Y por qué iba yo a querer hacer eso, *chérie*, hum? —preguntó mientras se llevaba su mano a los labios y le acariciaba el pulgar con los dientes—. Cuando tú eres la única a la que yo quiero.

—Tal vez deberías decirle eso a Cait.

Como respuesta, le acarició las venas de la muñeca con los labios, logrando excitarla.

—Nos han invitado a una fiesta en el nightclub del hotel —señaló cambiando de tema—. Todas las personas implicadas en la

producción y el marketing de la película estarán allí.

—¿Es nuestro vuelo de mañana el primero del día?

—Es el de las once y media.

—Prohibido desayunar antes de las nueve.

—¿Planeas dormir, *chérie*?

—Dormir es la palabra adecuada.

Capítulo 10

Sidney tenía un aspecto «Morosamente familiar, y el apartamento de Double Bay resultaba especialmente acogedor. Quería hacer varias cosas allí, había algunos cabos sueltos que necesitaba atar, y quería pasar algún tiempo a solas con su padre.

El teléfono móvil de Michel sonó mientras Sandrine empezaba a sacar de la maleta las pocas cosas que iban necesitar en los siguientes días. La voz de Michel contestando la llamada desde el salón se oía en el dormitorio como un murmullo. Minutos después, Michel entró en la habitación y comenzó a deshacer la maleta:

—Raoul ha concertado una cita para mañana por la tarde con la Enrique Corporation.

Se trataba de un nuevo acuerdo iniciado por Raoul, que había llegado a Sydney el día anterior, y que si tenía éxito, supondría el establecimiento de un contacto de la Lanier Corporation en Australia.

—Llamaré a Lucas para ver si puede comer conmigo.

Michel le pasó el teléfono móvil:

—Hazlo ahora. Vamos a salir a cenar con Raoul, y puede que volvamos tarde.

Ella marcó los números, acogió con alegría la disponibilidad de su padre, y establecieron el lugar y la hora de la cita.

—Ya está todo hecho —dijo Sandrine con satisfacción. Disponía de veinte minutos para cambiarse y arreglarse el maquillaje. Se puso unos pantalones de color rojo oscuro con una chaqueta a juego, y una camisa negra de seda que resaltaba la textura de su piel y el color de su pelo. Se dejó el pelo suelto cayendo sobre los hombros, simplemente porque no tenía tiempo para recogérselo.

Raoul estaba alojado en el Ritz Carlton en Double Bay, y se encontraron con él en el vestíbulo del hotel a las siete para tomar una copa antes de entrar en el restaurante.

El maitre los acompañó hasta una mesa,

—¿Es demasiado pronto para tomar champán? —preguntó Sandrine con una sonrisa inquisidora.

—¿Quién necesita de ocasiones especiales para beber champán? Dom Pérignon —pidió Raoul, y Sandrine comprobó cómo en ese mismo instante se acercaba el camarero. La sincronización del servicio merecía un premio.

Después de pedir el primer y el segundo plato, Sandrine echó una ojeada al resto de los comensales mientras bebía un sorbo de su copa de champán. Michel y Raoul se pusieron a discutir posibles estrategias para la reunión del día siguiente. Estaban tomando el primer plato cuando algo llamó la atención de Sandrine. La luz de un flash, seguido de la imagen de una figura familiar acompañada de una risa que esperaba no tener que volver a oír le confirmaron sus sospechas. Esperaba equivocarse, pero no fue así. Allí estaba, haciendo una entrada triunfal, Cait Lynden. Sabía que Cait y Gregor tenían que irse a los Estados Unidos esa semana, pero, ¿no podía haber escogido otro hotel?, pensó. Su última esperanza era que no los viera, pero ya era demasiado tarde. Mostrando su magnífica capacidad de actuación se acercó a ellos:

—Cielo santo —exclamó Cait con entusiasmo—. ¿Quién podría imaginarse que nos íbamos a encontrar aquí? ¿Os importa que me siente con vosotros? —añadió, sentándose en una silla, y haciendo un gesto con la mano, pidió al camarero—. Traiga otra botella de champán —cuando el camarero le presentó la carta, Cait la repasó rápidamente, y se la devolvió—. Solo quiero una ensalada César.

—¿Estás sola? —preguntó Raoul. Mientras Sandrine veía cómo Cait decidía a qué hermano Lanier le convenía cautivar.

«Inténtalo con Michel si te atreves, y te sacaré los ojos, amenazó en silencio».

—Gregor me ha abandonado el muy traidor. Podría haber pedido que me subieran la cena a la habitación, pero no me apetecía estar sola. Bueno, ¿qué celebramos?

—La vida —afirmó Michel con estudiada indolencia mientras agarraba la mano de Sandrine y se la acercaba a los labios—, y el amor —añadió depositando un beso en cada uno de sus dedos.

—Menudo cambio desde que Michel apareció en escena hace un mes —intervino Cait con cierto sarcasmo—. En el apartamento de Tony, yo habría jurado que erais enemigos en lugar de marido y mujer.

—Si los maridos y las mujeres no tuvieran diferentes opiniones de vez en cuando, el matrimonio resultaría aburridísimo —sentenció Sandrine.

—¿De verdad?

—¿Alguien quiere café? —interrumpió Raoul—. Tengo que hacer algunas llamadas.

—Yo tengo que conectarme a Internet —añadió Michel mientras

trataba de atraer la atención del camarero. Después se volvió hacia Cait para decir—. Quédate y acábate el champán.

Pero no pudieron escaparse tan fácilmente. El fotógrafo apareció de pronto y no pudieron evitar que hiciera algunas fotos para un periódico nacional.

—Que tengáis un buen viaje, queridos —les deseó Cait.

—*Merci.*

Michel rodeó la cintura de Sandrine con el brazo mientras Raoul los acompañaba a la entrada principal y se metían en un taxi.

—Una coincidencia, ¿no crees? —señaló Sandrine mientras el taxi arrancaba.

—Lo dudo mucho —respondió Michel fríamente.

—¿Quieres un café? —le preguntó Sandrine cuando entraron en el apartamento minutos después—. Al final no hemos tomado, y si necesitas trabajar en Internet…

—Con la única cosa con la que quiero trabajar es contigo.

—No estoy segura de que me guste que se refieran a mí como si fuera una cosa.

—Ven aquí.

—Será mejor que tengas una buena razón para dar órdenes.

—Oh, no creo que vayas a tener motivos para quejarte.

Ella se acercó a él, y se dejó abrazar:

—¿De verdad?

—De verdad —bromeó él, pasando a besarla con tal pasión que la hizo arder. Después, se fueron desnudando mientras se acercaban al dormitorio, y pasó mucho rato antes de que ella pudiera tener la energía suficiente para hacer algo que no fuera emitir suspiros de agradecimiento.

El taxi se paró en la puerta del Ritz Carlton y Michel pagó al taxista mientras Sandrine descendía del vehículo. Entraron juntos al vestíbulo, tomaron un café con Raoul, y después Sandrine se levantó, y besándole a Michel la sien, se despidió.

—¿A las tres en punto?

Michel inclinó la cabeza, y con una cálida sonrisa le deseó:

—Que te diviertas.

—Lo intentaré.

Quería comprarle un regalo a la abuela de Michel, y había quedado con su padre a la una. Double Bay era un magnífico lugar para pasear y comprar, y encontró un magnífico pañuelo de seda de Hermés para la abuela de él. Era casi la una cuando entró en el restaurante que Lucas le había recomendado, y acababa de sentarse cuando el maître apareció acompañando a Lucas.

—Sandrine —la saludó Lucas con afecto—. Es un placer.

Ella escogió el vino y pidieron la comida.

—Siento no poder quedarme mucho tiempo, pero tengo una cita a las dos y cuarto.

—No hay problema —se apresuró a responder Sandrine.

—¿Hay algo de lo que quieras hablarme?

—Chantal.

—Ya sabes que tu madre y yo ya no estamos en contacto.

Lo sabía, y había aceptado sus razones.

—Estoy preocupada por ella.

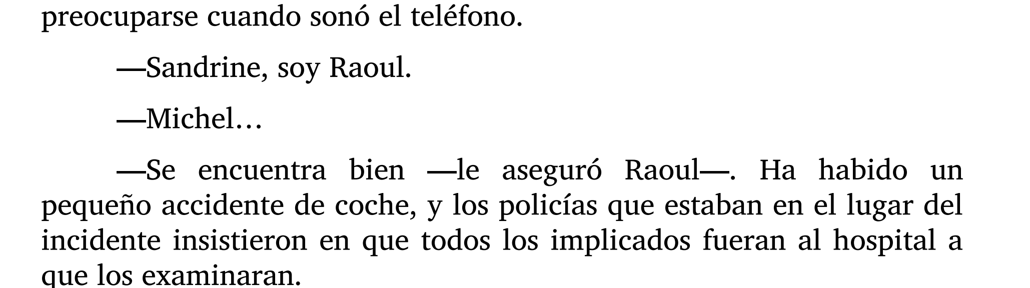
—¿Y esperas que yo también me preocupe?

—Es mi madre.

—Chantal es emocionalmente como una mariposa, siempre buscando algo nuevo y diferente. Cuando la vida le resulta aburrida, sigue adelante, sin preocuparse de los que deja atrás —paró un instante mientras el camarero les cambiaba los platos—. Yo rehice mi vida junto a una mujer capaz de amar —una mujer capaz de amar que había dejado muy claro que para la hija del primer matrimonio de su marido no había sitio en su corazón ni en su casa—. Tu madre no cambiará nunca. Ella es Chantal —declaró con cinismo, como si eso lo explicara todo—. Tú tienes a Michel. Valora ese amor y cuídalo.

No tenía sentido continuar con el tema, y no lo hizo, en lugar de eso pasaron a hablar de las aspiraciones y logros académicos de Iván.

Eran más de las dos cuando salieron del restaurante, y Sandrine se despidió de su padre con un abrazo. Tenía que llamar a algunos amigos, y se dirigió al hotel, se instaló cómodamente en el vestíbulo, pidió un cappuccino, y comenzó a llamar. Durante un rato largo, perdió la noción del tiempo. Después de realizar la última llamada, se dio cuenta de que eran más de las tres. ¿Dónde estaba Michel?, se preguntó. No era su costumbre llegar tarde. Estaba empezando a



preocuparse cuando sonó el teléfono.

—Sandrine, soy Raoul.

—Michel…

—Se encuentra bien —le aseguró Raoul—. Ha habido un pequeño accidente de coche, y los policías que estaban en el lugar del incidente insistieron en que todos los implicados fueran al hospital a que los examinaran.

Dios mío, pensó Sandrine.

—¿Dónde?

Él le dio el nombre de un hospital privado de la ciudad.

—Toma un taxi. Te estaré esperando.

—Salgo para allá.

Los siguientes quince minutos fueron los más largos de su vida mientras se imaginaba posibles desgracias. «Está bien, está bien», se repetía a sí misma tratando de tranquilizarse. ¿Pero y si Raoul no le estaba contando la verdad? Tras un trayecto que se le hizo interminable, el taxi la dejó a la puerta del hospital. Entró corriendo y se dirigió hacia donde se encontraban las enfermeras. Allí vio a Raoul. Este atravesó la sala y se dirigió hacia ella.

—Está con el doctor —la tranquilizó Raoul, tomándola por el hombro y acompañándola por el pasillo—. Se encuentra bien. La herida solo necesita unos puntos.

Se le encogió el estómago.

—¿Es serio?

Raoul le apretó cariñosamente el brazo.

—Se trata solo de unos arañazos y algunos moratones —y señalando una puerta a su derecha añadió—. Está aquí.

El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho al entrar en la habitación. El doctor que lo atendía le impedía verlo bien, así que se acercó. No se percibían heridas ni moratones.

—Es mi esposa —indicó Michel al doctor.

—Su marido se encuentra bien. Tiene una leve contusión en las costillas causada por el cinturón de seguridad, y un corte en el brazo. Termino en un instante. Después, pueden marcharse a casa.

Por un instante Sandrine imaginó lo que debió ser el accidente, y lo que podría haber sido. La idea de lo que podría haber ocurrido casi

la dejó sin respiración. Para ella la vida sin Michel ya no sería vida. Viéndolo allí echado sintió enormes deseos de abrazarlo con fuerza. El alivio le recorrió las venas, desatando todo el amor que sentía por él. Un amor profundo, de los que duran toda una vida. Su corazón, sus emociones pertenecían a aquel hombre, pensó. Sin duda, y eso era lo único que importaba.

—Ya está —dijo el doctor—. Habrá que quitar los puntos dentro de una semana.

Michel se puso de pie y tomó la camisa que colgaba del respaldo de la silla, se la puso, y se abrochó los botones antes de ponerse la chaqueta.

—Vámonos.

—Yo me encargo de buscar un taxi, y os dejo en el apartamento de camino hacia el aeropuerto —dijo Raoul mientras salían del edificio.

—¿Vuelves a Gold Coast? —preguntó Sandrine.

—Sí —respondió sonriendo.

—Ya entiendo.

—¿Lo entiendes?

—Oh, sí —Stephanie estaba muy equivocada si creía que sería fácil librarse de Raoul. Los hombres Lanier peleaban por lo que querían—. Conozco la historia.

—Entonces, deséame suerte, Sandrine.

—¿Crees que la necesitas? —Raoul se encogió de hombros. No estaba tan seguro después de todo. Bien, pensó ella en silencio. Stephanie le gustaría todavía más por ponérselo difícil. Levantó una mano y le acarició la mejilla con los dedos—. Tú lo conseguirás, Raoul.

—*Merci* —le respondió él con una cálida sonrisa llena de afecto.

Capítulo 11

Había una fila de taxis junto a la entrada principal y, veinte minutos más tarde, llegaron a su edificio de apartamentos y dijeron adiós a Raoul.

En el momento en que se cerraron las puertas del ascensor, Michel la atrajo hacia él y la besó hasta que se abrieron las puertas del ascensor. Cuando entraron en la casa, ella permaneció en silencio mirándolo. Había tantas cosas que quería decir, pero las palabras parecían no poder salir de su garganta.

Lo quería tanto, era tan especial para ella… Era su vida. Sin él, la llama que había dentro de ella se apagaría.

Algo brilló en los ojos de él y ella se quedó completamente quieta mientras él le acariciaba el pelo e inclinaba su cabeza.

—No podría soportar perderte —dijo sencillamente y vio cómo los labios de él se curvaban en una sonrisa.

—Eso no va a suceder.

—Hoy por un instante pensé que podría ser así.

Mientras viviera no olvidaría la palidez de su rostro cuando entró en la sala de urgencias.

—Lo sé.

—Quizá deberías descansar.

—¿Tú crees?

—Michel… —se calló cuando los labios de él descendieron sobre los de ella.

—¿Mmm?

—No puedo pensar cuando haces eso.

—¿Tan importante es que pienses?

—Quiero… —él le acarició el pecho, en un toque infinitamente erótico sobre la suave seda del sujetador. La besó con suavidad y luego acarició levemente sus labios con la lengua.

Aquí es donde tenía que estar ella, en los brazos del hombre que era su compañero del alma. Nada más tenía importancia.

—¿Qué es lo que quieres, *chérie*?

—A ti —dijo sencillamente—. Pero antes… —el tono de su voz

ascendió un par de tonos y luego se calló mientras él le soltaba el clip del sujetador. Los pezones se inflamaron y el calor le subió desde dentro cuando él empezó a acariciarlos. La volvía loca y gimió en voz alta cuando él le quitó el top y puso su boca en uno de sus pezones.

Sentía cómo se le fundían los huesos y suspiró cuando él hizo la misma caricia en el otro pezón. Empezó a murmurar cuando las manos de él bajaron a su cintura y le bajó la cremallera.

Sandrine acarició sus anchos hombros y su pecho musculoso. Él era un hombre impresionante cuyo grado de ternura la conmovía mientras que su pasión la sobrepasaba.

Él la tomó en brazos.

—Tu brazo —protestó ella.

—¿Tienes miedo de que me entorpezca? —bromeó él.

—De que te hagas daño —corrigió mientras él la depositaba en la cama.

La besó con tal intensidad, que ella perdió la noción del tiempo. El quería saborearla entera y sobre todo enterrarse profundamente dentro de ella y perderse en aquella dulce brujería que se llamaba Sandrine. Su mujer, su esposa, su vida.

Desde el momento en que la conoció, solo había tenido un objetivo. Se deseaban intensamente y sin embargo había habido mucho más que deseo. Junto con la emoción primitiva había estado el conocimiento instintivo de que estaban hechos el uno para el otro. Casi como si se hubieran conocido en una existencia anterior.

Era una locura, él tenía una mente lógica y analítica y, sin embargo, era consciente de que, si no hubiera asistido a la fiesta de su amigo, probablemente no la habría conocido nunca. Y de la misma forma el delgado hilo de la suerte la había conducido a ella allí aquella noche.

De las muchas mujeres que había conocido tanto en la vida social como en los negocios no había ninguna que se acercara siquiera a la magia que suponía Sandrine.

Guapa, con una esbeltez llena de curvas que la hacían perfecta como modelo para ropa de diseño. Rasgos finos, ojos oscuros y una boca generosa.

Más que su apariencia física había sido la genuina calidez de su sonrisa, los ojos expresivos y la forma de inclinar su cabeza cuando se echa el pelo para atrás. Su voz, con esa leve ronquera cuando estaba emocionada. Y el tacto de su cuerpo y de su boca. El aroma que la

hacía única.

Destinados el uno al otro, como dos mitades de un todo que encajaba perfectamente.

—¿Michel?

—Tienes que hablar después de que hagamos el amor —bromeó.

—Podrías hacer una excepción.

—¿Qué es lo que quieres decir que no puede esperar?

—Te quiero.

Él besó todos sus dedos uno a uno.

—*Merci, chérie*.

—Siempre te he querido —le aseguró con tal profundidad de sentimiento que brotaron dos lágrimas en sus ojos—. Siempre te querré.

—¿Has terminado? Tengo una cosa para ti.

Estiró el brazo y abrió un cajón, sacó algo y luego la tomó de la mano. Era un exquisito anillo de brillantes, un complemento perfecto para los anillos que ya tenía.

—Es precioso. Gracias —el círculo simbolizaba la eternidad, tenía ganas de llorar—. Yo no tengo nada para ti.

—Te equivocas. Tú eres mi regalo. Infinitamente más precioso que nada que pudieras darme. *Je t'aime, mon amour* —tenía la voz ronca—. *Je't adore*. Eres mi vida, mi amor. Todo.

El amor era comprensión, compasión y confianza. Y mucho, mucho más. Ella le pasó las manos por la nuca y lo atrajo hacia sí.

—*Merci* —bromeó y oyó su gruñido ronco un instante antes de que su boca se cerrara sobre la de ella.

Tras hacer el amor, ella se acurrucó a su lado, con un brazo sobre el vientre de él y la mejilla descansando en su pecho.

Por fin, todo estaba en su sitio. La película había terminado, la publicidad también. Al día siguiente, tomarían un avión hacia Nueva York y una semana más tarde emprenderían unas vacaciones por Francia.

París en invierno, llovizna, cielos grises. Pero nada podía amortiguar la magia del amor en una ciudad hecha para los amantes. Era la ciudad adecuada para concebir un niño.

—¿Estas despierto?

—¿Quieres que encargue algo para comer?

—¿Qué piensas de los niños?

—¿En general?

Ella esperó unos segundos.

—Los nuestros.

Ahora él la estaba atendiendo.

—¿Intentas decirme algo?

—No hay nada que decir… por el momento.

—La idea de que estuvieras embarazada de mi hijo me abruma.

—¿Demasiado abrumador?

—Creo que deberíamos trabajar en ello.

—¿Ahora?

—¿Algún inconveniente?

Ella no contestó, en lugar de eso le demostró cómo pensaba trabajar en ello.

Fin